

Violencias y precarización

Experiencias en torno
a relatos biográficos juveniles

....

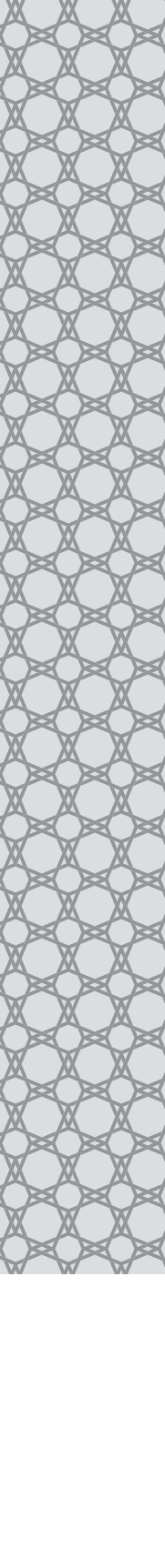
Coordinadores

SALVADOR SALAZAR GUTIÉRREZ

RAFAEL ANTONIO CARRERAS



EDITORIAL
UNIVERSIDAD
DE GUADALAJARA



Violencias y precarización

Experiencias en torno
a relatos biográficos juveniles

Violencias y precarización

Experiencias en torno
a relatos biográficos juveniles

....

Coordinadores

SALVADOR SALAZAR GUTIÉRREZ

RAFAEL ANTONIO CARRERAS



EDITORIAL
UNIVERSIDAD
DE GUADALAJARA



Ricardo Villanueva Lomeli
Rectoría General

Héctor Raúl Solís Gadea
Vicerrectoría Ejecutiva

Guillermo Arturo Gómez Mata
Secretaría General

Luis Gustavo Padilla Montes
**Rectoría del Centro Universitario de
Ciencias Económico Administrativas**

Missael Robles Robles
**Coordinación del Corporativo
de Empresas Universitarias**

Sayri Karp Mitastein
Dirección de la Editorial

Primera edición electrónica, 2020

Coordinadores
Salvador Salazar Gutiérrez
Rafael Antonio Carreras

Prólogos
Martha Mónica Curiel García
Salvador Salazar Gutiérrez

Textos
© Salvador Salazar Gutiérrez, Hugo Martínez Ochoa, Nahir Florencia Abraham Sepúlveda, Rafael Antonio Carreras, Santiago Rebollo, Sol Victoria del Carpio, Sofía Lamanuzzi, Paula Daniela González, Guillermina Pruneda Paz, María Candelaria Espinosa, Gabriela Bard Wigdor, Ana Sofía Soria, Caren Eliana Curetti, María Victoria Ochoa Valor, Antonella Scoles, Julio Luis Muro Garlot, María Victoria Volando, María Belén Ardiles, Horacio Luis Paulín, Guido García Bastán, Florencia D'Aloisio, Valentina Arce Castillo, María Florencia Caparelli, Sofía Natalia Sicut, Ayelén Rocío Zurbriggen, Julieta Natalia Castro, Julieta Arancio, Lucía Angélica Arias, Claudio Orlando Duarte Quapper, Francisco Antonio Farias Mansilla, Natalia Evelyn Hernández Mary

Coordinación editorial
Iliana Ávalos González

Jefatura de diseño
Paola Vázquez Murillo

Cuidado de la edición
Jorge Orendáin

Diseño y diagramación
Maritzel Aguayo Robles

Violencias y precarización: experiencias en torno a relatos biográficos juveniles / Coordinadores Salvador Salazar Gutiérrez, Rafael Antonio Carreras; prologuistas Martha Mónica Curiel García, Salvador Salazar Gutiérrez; Textos Hugo Martínez Ochoa... [et al]. -- 1a ed. -- Guadalajara, Jalisco: Universidad de Guadalajara: Editorial Universidad de Guadalajara, 2020. (Colección Monografías de la Academia)
Incluye referencias bibliográficas

ISBN 978-607-547-891-3

1. Juventud y violencia 2. Juventud-Condicionales sociales I. Salazar Gutiérrez, Salvador, coordinador II. Carreras, Rafael, coordinador III. Curiel García, Mónica, prólogo IV. Martínez Ochoa, Hugo, textos IV. Serie

303.608 35 .V79 DD21
HQ 799.2 .V79 LC
YXQ Thema

La presente obra se publicó con recursos del fondo Ciencia Básica SEP-CONACYT (CB-2016-01) como parte del proyecto de investigación "Del régimen estético de la exclusión-negación, a las trayectorias sensibles de la memoria: experiencia biográfica juvenil en el mercado sexual en Ciudad Juárez, México".

D.R. © 2020, Universidad de Guadalajara



José Bonifacio Andrada 2679
Colonia Lomas de Guevara
44657 Guadalajara, Jalisco

www.editorial.udg.mx
01 800 UDG LIBRO

ISBN 978-607-547-891-3

Noviembre de 2020

Hecho en México



Este trabajo está autorizado bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercialSinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND) lo que significa que el texto puede ser compartido y redistribuido, siempre que el crédito sea otorgado al autor, pero no puede ser mezclado, transformado, construir sobre él ni utilizado con propósitos comerciales. Para más detalles consúltese <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

Todos los derechos de autor y conexos de este libro, así como de cualquiera de sus contenidos, se encuentran reservados y pertenecen a la Universidad de Guadalajara. Por lo que se prohíbe la reproducción, el registro o la transmisión parcial o total de esta obra por cualquier sistema de recuperación de información, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, existente o por existir, sin el permiso por escrito del titular de los derechos correspondientes.

Queda prohibido cualquier uso, reproducción, extracción, recopilación, procesamiento, transformación y/o explotación, sea total o parcial, sea en el pasado, en el presente o en el futuro, con fines de entrenamiento de cualquier clase de inteligencia artificial, minería de datos y texto y, en general, cualquier fin de desarrollo o comercialización de sistemas, herramientas o tecnologías de inteligencia artificial, incluyendo pero no limitando a la generación de obras derivadas o contenidos basados total o parcialmente en este libro y/o en alguna de sus partes. Cualquier acto de los aquí descritos o cualquier otro similar, está sujeto a la celebración de una licencia. Realizar alguna de esas conductas sin autorización puede resultar en el ejercicio de acciones jurídicas.

Índice

- 7 **Prólogo. El relato biográfico juvenil. Aportes desde una perspectiva microsubjetiva a experiencias de violencia(s) y precariedad(es)**
MARTHA MÓNICA CURIEL GARCÍA, SALVADOR SALAZAR GUTIÉRREZ
-
- 23 **Vidas precarias, vidas carenciadas. Relatos biográficos juveniles vinculados al mercado sexual en Ciudad Juárez, México**
SALVADOR SALAZAR GUTIÉRREZ
-
- 40 **Acoso sexual a mujeres jóvenes policías en Ciudad Juárez: la reproducción de la violencia sexual desde diferentes cuerpos masculinos**
HUGO MARTÍNEZ OCHOA
-
- 83 **Narrativas espiraladas: enfoque y efectos en torno a la experiencia juvenil**
NAHIR ABRAHAM, RAFAEL CARRERAS, SANTIAGO REBOLLO, SOL DEL CARPIO, SOFÍA LAMANUZZI, PAULA GONZÁLEZ, GUILLERMINA PRUNEDA PAZ, CANDELARIA ESPINOZA
-
- 100 **Cuerpos desechables: sobrevivir en el mundo contemporáneo**
GABRIELA BARD WIGDOR, SOFÍA SORIA
-
- 117 **Juventudes y necropoder. Géneros según marcas raciales**
RAFAEL CARRERAS, SANTIAGO REBOLLO, NAHIR ABRAHAM, CAREN CURETTI, MARÍA VICTORIA OCHOA VALOR, ANTONELLA SCOLES, JULIO MURO, VICTORIA VOLANDO, BELÉN ARDILES
-

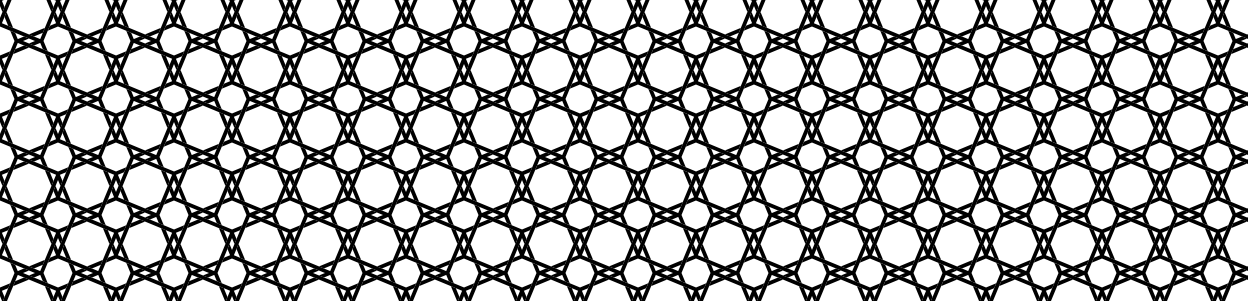
**131 Experiencias juveniles y relato biográfico: vivencias
entre el reconocimiento social y la vulneración de derechos**

RAFAEL CARRERAS, HORACIO LUIS PAULÍN, GUIDO GARCÍA BASTÁN, FLORENCIA
D'ALOISIO, VALENTINA ARCE CASTELLO, MARÍA FLORENCIA CAPARELLI, SOFÍA SICOT,
AYELÉN ZURBRIGGEN, JULIETA CASTRO, JULIETA ARANCIO, LUCÍA ANGÉLICA ARIAS

**149 Precarización y violencias sociales en jóvenes.
Una mirada a la educación y la acción política
en el Chile neoliberal**

KLAUDIO DUARTE QUAPPER, FRANCISCO FARÍAS MANSILLA, NATALIA HERNÁNDEZ MARY

172 Autores



Prólogo. El relato biográfico juvenil. Aportes desde una perspectiva microsubjetiva a experiencias de violencia(s) y precariedad(es)

MARTHA MÓNICA CURIEL GARCÍA, SALVADOR SALAZAR GUTIÉRREZ

Introducción

En esta obra se presenta una serie de trabajos que encuentran como común denominador no solo una trayectoria académica colectiva que ha permitido intercambiar experiencias y miradas en torno al estudio de culturas juveniles en contextos de violencia y precariedad social, sino que, de manera particular, colocan su centro de atención en el estudio del relato biográfico como recurso para acceder a la subjetividad sin confundirla con lo individual ni reducirla a un conjunto de opiniones personales que los actores tienen en relación al mundo (Reguillo, 2000). Enfatizan una mirada microsubjetiva desde la cual se develan procesos estructurales e institucionales en contextos diversos y contradictorios, como los que caracterizan nuestras diversas regiones latinoamericanas a inicio del presente siglo.

En esta lógica, a continuación, presentamos, de manera breve, una ruta que conecta la dimensión subjetiva anclada en la narrativa del sujeto juvenil, la cual permite ubicar y abordar complejos procesos sociohistóricos que develan la crisis de un proyecto adultocéntrico, heteropatriarcal y racializado representado por marcar los cuerpos juveniles. A partir de diversos estudios en lugares como Ciudad Juárez, México; Córdoba, Argentina, y Santiago, Chile, los autores plantean rutas de análisis en torno a cómo se ha venido configurando la experiencia cotidiana del actor juvenil, expresada en la narrativa propia del relato biográfico, y de qué manera se entreteje el sentido de vida en escenarios marcados por violencia de género, violencia institucional, narcotráfico, pobreza y exclusión. El lugar de la experiencia, el espacio vivencial, constituye uno de los ejes de anclaje. ¿Desde dónde hablan los jóvenes?, ¿qué particularidades adquiere el lugar desde el cual entretejen sus múltiples experiencias de vida? Son algunas preguntas que cada uno de los trabajos va desmenuzando a lo largo de las páginas que comprende el texto.

Irrupción. El relato a escena

Como veremos a lo largo del texto, el relato biográfico cuenta una historia de vida desde la mirada de las y los jóvenes en sus diversos espacios cotidianos. Las variadas situaciones que experimentan día a día, así como las *tácticas* en el sentido de Michel de Certeau,¹ que les permiten sobrevivir individual y colectivamente ante una complejidad de acontecimientos, dan cuenta de posiciones diferenciadas en relación a contextos sociohistóricos específicos. El relato permite anclar el tiempo y el espacio a un modo narrativo en el que el acontecimiento es resultado de un proceso reflexivo testimonial, que se entrelaza con el momento específico del encuentro en la interlocución entrevistado-entrevistador.

¹ En su libro *La invención de lo cotidiano*, a partir de un recurso de la retórica militar, De Certeau se apropia de los términos *táctica* y *estrategia* para dar cuenta cómo los individuos generan resistencias o reproducen el poder en escenarios cotidianos. La táctica sería el recurso del débil para contrarrestar la estrategia atributo de quien domina o controla el espacio social.

Ya desde hace varios años, en el debate en torno a las ciencias sociales, el llamado giro subjetivo² dio cuenta de la urgente necesidad de plantear una ruta de interpretación, en relación con los llamados métodos biográficos centrados en una dinámica intersubjetiva dialógica³ centrada en otorgar la palabra al Otro (Arfuch, 2002). Si bien esto constituyó una contribución fundamental en el análisis de los fenómenos socioculturales, en particular, el estudio de culturas juveniles ha encontrado una veta en creciente bonanza que ha permitido una importante producción de literatura en torno a los enfoques biográficos juveniles: historias de vida, entrevistas a profundidad, testimoniales, etc.⁴ Énfasis en estrategias de producción de lo biográfico que delinean una cartografía individual vinculada y condicionada en torno a adscripciones colectivas.

La experiencia vivencial de los y las jóvenes se va hilando a partir de todo un corpus de producción de sentido que se materializa en el relato como estrategia narrativa. Es en él donde encontramos el sentido atribuido a sus itinerarios cotidianos, así como la configuración de un entramado social y cultural que define la construcción identitaria a través de una relación con un/a Otro/a. Al respecto, el relato biográfico es la expresión de un orden narrativo que da cuenta de costumbres, prácticas, sentimientos, entretejiendo una trama de vida que devela la compleja articulación entre lo privado-íntimo con lo público-colectivo: “preguntarse por el tránsito que lleva del yo al nosotros, o a la inversa, un nosotros no como simple sumatoria de individualidades, sino como articulaciones capaces de hegemonizar

² Al respecto, la autora de *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea* realiza un análisis minucioso de cómo se configuró en la trayectoria de la modernidad decimonónica al capitalismo postindustrial, la articulación entre los espacios de lo público y lo privado, de lo íntimo y lo social, de “las formas de subjetivación que contribuían a la afirmación de una nueva privacidad” (Arfuch, 2002: 22).

³ Bajtín, en relación con los géneros discursivos, acentúa la hibridación en el proceso de la interdiscursividad social y el sentido de lo dialógico, al considerar al Otro como figura determinante de toda interlocución (Arfuch, 2002).

⁴ Al respecto, en el escenario específico de la academia en México destacan los trabajos producidos por juvenólogos de gran prestigio como Rossana Reguillo, José Manuel Valenzuela Arce, Maritza Urteaga, Alfredo Nateras, José Antonio Pérez Islas, Lourdes Pacheco Ladrón Guevara, entre otros.

algún valor compartido respecto al eterno imaginario de la vida como plenitud y realización” (Arfuch, 2002: 66).

En la línea aquí expuesta y como aspecto central en torno a la apuesta metodológica del relato biográfico, valdría la pena colocar la interrogante ante el carácter reflexivo que produce este enfoque metodológico en la necesaria articulación de una experiencia narrada en contextos específicos. La práctica del relato biográfico con jóvenes varones y mujeres dan cuenta de un ejercicio fenomenológico a partir de lo que Husserl denominó *epojé*,⁵ con la intención de trascender el sentido común en el que reposa lo cotidiano, y con ello encontrar en el ejercicio de la reconstrucción narrativa biográfica, aquellos elementos que dan cuenta de lo que está detrás de la realidad cotidiana de estos y estas jóvenes. En este sentido, a continuación, proponemos un recorrido de articulación, que permita relacionar el relato biográfico en torno al nivel del espacio vivencial, entendido como la trama cotidiana que condiciona la experiencia, así como el anclaje que permite dar cuenta de una subjetividad mediada en torno a un contexto sociohistórico caracterizado por una creciente precarización de la vida y de la presencia de diversas lógicas de violencia.

Anclaje. El espacio vivencial

El lugar de la experiencia, el espacio vivencial, constituye uno de los ejes de anclaje claves para comprender el relato biográfico juvenil. Al respecto, Arfuch sostiene: “la noción de lo biográfico remite al registro minucioso del acontecer, la nota fulgurante de la vivencia capaz de iluminar el instante y la totalidad” (Arfuch, 2002: 17). Instante y totalidad que se entretajan en el espacio vivencial no solo como lugar de encuentro, sino como horizonte de inteligibilidad que debe

⁵ Husserl plantea como contribución clave un ejercicio de trascender la *actitud natural* por parte del individuo, que suele colocarse de forma acrítica ante el mundo tal y como se le presenta cotidianamente. En palabras de Aguirre Torres, “la puesta en marcha de la *epojé* implica asumir radicalmente una nueva ‘actitud’, dejando en suspenso las convicciones, prejuicios y valoraciones fundadas en el mundo en la actitud natural, con la finalidad de ir a las cosas mismas tal y como reza el principio metodológico de la fenomenología” (Aguirre Torres, 2014: 81).

procesos y dinámicas colectivas en contextos sociohistóricos diferenciados. ¿Desde dónde hablan los jóvenes?, ¿qué particularidades adquiere el lugar desde el cual entretejen sus múltiples lógicas de vida? La fenomenología social, encabezada por el austriaco Alfred Schutz,⁶ da cuenta de cómo el individuo está anclado por su trayectoria biográfica, a partir de un estar inmerso en una realidad específica, aquella que constituye la experiencia inmediata. Sin la intención de desarrollar una amplia discusión en torno a dicho enfoque, y dado el interés de la presente obra en torno a la potencialidad del relato biográfico, consideramos que algunas de sus premisas contribuyen a dar cuenta de ello.

El punto de partida constituye la referencia que Schutz realiza al *mundo concreto del vivir cotidiano*, aquello que Husserl llamó *Lebenswelt*. La percepción del mundo por parte de los diversos sujetos proporciona la “*evidencia primera*”, que es el principio del estar en el mundo. Dicha evidencia, el sustrato donde se dan las experiencias prepredicativas y precategoriales (Rodríguez, 1993), se gesta en el mundo de la vida, en el mundo concreto que es el espacio vivencial del sujeto. Es a partir de dicho espacio desde el cual se produce la relación del individuo con el mundo, en un diálogo permanente que instaura sentido a través de la intencionalidad. Es decir, para la fenomenología husserliana, el elemento esencial de la conciencia⁷ de los individuos es su carácter de intencional, y se genera en el ámbito de la vida cotidiana como realidad eminente: *mi aquí*, en el orden espacial, y *mi ahora*, en el orden temporal (Rodríguez, 1993).

El segundo aspecto, ligado a intencionalidad, es la “actitud natural” definida como la manera en que desde el primer momento el individuo se coloca en el mundo, y en la cual permanece mientras se maneje en el ámbito de la vida cotidiana (Rodríguez, 1993). Es a partir de esta actitud natural que el sujeto reconoce el mundo y lo considera

⁶ Al respecto, Zeyda Rodríguez comenta: “la obra de Schutz tuvo como objetivo reestructurar la sociología hermenéutica de su época, a partir de la noción husserliana de que el sujeto es quien atribuye significados a sus acciones” (Rodríguez, 1993. 12).

⁷ Schutz utiliza el término *corriente interna de conciencia*, para designar un espacio de la conciencia en el cual el sujeto deposita su experiencia del mundo y donde el tiempo transcurre significativamente (Rodríguez, 1993).

absolutamente real, coherente e incuestionable. Sumado a ello, estar en el mundo presupone también la existencia de otros individuos similares a mí, con quienes comparto un escenario específico, naturalizado, y que, a partir de ello, se constituye el carácter intersubjetivo de la vida. En general, la actitud natural es resultado de una lógica pragmática, es decir, el individuo enfrenta una multiplicidad de situaciones, en relación a un nosotros-otros, que deben ser resueltas con la intención de continuar con el curso normal de la vida.

El vivir cotidiano y la actitud natural dan cuenta de un itinerario que presupone al mundo cotidiano de los individuos, y están articuladas a partir de un *acervo de conocimiento* que permiten el desenvolvimiento del sujeto en el mundo de la vida, y que con ello capta, interpreta y resuelve situaciones.⁸ En general, este acervo funciona como un esquema de referencia, de interpretación y de solución de situaciones que conforman una diversidad de eventos, y van sedimentando el acervo de conocimiento del individuo: “la forma en que el mundo de la vida se delinea en el acervo es producto de la forma en que está organizado este, es decir, la composición de sus elementos y la forma en que fueron adquiridos articulados biográficamente y según el sentido depositado en ellos” (Rodríguez, 1993: 60).

Como mencionamos en el apartado anterior, el relato biográfico muestra un abanico de multiplicidades en la producción subjetiva juvenil en contextos de precariedad creciente. Las violencias que enfrentan los y las jóvenes en sus diversas manifestaciones, son experimentadas en los espacios cotidianos que constituyen sus mundos vida, desde donde tejen el sentido de sus vidas en relación a un nosotros-otros. El barrio, por ejemplo, es resultado de trayectorias de vida común que van definiendo relaciones de pertenencia, así como de diferencia, en un nosotros que constituye el sentido de pertenencia en torno al lugar. Al respecto, la “actitud natural” con la que los individuos, en este caso los jóvenes, asumen un mundo existente sin dudar de su realidad, da cuenta de cómo

⁸ Para Schutz la *situación* se define mediante “la inserción de la existencia individual en la estructura ontológica del mundo” (Schutz y Likhman, 2009); y se encuentra preestructurada por una serie de elementos impuestos, pero a la vez abierta a la resolución.

las violencias han penetrado en sus rutas biográficas, aferrándose como una continuidad natural de la que no existe escapatoria posible. Cómo las perciben, así como las representan, está sujeta a toda una configuración intersubjetiva de la experiencia, que es común a aquellos con quienes comparten un lugar en particular, y que asumen son condiciones dadas de las cuales no es posible salir o desvincularse.

Mediación. Lo micro devela lo macro

El término mediación se relaciona con la acción de articular. El énfasis en el relato biográfico, la construcción subjetiva en torno a la producción narrativa, no solamente permite dar cuenta de cómo, efectivamente, dicha trayectoria adquiere un valor privilegiado en el análisis de lo social. Existe en los últimos años, una importante producción en torno a la articulación de niveles de análisis micro-macro,⁹ que ha exigido una ruta crítica de lectura en torno al estudio de las culturas juveniles en nuestros contextos actuales.

Nuestra intención gira más en el sentido de la mediación, no tanto de la integración. Es decir, centrar una mirada microsubjetiva al estudio de las prácticas juveniles focalizada en el relato biográfico, plantea una trayectoria interpretativa que si bien encuentra elementos de andamiaje con fenómenos ligados al enfoque macroestructural (pobreza, marginalidad urbana, violencia institucional, violencia de género, narcotráfico, etc.), estos adquieren relevancia y se articulan desde la propia experiencia juvenil (véase figura 1).

A partir de la última década del siglo pasado, la irrupción de la subjetivación (Reguillo, 2000) se coloca nuevamente en la escena de la investigación social, centrado en el actor social como lugar privilegiado para el análisis y la comprensión de la vida social. En este sentido, la académica Rossana Reguillo sostiene: “la apropiación e interpretación que realizan los actores sociales de las condiciones objetivas del mundo, no representa

⁹ Al respecto, la “doble hermenéutica” de Giddens o el “habitus” de Bourdieu como propuesta de articulación entre los mundos objetivo y subjetivo, son muestra clara de dicho giro.

solamente un tema, sino constituye más propiamente dicho un enfoque o un lugar metodológico desde el cual interrogar lo social” (2000: 52). En este sentido, la apuesta por el relato biográfico constituye una ruta clave para comprender, desde la propia mirada y experiencia juvenil, cómo se han ido configurando procesos densos de precarización ante escenarios marcados por diversos fenómenos de violencia.

Apostar por esta mirada en torno a la dimensión subjetiva, permiten entender a lo social de manera dinámica y a partir de una diversidad de lógicas de negociación y adscripción, que dan cuenta de un lugar situado históricamente constituido. Es decir, “el desafío consiste en penetrar hermenéuticamente en las estructuras cognitivas y afectivas de los actores sociales para encontrar ahí la presencia de lo social en lo subjetivo” (Reguillo, 2000: 53), por lo que abordar el relato biográfico permitirá ir entretejiendo las tensiones que se gestan no solo en los vínculos a escala intersubjetiva, sino relaciones de poder desniveladas y desiguales desde las cuales los órdenes institucionalizados proponen o imponen su racionalidad del mundo.

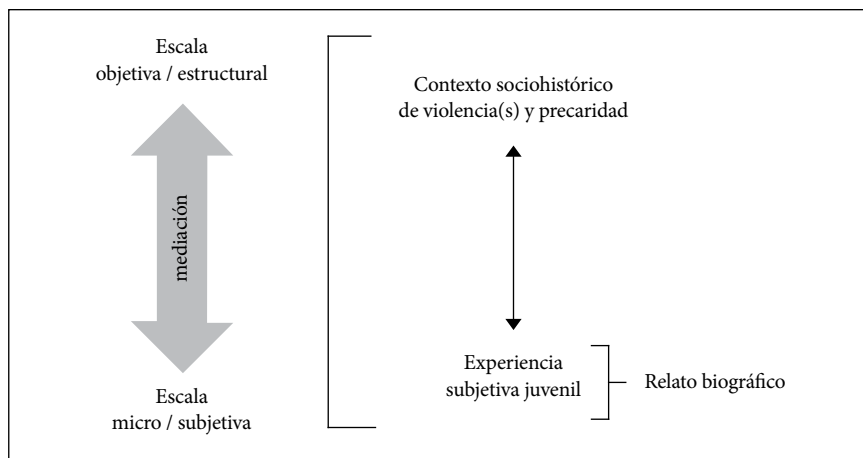


Figura 1. Esquema de elaboración propia.

Ahora bien, el itinerario subjetivo se materializa, como bien vimos en el relato, a partir de su expresión narrativa. Esto nos coloca en torno al discurso, que en sintonía con el giro en torno al sujeto, efectivamente irrumpe en el análisis social como un *reino luminoso* (Reguillo, 2000).

Es a partir de esta posibilidad de entretrejo de sentido producida en lo discursivo, que el relato es una potencialidad desde el cual se da cuenta de una subjetividad que muestra una actitud objetiva ante el mundo. Sin caer en un reduccionismo ingenuo que se limite en colocar el poder del discurso en el discurso mismo, partimos de asumir que todo orden discursivo tiene sentido solo, si como bien sostiene Bourdieu (1995), desenmascara las propiedades que dan cuenta de quiénes son los sujetos que lo producen, desde dónde lo generan y bajo qué condiciones se favorece o se modifica dicho orden.

En un ejercicio de síntesis, Reguillo, a partir de Foucault, plantea la articulación de niveles de análisis en torno a lo discursivo. Parte de considerar que si bien Bourdieu da cuenta del papel extra-discursivo que condiciona la propia narrativa, es Foucault quien, a partir de su categoría de *formación discursiva*,¹⁰ nos ubica en las reglas de formación y condiciones de existencia del discurso. Esto significa que la narrativa generada por el o la joven a través del relato biográfico da cuenta de estructuras, reglas y valores de una formación discursiva que materializan un orden legítimo desde el cual inscribe su decir: un contexto de enunciación, un sistema de posiciones diferenciales y un sistema de representaciones (Reguillo, 2000). En suma, esto nos lleva a comprender que el sentido anclado en lo narrado no es una propiedad del discurso, sino la posibilidad de materializar por parte de un sujeto histórica y socialmente situado.

Efectivamente, el contexto de enunciación es central para comprender desde dónde y bajo qué condiciones habla o se narrativiza el actor juvenil. En relación a ello, también cobra relevancia enfatizar las posiciones diferenciadas que se articulan en torno a la producción discursiva. No todos se colocan en las mismas condiciones de producir el discurso narrativo. Al retomar la formación discursiva de Foucault, Reguillo la relaciona con la categoría de *campos de discursividad* de Laclau y Mouffe (1985).

¹⁰ En su obra célebre *Las palabras y las cosas*, Foucault (1998) nos permite comprender cómo el discurso se genera a través de un conjunto de reglas anónimas e históricamente determinadas que limitan al sujeto. En este sentido, a través de un análisis histórico genealógico, vislumbra cómo en diversos periodos se han establecido reglas de *lo enunciable* que establecen los criterios de aceptación y validez discursiva.

Violencias y vidas precarias. Denominador común en las trayectorias juveniles

Como referimos en el apartado anterior, toda narrativa adquiere centralidad a partir de su anclaje con el sentido que se articula a una caracterización sociohistórica. El desarrollo de los capítulos, si bien ubican en lo específico escenarios geográficamente distantes, como es el caso de Ciudad Juárez, en el norte de México, una de las ciudades provinciales más importantes de Argentina como es el caso de Córdoba, y la capital de la provincia de Santiago de Chile, encuentra puntos de entrelace a partir de las dos categorías que describen el paisaje común, que enfrentan los y las jóvenes en estos diversos escenarios: violencia y precarización.

El panorama que vive la población juvenil en América Latina, considerando la compleja diversidad de paisajes en los que desenvuelve cotidianamente, se viene caracterizando por el impacto resultado de la implementación de diversas políticas de corte neoliberal por los gobiernos de los países en la región, obteniendo con ello que las y los jóvenes sean los más afectados en relación con la desigualdad social, los procesos de segregación socioespacial, las políticas de ajuste económico y reducción de corte social, sumado a un incremento de las violencias en sus espacios cotidianos. Violencias que constituyen una diversidad de fenómenos en los que su vida enfrenta situaciones de amenaza o riesgo desde el punto de vista física, psíquica, emotiva, afectiva, relacional y aspiracional.

Si consideramos en general dos aspectos clave que dan cuenta de cómo se ha incrementado la precarización de la vida juvenil en la región, acceso al trabajo y a la educación formal, el panorama no es alentador. En su informe 2019 Panorama Laboral en América Latina y el Caribe, la Organización Internacional del Trabajo señala un aspecto que da cuenta de al menos una de las contradicciones que los y las jóvenes enfrentan en el escenario actual:

Los jóvenes en la actualidad son más educados que los de las generaciones previas. Sin embargo, su inserción al mercado laboral sigue caracterizándose por una elevada precariedad: su tasa de desocupación triplica a la de los adultos. De los jóvenes que trabajan, más del 60% tiene un empleo informal. A esto

se suma un problema de inactividad: aproximadamente 22% de los jóvenes latinoamericanos no estudia ni trabaja; y la situación es aún más crítica entre las mujeres jóvenes (OIT, 2019: 61).

En general, la implementación de políticas neoliberales, a partir de la década de los ochenta, tuvo como una de sus apuestas fundamentales concebir la pobreza como “la imposibilidad de alcanzar una etapa más evolutiva de una parte de la sociedad y por eso esta es un fenómeno natural; se relaciona con la prosperidad ya que cualquier interferencia al mecanismo del mercado conduce a la pobreza” (Czarnecki, 2013: 185). En este sentido, el giro de responsabilidad que cultivó la política económica y social de atención por parte de los Estados, centró su atención en el individuo y su capacidad de superar, por sí mismo, la fase de pobreza que enfrenta, para con ello lograr incorporarse a un sector de la población en una estructura socioeconómica basada en criterios de selectividad y el mejoramiento del capital humano. En particular, esta lógica favoreció la generación de un imaginario sostenido en la idea del éxito, basado en enfoques “desarrollista” y “progresista”, resultando con ello un proceso de inclusión excluyente que se plasma a partir de lo que Reguillo (2017) ha llamado la presencia de una *sociedad bulímica* encargada de devorar para luego vomitar a sus jóvenes.

Esto nos conecta con el fenómeno de las violencias. Diversas expresiones en las que jóvenes enfrentan cotidianamente el riesgo de ver afectada su integridad, y en el caso extremo perder la vida de forma violenta. La precarización de la vida que comparten, así como el incremento de la vulnerabilidad social y económica, junto a la cada vez mayor presencia de estrategias punitivas promovidas por los gobiernos bajo el pretexto de combate a fenómenos como el narcotráfico, guerrillas, crimen organizado, o recientemente pandemias, ha constituido el paisaje de cultivo desde el cual se viene presentando lo que Valenzuela Arce ha caracterizado bajo el término juvenicidio. El artero asesinato de jóvenes que poseen “identidades desacreditadas” y que por ello adquieren una mayor vulnerabilidad ante las fuerzas del Estado y/o los grupos bajo control del narcotráfico, crimen organizado o paramilitares.

El Juvenicidio posee varios elementos constitutivos que incluyen precarización, pobreza, desigualdad, estigmatización y estereotipamiento de conductas juveniles (de manera especial de algunos grupos y sectores juveniles) y la banalización del mal. El orden dominante ha ampliado las condiciones de precariedad, vulnerabilidad e indefensión de estos grupos usando ordenamientos clasistas, racistas, sexistas, homofóbicos, y un orden prohibicionista que, con el pretexto de combatir al llamado crimen organizado, ha funcionado como estrategia que limita los espacios sociales de libertad (Valenzuela Arce, 2015: 39).

Como mencionamos anteriormente, este fenómeno no puede ser entendido sin su relación con el desarrollo del capitalismo neoliberal. Juventudes en pobreza y pobreza extrema en escenarios como las favelas, o la condición de los afrodescendientes en diversos países de la región con una carga de exclusión racializada, en Centroamérica con la marca amenazante que ha caracterizado el imaginario mediático en complicidad con élites económicas y políticas frente al fenómeno de la Mara Salvatrucha y el Barrio 18, el incremento constante de asesinatos arteros a jóvenes en la llamada guerra al narcotráfico en México, y en general el vínculo clave que encuentra el juvenicidio con otro fenómeno clave en este contexto como ha sido el feminicidio. La precarización social y laboral da como resultado una población subalterna que son catalogados como indeseables y superfluos (Valenzuela Arce, 2017) que, en el rapaz escenario actual que articula perversamente su visión económica con criterios de selectividad en torno a la vida y la muerte, es el escenario donde transitan a la deriva una población juvenil que crece exponencialmente. Incluso, en los casos que abordaremos en la presente obra, se da cuenta de otras expresiones que podríamos denominar como microviolencias, aquellas caracterizadas por la humillación, la discriminación, el acoso, abuso de poder, que se generan sobre los y las jóvenes más empobrecidos de nuestras ciudades.

Concluyendo

Con la finalidad de articular diversos abordajes en relación al relato biográfico en contextos diferenciados de precarización y exclusión

social, la obra aquí expuesta contiene una serie de trabajos que permiten observar experiencias diversas —Ciudad Juárez, Córdoba, Santiago—, centrando su atención en el trabajo con diversos colectivos juveniles. Cabe mencionar que el ejercicio compartido de académicas y académicos cruza transversalmente los abordajes aquí expuestos. Es decir, consideramos que el estudio de los procesos de construcción intersubjetiva que se entretajan a lo largo de los capítulos, no solamente cumple con una trayectoria teórico-metodológica que revaloriza la experiencia juvenil, sino que también da cuenta de la indisociable relación que hay entre el mundo de la academia y los complejos escenarios de pobreza, marginalidad y precarización que enfrentan las y los jóvenes.

El texto “Vidas precarias, vidas carenciadas. Relatos biográficos juveniles vinculados al mercado sexual en Ciudad Juárez, México” centra su atención en relatos de historia de vida de jóvenes, varones y mujeres, en un contexto reciente en la frontera norte de México, determinado por una creciente vulnerabilidad e indefensión económica, política y social, así como la presencia de una lógica de necropoder que define aquellos cuerpos sacrificables. A partir de narrativas, el autor articula experiencia individual con el contexto sociocultural, enfatizando las tensiones entre lo íntimo, lo privado y lo público en torno a la experiencia juvenil y el trabajo sexual.

Considerando también el escenario reciente en Ciudad Juárez, el capítulo “Acoso sexual a mujeres jóvenes policías en Ciudad Juárez: la reproducción de la violencia sexual desde diferentes cuerpos masculinos” se vale de entrevistas a profundidad realizadas a jóvenes mujeres policías. A partir de colocar su atención en relación con la práctica del acoso sexual, el trabajo da cuenta de cómo las jóvenes enfrentan el acoso sexual ante la amenaza de una estructura jerárquica masculinizada que asume de manera diferencial en trato entre los integrantes de la corporación de seguridad pública municipal. El autor expone una dinámica de *acoso sexual horizontal* donde los protagonistas suelen ser los compañeros de trabajo, hombres quienes, aun no encontrándose en un puesto superior formalmente en la estructura organizativa, consideran que pueden acosarlas, simplemente porque ellos son los hombres y ellas las mujeres.

El tercer texto bajo el título “Narrativas espiraladas: enfoque y efectos en torno a la experiencia juvenil”, muestra los resultados de un proyecto de investigación colectivo en Córdoba, Argentina, con jóvenes de sectores empobrecidos los cuales, desde la puesta en escena del relato biográfico, definen el sentido de vida y muerte que produce su propia experiencia en un escenario dominado por la creciente precarización social, así como la conflictiva relación con los organismos de seguridad pública del Estado argentino. Sumado a la apuesta metodológica del relato biográfico, la investigación privilegió en todo momento una perspectiva basada en el enfoque de la Investigación Acción Participante, apostando a una posición que diluye la separación tradicional observador-observado, permitiendo con ello un conocimiento sostenido y basado en la experiencia colectiva.

¿Cómo podemos anclar la experiencia subjetiva producida a partir del relato, en una escala mayor que permita develar condiciones sociohistóricas que estructuran los procesos de exclusión y precarización de los y las jóvenes? A esta pregunta busca dar respuesta el texto “Cuerpos desechables: sobrevivir en el mundo contemporáneo”. En un escenario dominado por la lógica heteropatriarcal capitalista, las autoras describen el impacto que han generado políticas selectivas de reconocimiento que muestran cuerpos juveniles femeninos en regímenes de precariedad desigualmente distribuidos.

El texto descrito en el párrafo anterior enfatiza la perspectiva política a partir de una dimensión de género. En relación a ello, el capítulo “Juventudes y necropoder: géneros según marcas raciales”, retomando el análisis de caso de jóvenes mujeres y varones que experimentan sus trayectorias de vida en zonas marginadas de la periferia de Córdoba, plantea la siguiente hipótesis: en las adscripciones de género ligadas a la masculinidad hegemónica, se incrementan las significaciones subjetivas vinculadas a la muerte. Estas significaciones serían diferenciales según adscripción de género, y es allí donde podríamos reconocer las operaciones del necropoder, así como del sistema capitalista, patriarcal, adultocéntrico, colonial.

Describir el sentido de vida o muerte en contextos de fuerte precarización social, también invita a plantear la pregunta en relación a cómo se asumen como sujetos de derechos. El capítulo “Experiencias

juveniles y relato biográfico: vivencias entre el reconocimiento social y la vulneración de derechos”, resultado de entrevista a jóvenes, sostiene cómo estos construyen estrategias discursivas y de justificación moral a través de las que consiguen articular en la construcción de reconocimiento social. Al enfatizar las esferas de socialización, aborda mundos significativos como el familiar, de pareja, del barrio o laboral. El “sentirse escuchado” es la manifestación de un acto de presencia que, en el sentido del reconocimiento, fractura las distinciones jerárquicas y verticalistas que operan tradicionalmente en la lógica institucional.

Para finalizar, a partir de las expresiones recientes de exigencia de cambio en el modelo político-social en Chile, el texto “Precarización y violencias sociales en jóvenes. Una mirada a la educación y la acción política en el Chile neoliberal” da cuenta del fracaso y la crisis económica que ha generado la implementación histórica del modelo neoliberal. Sostiene la interrogante en mecanismos que operan varones jóvenes al no lograr cumplir con ese mandato de la masculinidad hegemónica, que les impone las figuras de *proveedor* y *protector* ante una masculinidad hegemónica que establece criterios de selección a partir de la figura radicalizada de “macho”.

Bibliografía

- AGUIRRE TORRES, M. L. (2014). La epojé como ruptura de la actitud natural: Husserl y Sartre. En *Revista Versiones*, núm. 5, enero - junio, Medellín, 78-87.
- ARFUCH, L. (2010). *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Tercera reimpresión. Argentina: Editorial Fondo de Cultura Económica.
- CZARNECKI, L. (2013). La concepción de la pobreza en el modelo neoliberal. ¿Cómo entender la lucha contra la pobreza en México? *Revista Frontera Norte*, El Colegio de la Frontera Norte, vol. 25, núm. 49, 179-191.
- REGUILLO CRUZ, R. (2000). Anclajes y mediaciones del sentido. Lo subjetivo y el orden del discurso: un debate cualitativo. *Revista Nueva Época*, núm. 17, Universidad de Guadalajara, México, 50-55.
- REGUILLO CRUZ, R. (2017). Precariedad(es), necropolítica y máquinas de guerra. En José Manuel Valenzuela Arce y Mabel Moraña (coordinadores),

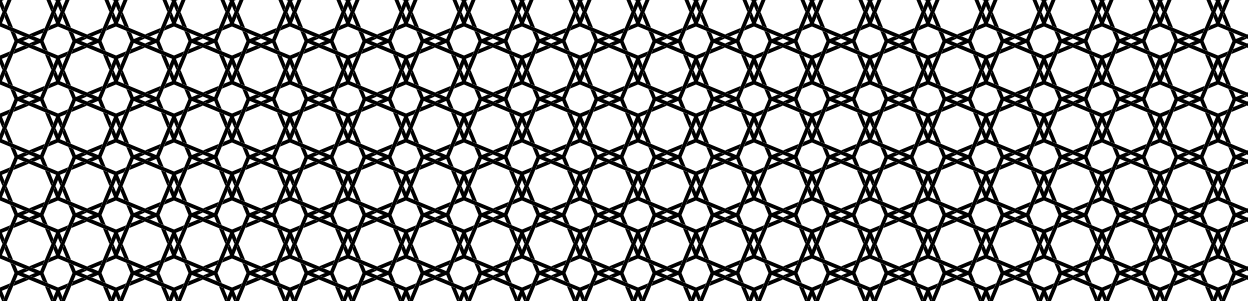
Precariedades, exclusiones y emergencias. Necropolítica y sociedad civil en América Latina. México: Editorial Gedisa, 53-73.

RODRÍGUEZ M., Z. I. (1993). *Alfred Schutz, hacia la fundamentación de una sociología del mundo de la vida*. México: Editorial Universidad Autónoma de Guadalajara.

SCHUTZ, A. y Luckmann, T. (2009). *Las estructuras del mundo de la vida*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

VALENZUELA ARCE, J. M. (2015). *Juvenicidio, Ayotnizapan y las vidas precarias en América Latina*. España: NED Ediciones.

VALENZUELA ARCE, J. M. (2017). Ayotzinapan: juvenicidio, necropolítica y precarización. En J. M. Valenzuela Arce y Mabel Moraña (coordinadores), *Precariedades, exclusiones y emergencias. Necropolítica y sociedad civil en América Latina*. México: Editorial Gedisa, 37-51.



Vidas precarias, vidas carenciadas. Relatos biográficos juveniles vinculados al mercado sexual en Ciudad Juárez, México

SALVADOR SALAZAR GUTIÉRREZ

Introducción

El trabajo presenta los resultados preliminares de una investigación en curso en torno a la producción de *vidas precarias* (Butler, 2006) y *vidas carenciadas* (Valenzuela Arce y Mabel Moraña, 2017) insertadas en el mundo del trabajo sexual, en Ciudad Juárez, México. Centra su atención en relatos de historia de vida de jóvenes, varones y mujeres en un contexto en la frontera norte de México, caracterizado por una creciente vulnerabilidad e indefensión económica, política y social, así como la presencia de una necropolítica (Mbembe, 2011) asociada a la producción de cuerpos sacrificables. A partir de las narrativas generadas desde la propia trama de sentido por el sujeto juvenil, permite anclar experiencia individual con el contexto sociocultural, así como visibilizar las tensiones entre lo íntimo, lo privado y lo público. Si bien existe una tradición importante desde los estudios feministas que

abordan el fenómeno de la prostitución y la industria sexual —con un énfasis hacia sus implicaciones en los cuerpos femeninos—, el trabajo aquí expuesto gira su mirada en el análisis de identidades juveniles desacreditadas a partir de su vinculación al mundo del mercado sexual.

Fundamentación del problema

La práctica de la prostitución ha sido uno de los fenómenos con presencia constante en la vida de la frontera, con una histórica vinculación a un imaginario dominante que la ha vinculado a manifestación de inmoralidad. No se puede entender un estigma asociado a “leyenda negra” en diversos periodos históricos de Ciudad Juárez, sin tener presente la dinámica del mercado sexual vinculado al giro de la “diversión indecente” (García 2013), que caracterizó a la frontera desde la época posrevolucionaria.

En México se ha generado una serie de estudios en torno al mercado sexual más allá de una visión normativa-punitiva (Lamas, 2014). En los últimos años se ha dado un giro en torno a enfoques socioculturales y contextos de violencia asociados a este fenómeno (Segato, 2006). Aquí se coloca el aporte central de la presente investigación, abordar la construcción de la experiencia de vida de jóvenes —mujeres y varones— vinculados al mercado sexual en Ciudad Juárez, en un escenario caracterizado por procesos de carencia y precarización.

Se ha presentado un debate teórico-normativo interesante en torno al trabajo sexual. Es importante retomar de Villa Camarma (2010) la siguiente clasificación general, en relación a cómo ha sido abordada la forma de entender el cuerpo y la sexualidad desde diversas perspectivas: prohibicionista, abolicionista, reglamentarista y laboralista. Cada una de ellas encuentra como eje en común el significado que otorgan al discurso del cuerpo femenino, y en especial al trabajo sexual de la mujer:

- *El cuerpo como delito*. Aquí, el mercado de servicios sexuales es visto como un atentado a valores éticos: la gestión sexual del cuerpo femenino resulta ser oficialmente un delito de carácter moral y legal, que provocaría la pérdida y corrupción de los “valores tradicionales” (Villa Camarma 2010, 159). El Estado se coloca como

una instancia de control del orden y guardián de la moral compartida, por lo que se asume que la generación de un andamiaje prohibicionista y persecutorio es el marco de actuación frente a la prostitución. La institucionalidad punitiva insertada en la estructura policial del Estado (instituciones de seguridad pública o salubridad, policías, centros de reinserción social —CERESOS—) es la encargada de proveer de los marcos normativos y operativos para salvaguardar el orden moral que castiga la mercantilización de los cuerpos femeninos con fines sexuales. Martha Lamas plantea que lo que está detrás de este tipo de recursos legales es más una perspectiva estigmatizante y moralista del trabajo sexual, reduciendo a una condición de víctimas a las trabajadoras sexuales y con ello no considerando factores estructurales —pobreza, precariedad de empleos, violencias, etc.—, presentes detrás de las mujeres que toman la decisión de valerse de la prostitución para acceder a un pago por sus servicios: “el discurso de salvar víctimas ha ampliado la estrategia policial del rescate, el abolicionismo intenta fijar un límite en qué se debe considerar lo decente y moralmente aceptado en torno a la conducta sexual” (Lamas, 2014, 37).

- *El cuerpo como negocio*. En un sentido distinto, lo que no significa desvinculado del anterior, perspectivas reglamentaristas y laboristas plantean la regulación comercial de los negocios sexuales. Reglamentar la práctica sexual significa un recurso de excepcionalidad al derecho penal para aquellos que se relacionen al mercado sexual. A partir de mecanismos de control policial y sanitario, se genera la estrategia de legalizar la práctica de prostitución siempre y cuando esta se desarrolle en espacios controlados y cooptados por el orden institucional. El discurso laborista se encarga de sostener a la prostitución, como cualquier trabajo que debe ser registrada en los marcos de regulación laboral reconocidos. Si bien esto parecería ubicar en el reconocimiento a quienes realizan esta práctica, esto no significa que no aparezcan condiciones de explotación y mercadeo del cuerpo por terceros: “la defensa regular de los derechos y la mejora de las condiciones laborales en el mercado del sexo, se debe apoyar en la reivindicación de la libertad de decisión sobre la gestión del propio cuerpo, como negocio autónomo” (Villa Camarma, 2010, 163).

- *El cuerpo como mercancía.* A diferencia de las anteriores, en las que la valoración e interpretación está generada desde lecturas externas a la práctica de quienes ejercen la prostitución, esta se inserta en una forma de esclavitud sexual en la que ser prostituta es ser víctima de un proceso que no ha sido de su completa decisión, ya que resulta de condicionantes estructurales presentes en su experiencia de vida como la pobreza, marginalidad, abuso sexual, falta de oportunidades laborales y educativas, o la presencia del narcomundo. Aquí, más allá de los marcos normativos que permitan dar visibilidad a derechos y reconocimiento de quienes practican la prostitución, esta siempre será una condición forzada que se reduce a una lógica de esclavitud sexual.
- *El cuerpo como poder.* El cuarto eje lo constituyen aquellas posturas de corte feministas que sostienen la reivindicación de la elección exclusiva de la mujer a la gestión de su cuerpo (Gimeno, 2011). Culturalmente en nuestro contexto nacional, la figura de prostituta suele ir referida a la imagen de mala mujer, enfrentada a la de mujer virtuosa que se atribuye a la esposa fiel y ama de casa. En este sentido, Raquel Osborne (1989) sostiene que si bien la prostitución está vinculada a la desigualdad social estructural entre hombres y mujeres, esto no significa hacer a un lado las reivindicaciones de los derechos de estas mujeres. Frente al abolicionismo que niega la libre voluntad de las mujeres trabajadoras sexuales, ubicándolas como receptoras de violencia, plantean una agencia de alcance significativo en torno a la conquista de su reconocimiento y autonomía. Aquí, varias autoras (Juliano 2002, Petherson 2002) llaman la atención que la estigmatización de quien ejerce la prostitución, por ejemplo, al utilizar el término “puta” para referir a ella, no es resultado exclusivo de su actividad, sino forma parte de una construcción sociocultural que obedece a procesos de racionalidad de una dominación de género, en la cual ser mujer es asumir una obligación de sumisión frente al dominio masculino.

Estas cuatro trayectorias permiten observar, en el caso específico de la dinámica de vida en la ciudad fronteriza del norte del país, cómo ha prevalecido una creciente estigmatización de las mujeres jóvenes

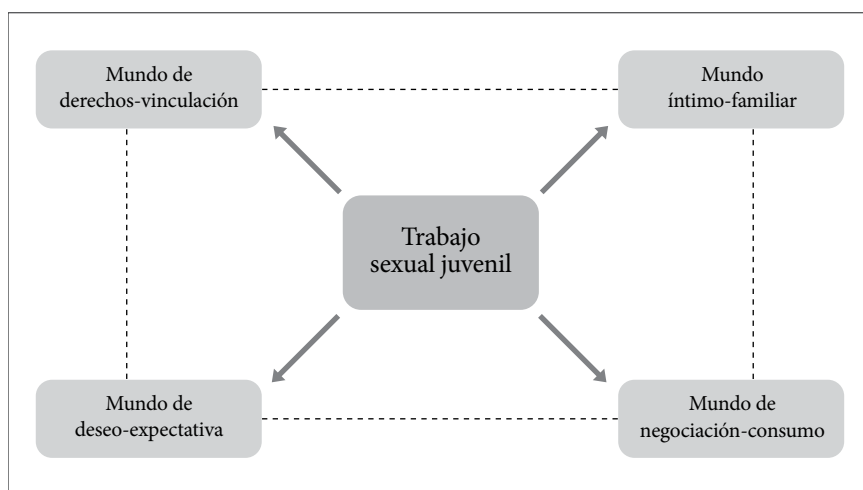
frente al marco normativo y axiológico que los espacios sociales tradicionales han producido en relación con el cuerpo y la sexualidad. Ser joven, pobre, prostituta es enfrentar una permanente vulnerabilidad de la propia condición de ser mujer, en la que ofrecer servicios sexuales no constituye una decisión enmarcada en protección de sus derechos o “libre elección”, sino un escenario de explotación como una mercancía de satisfacción que le permitirá acceder a un pago por los veinte minutos pactados para el servicio.

Según datos del CAPASITS (Centro Ambulatorio para la Prevención y Atención en SIDA e Infecciones de Transmisión Sexual), delegación Ciudad Juárez, en marzo del 2019, se tenía un registro de 5 200 mujeres dedicadas a la prostitución en diversas zonas de la ciudad. De esta población, el porcentaje mayor son mujeres jóvenes menores de 30 años, destacando la zona centro de la ciudad como el lugar donde desarrollan la actividad de prostitución. La experiencia de vida de jóvenes mujeres y hombres que han encontrado en el mercado del trabajo sexual, no solo un escenario propio de la creciente precarización y exclusión social (Salazar, 2015) que prevalece en el escenario de Ciudad Juárez asociado a la presencia de una cultura misógina que las reduce a una objeto de deseo, sino también la opción de negociar un pago por servicio que en otros espacios laborales simplemente no podrían acceder: “la denominación trabajadora sexual aparece como una de las formas de luchar contra la estigmatización y, al mismo tiempo, tender puentes entre mujeres trabajando en distintos sectores del mercado sexual (prostitutas, actrices porno o bailarinas eróticas)” (Santiago Morcillo y Cecilia Varela, 2016: 10).

El proyecto plantea un análisis en dos trayectorias. Por un lado, caracterizar cómo se ha venido gestando en la ciudad fronteriza del norte de México un régimen estético de exclusión y negación resultado de una serie de procesos en el contexto neoliberal que han producido vidas precarias que no vale la pena ser recordadas (Monárrez Fragoso, 2013). Por el otro lado, analizar a partir del relato biográfico la producción de una subjetividad situada (Arfuch, 2013) abordada desde lo estético, político y ético en relación con la experiencia de vida de las y los jóvenes vinculados al mercado sexual en Ciudad Juárez, México.

Metodología

La pregunta central indaga en torno a: ¿cómo se construye la experiencia biográfica y memoria en jóvenes varones y mujeres vinculados al mercado sexual en Ciudad Juárez, México?, y parte del supuesto de que en los últimos años, en esta ciudad fronteriza del norte de México, se ha insaturado un régimen estético patriarcal caracterizado por un escenario de exclusión social, la presencia de diversas expresiones de violencias y una creciente precarización de la vida en la población juvenil, dando como resultado que en lo particular, jóvenes insertos en el mercado sexual, generen prácticas y narrativas que les permiten negociar o enfrentan la dominación de dicho régimen. En este sentido, el trabajo muestra los resultados parciales de una estrategia de historia de vida con jóvenes —varones y mujeres— que ejercen el trabajo sexual en diversos espacios, considerando cuatro ejes de análisis: mundo íntimo-familiar, mundo de la negociación y el consumo, mundo de los derechos y vinculación con la esfera institucional, y el mundo de la expectativa y el deseo.



Estos cuatro ejes permiten una lectura transversal a la actividad del trabajo sexual, dando cuenta de la complejidad anclada desde las dimensiones económica, política, social y subjetiva.

A partir de una investigación de corte cualitativo,¹ permite abordar cómo se construye la experiencia de vida de la y el joven inserto en el trabajo sexual en Ciudad Juárez, México, considerando dos rutas epistémicas:

- El conocimiento situado de Donna Haraway (1991), quien plantea que nuestro conocimiento se genera desde lugares específicos y, por lo tanto, no está exento del contexto y la individualidad desde donde se mira.
- La experiencia biográfica² que permita observar “los modos diversos en que se inscribe la huella traumática de los acontecimientos en los destinos individuales” (Arfuch, 2013: 14), además de tener presente que, como sostiene Lawrence Grossberg, “las personas hacen historia pero bajo condiciones que no son las suyas” (Grossberg, 2010: 22).

Si bien el trabajo forma parte de una propuesta metodológica de mayor alcance, en particular aquí centraremos nuestra atención en el nivel de análisis de la narrativa producida a partir del relato de vida³ que construyen los y las jóvenes. Una experiencia subjetiva que en palabras de Reguillo, permite dar cuenta de “las dimensiones subjetivas que los actores despliegan en el orden sociodiscursivo” (Reguillo, 2000).

¹ El proyecto ha destacado una mirada de mayor alcance en torno a niveles de análisis. Genera una ruta que relaciona un nivel de *formación discursiva* que permite dar cuenta de un contexto sociohistórico que ha caracterizado la instauración de un régimen estético patriarcal, pasando por campos de discursividad, aquellos espacios que constituyen una tensión entre la dimensión subjetiva y el vínculo-adscrición a la esfera institucional, para, por último, llegar al análisis de la experiencia subjetiva a partir de las representaciones discursivas generadas desde la narrativa de los actores (Reguillo, 2000).

² El acceso a la vivencia de los individuos permite la reflexión en torno a las especificidades del mundo social en el que estos se hallan. O lo que es lo mismo, el privilegio de conocer las experiencias de los sujetos abre posibilidades para una mejor comprensión de la contemporaneidad.

³ Aquí se muestran resultados preliminares de la estrategia de historia de vida a mujeres y hombres jóvenes (15 a 25 años) vinculados al trabajo sexual, ya que permite abordar modos de la enunciación de los hechos narrados (Reséndiz García, 2004) en torno a la experiencia biográfica (Arfuch, 2013).

Resultados y discusión

Si bien como mencionamos al inicio, existe un debate amplio en torno a la conceptualización del trabajo sexual, destacando los enfoques abolicionistas o de los derechos que coinciden en separarse del término prostitución por la carga estigmatizante que conlleva, partimos de ubicar como trabajo sexual a *todo acto de intercambio de base sexual, a cambio de un bien o servicio por una contraparte* (Musto, 2010).

En este sentido, y a partir de la experiencia en campo que se ha desarrollado en los últimos meses en la zona centro de Ciudad Juárez, la definición plantea cuatro características generales que definen la especificidad del fenómeno: acto voluntario, bajo un acuerdo o negociación de un pago en condición subordinada, preferentemente en espacios semipúblicos (banqueta a la entrada de un motel), con un vínculo directo hacia una persona ligada al enganche. Con la intención de analizar las experiencias de vida de jóvenes vinculados al trabajo sexual en Ciudad Juárez, a continuación se describen dos relatos —una mujer y un varón—, seguidos de una matriz de análisis que, en general, permite dar cuenta de una experiencia en contexto de precariedad y exclusión social.

Primer caso. Ruth

Originaria de un poblado en la periferia de la ciudad de Torreón, Coahuila, y asentada en Ciudad Juárez a los 9 años, nació como tercera hija bajo el cuidado de su abuela materna ya que la madre, separada del papá por maltrato, laboraba en actividades de limpieza en el hogar de una familia acomodada en la zona urbana.

recuerdo que mi mamá llegaba ya en la tarde, casi no la veíamos porque mis hermanas y yo nos íbamos a la escuela en la tarde, a la primaria, y por ya llegaba cansada... mi abuela era quien nos cuidaba, nos daba de almorzar y comer lo que hubiera, le ayudaba una tía que trabajaba en una tienda de vinos en el rancho... (Fragmento entrevista joven mujer).

Por motivos familiares y de expectativa de otra opción laboral, su madre decide trasladarse a vivir a Ciudad Juárez, y radica por varios meses en casa de una familiar bajo condición de aportar a los gastos de diversos servicios. Por tal motivo, la madre y su hermana mayor entran a trabajar en la Industria Maquiladora de Exportación, coloquialmente llamada “Maquila”, como operarias en una jornada laboral de 10 horas diarias de lunes a viernes. En este sentido, Luis Enrique Gutiérrez Casas (2018) plantea que la Industria Maquiladora de Exportación ha jugado un papel clave para entender cómo se ha precarizado el sector laboral, a partir de un ingreso económico bajo, mínimas prestaciones de seguridad social y demandantes jornadas laborales que afectan la integridad física, emocional y de relaciones sociales —sobre todo en el ámbito del espacio íntimo, familiar— del operario(a).

Cuando llegamos a Juárez, dormíamos en casa de una señora que conocía mi mamá. Era buena gente con nosotros, ella nos cuidaba mientras mi mamá y mi hermana la más grande trabajaban en la maquila para pagar la renta. Me acuerdo que mi mamá se enojaba porque pedíamos que nos comprara un vestidito o muñeca y nos regañaba porque no tenía dinero, que si queríamos teníamos que ir a salir a la calle a pedir en las esquinas o a trabajar como sirvientas, porque ya unas niñas que estaban con nosotras trabajaban en una casa... (Fragmento entrevista joven mujer).

Ruth concluyó el segundo año de secundaria, considera que el estudio es importante, que le hubiera gustado continuar hasta la preparatoria, e incluso ir a la universidad. Sin embargo, refiere que esto para ella no fue posible porque desde pequeña tuvo que realizar alguna actividad que permitiera llevar dinero a su casa. Actualmente, tiene dos niñas pequeñas, de 4 y 2 años. El papá, un joven que conoció en el centro de la ciudad, y con quien vivió tres años antes de separarse por la violencia que generaba al exigirle trabajo y dinero para el consumo de droga.

El papá de mis niñas no sé dónde esté ahora, lo dejé hace varios meses y me regresé a vivir con mi mamá, ella me cuida a las dos mientras vengo un rato aquí al hotel, pero de él nada, porque siempre era lo mismo, sabes, gritar, pegarme, quería para la piedra, para cerveza, y pos le contestaba que era problema

de él, que él buscara dónde, pero todo fue porque no aguanté que un día agarro a mi niña la más grande y la aventó, se lastimó y le dije que no me volvería a tocar a mí y mis niñas, y me salí...” (Fragmento entrevista joven mujer).

Ahora bien, ¿cuáles fueron los motivos por los que comenzó a involucrarse en el mundo del trabajo sexual? Al respecto, destacan tres aspectos que contribuyeron a ello. Por un lado, y como veremos más adelante constituye el punto nodal de vinculación a dicha actividad, es la experiencia de precarización y exclusión social. Enfrentar mínimas posibilidades de ingreso a sector laboral formal, que permita acceder a un salario y prestaciones sociales, sumado a la exigencia del entorno familiar para la participación en el gasto y consumo de insumos básicos como alimentación, vestido y vivienda. Sumado a ello, la condición de madre joven de dos niñas y una relación basada en constantes amenazas y violencias —física, psicológica y económica— por parte de la pareja varón, ha propiciado la decisión del trabajo sexual.

Yo tengo dos niñas, y pos la vida es bien dura, te orilla a trabajar en esto de la prostitución... al menos yo decidí aquí porque pagaban muy poquito en los puestos de comida, y está cabrón porque al momento que una se embaraza y tienes tus hijas, pos dónde vas a sacar para la leche o para los pañales y la ropita de tu bebé... Sí trabajé un rato en la maquila, pero no te alcanza con lo que te pagan y además es mucho rato fuera de mi casa y casi no veía a mis niñas, aquí vengo tres horas, solo los fines de semana y saco más que en la maquila... (Fragmento entrevista joven mujer).

Uno de los puntos clave en torno a las preguntas que se formularon, recae en el sentido a la propia concepción del cuerpo. Al respecto, giran en torno a ubicar el sentido atribuido a establecer una relación clave en la transacción o negociación de un acto, y la expectativa de quién pagará por un servicio.

Venir aquí para que te paguen por que hagas un servicio de 20 minutos, es por necesidad, porque requieres el dinero, porque no tienes otras opciones... no creas que me gusta que llega un cliente, gordo, feo, viejo, se desnuda y me da asco, pero qué haces tienes que hacer como si quisieras estar con él, pides

el pago por adelantado, nunca después, y le dejas claro qué puede hacer y que no puede, porque no permites que se pase y te lastime, que te llamen puta y quieran hacer con tu cuerpo lo que quieran... ya me pasó en una ocasión que uno quiso golpearme porque no quise tener sexo anal, y salí corriendo, llegaron las otras y así le fue, lo golpearon y salió corriendo... trato de cuidarme, de que me vea bien, porque pos vivo de que mi cuerpo les guste y siempre tengo que venir guapa, bien pintada, no sucia, verte atractiva, agradable... Muchos clientes cuando ya estás con ellos y están a punto no quieren usar condón, y ahí los paramos porque no te vas a arriesgar a una enfermedad o que quedes embarazada, y se enojan, pero no aceptamos, y si no quieren nos salimos del cuarto y nos vamos a donde están las otras... (Fragmento entrevista joven mujer).

Ruth lleva vinculada al trabajo sexual en la zona centro de la ciudad, por más de tres años. Conoce varios espacios, sobre todo pequeñas fincas que han sido acondicionadas por algún locatario como moteles de paso, en los que ha generado una red de respaldo con otras jóvenes y mujeres mayores que, con una mayor experiencia, establecen dinámicas de protección, resguardo y apoyo ante situaciones en las que consideran amenazada su integridad física y patrimonial.

yo ya tengo varios meses aquí en este lugar, ya conozco a las otras y entre varias tratamos de protegernos... a cada rato aparecen los operativos de la policía, vienen con los militares según ellos buscando droga o porque dicen que ahí se encuentran secuestradas menores o niñas... y les decimos que no, pero no les importan y cuando nos tienen ya adentro según ellos preguntando, nos pasan y nos quitan el dinero y entonces sí quieren que les hagamos el servicio y que tengamos relaciones sexuales o que les hagamos sexo oral... y si te pones al tú por tú, te golpean y te cargan que porque estás violando la ley, ellos la violan porque nos atacan, nos golpean, nos maltratan y ya sabemos de varias de nosotras que se las llevan y ya no regresan, las matan... (Fragmento entrevista joven mujer).

No solo ven amenazada su integridad por parte de los aparatos policiales del Estado, en complicidad con ellos, la presencia de una compleja red de dominación a partir del narcomenudeo y la trata de jóvenes con fines de explotación sexual, ha sido uno de los aspectos que ha caracterizado en lo particular a esta zona de la ciudad fronteriza.

Segundo caso. Raúl

Originario de la ciudad de Delicias, al sur del estado de Chihuahua, y miembro de una familia integrada por la figura materna, y cuatro hermanos menores. Llegó a Ciudad Juárez cuando era pequeño, ya que su mamá decidió ir a esta ciudad a buscar oportunidad de trabajo. De pequeño sufrió la pérdida de la figura paterna en un accidente, y se incorporó a trabajar como ayudante de una tienda de abarrotes en la zona centro cuando tenía 13 años.

Yo nací en Delicias, ahí viví en la colonia Linda Vista con mis hermanos y mi madre hasta que decidió que nos tendríamos que venir a vivir a Ciudad Juárez. Perdí a mi papá en un accidente de autobús, iba viajando hacia la ciudad de Chihuahua por la mañana y un día jueves nos avisaron que chocó el camión y que él murió... A los dos años decidimos venirnos a Ciudad Juárez porque acá tenemos familia de mi mamá y ellos nos dieron ajuaje al principio (Fragmento entrevista joven varón).

A los 15 años terminó la secundaria y conoció a una persona que lo invitó a trabajar en el aseo en un local dedicado a servicios de masaje y “descanso corporal” para mujeres y varones —Spa—. Decidió dejar los estudios y comenzó a realizar otras actividades como recepción a clientes, o la revisión de los materiales que proveedores entregaban para el servicio del negocio. Es de destacar que en la ciudad existe un número importante de este tipo de locales, sin embargo, para el caso de aquellos dedicados preferentemente al servicio de varones, suelen ser lugares en condición de clandestinidad, sin registro formal fiscal, y sobre todo en viviendas céntricas sin ninguna referencia publicitaria ya que consideran el principio de secrecía como aspecto central de su trabajo.

Llevo varios años ya trabajando en el Spa, como siete, y ya sé de qué se trata el negocio, y me gusta porque me va bien, ya traigo mi “troca” —vehículo—, y tengo varios compas que conocí en el ambiente y con ellos nos vamos de party —fiesta— los fines de semana a los antros en el centro... Aquí vienen varios clientes, ya de años, y les damos el servicio de masajes, estética, y a quienes ya conocemos saben que también el servicio privado... (Fragmento entrevista joven varón).

Al trabajar en un negocio que otorga servicios preferentemente a varones, se le preguntó si él se asume como integrante de la comunidad LGTB, Raúl menciona que para él queda claro que su actividad de trabajo en el negocio no tiene problema en hacer servicio privado sexual a quien se lo solicite, sea varón o mujer.

Gay no me considero, me gustan las morras, estar con ellas... pero tú sabes, jale es jale, el trabajo es necesario y sin distinciones, no tengo problema de acostarme con una señora o con un don, siempre y cuando acordemos el pago del servicio y el tiempo, porque como todo trabajo, las reglas claras y también hasta qué tanto permites tener con ellos, y siempre con preservativo, porque una sífilis, gonorrea o el herpes está de la chingada... No tengo problema con las condiciones a los clientes, nunca he tenido problema, no sé, si porque soy hombre y no quieran pedos, no lo sé, pero pues así nada más, el servicio y lo que sigue... (Fragmento entrevista joven varón).

Un aspecto relevante, punto de comparación y contraste con el caso de Ruth, en el caso de Raúl realiza el intercambio sexual como parte de una actividad negociada a cambio de un pago monetario, en un espacio resguardado y que no constituye un punto de atención por parte de los operativos policiaco-militares que sí se presentan constantemente en la zona en que se ubican las jóvenes trabajadoras sexuales.

Yo nunca he tenido problema con la policía, aquí nunca han venido, y que sepa en ninguno de los otros lugares donde trabajan algunos otros, no sé, solo que si trabajo aquí como cualquier otro trabajo, sin estar exhibiéndose fuera, no tengo ningún problema, puedo trabajar tranquilamente, y nunca he tenido problema con algún cliente, porque se quiera pasar, es tranquilo... (Fragmento entrevista joven varón).

A la pregunta específica de si considera un derecho la decisión de qué actividad realizar con su cuerpo, y cuál es el sentido que le otorga como parte del trabajo sexual, el joven sostiene que:

es mi decisión, yo no tengo problema, es como cualquier trabajo, por qué tendría problema con alguna autoridad, solo me tengo que cuidar y al final de cuentas los clientes pagan lo que acordamos y nada más... a mí me gusta tener mi ropa de marca, mi celular, no te diré que uno de lujo, traigo mi troca, voy a las fiestas y

salgo los fines de semana, no consumo drogas y casi no tomo bebidas alcohólicas, cuido mi cuerpo porque de eso vivo, hago ejercicio todos los días, voy al gimnasio por la mañana, y de ahí me vengo al trabajo... (Fragmento entrevista joven varón).

Ambos relatos dan cuenta de una subjetividad anclada en los márgenes, pero de una manera diferenciada. La experiencia de la joven, marcada por un vínculo de dependencia hacia un entorno familiar, en la que cumple con roles de cuidado y manutención, así como lógicas de violencia asociadas a diversas relaciones como de pareja, o el estigma social atribuido a la práctica de la prostitución, son dinámicas diferenciadas si comparamos con la experiencia del joven varón. Sumado a ello, es interesante enfatizar que el ejercicio de trabajo a partir de la historia de vida, dio cuenta de dos narrativas distintas de anclar la dimensión temporal en torno al pasado. En el caso de la joven, una presencia importante en su relato con respecto a su vida previa a la decisión de vincularse al trabajo sexual, mientras que en el caso del joven varón, un énfasis a su temporalidad presente, y un pasado que intencionalmente se diluye a lo largo del relato.

Con la intención de favorecer rutas de análisis que cruzan a los dos relatos expuestos. A continuación, proponemos una matriz comparativa considerando cuatro ejes clave en la investigación.⁴

Mundo íntimo-familiar	En la joven marcada dependencia del vínculo familiar con la decisión al trabajo sexual. En el joven, referencia nula al mundo familiar, con una valorización creciente al sentido de decisión con respecto al trabajo sexual.
Mundo de deseo-expectativa	Valorización del trabajo sexual como recurso para acceder a una “mejor” vida. Actividad transitoria que favorezca otra alternativa laboral. En el caso de la joven, una frustración mayor al no visualizar una opción-alternativa posible.

⁴ Como hemos venido planteando a lo largo del texto, nos colocamos en una dimensión epistémica que valoriza o subjetiva como punto de partida para anclar el análisis de lo social. En este sentido, el término “mundo vida” de la fenomenología social de Alfred Schütz es clave para dicho interés.

Mundo de negociación consumo	Expectativa mayor de acceso a consumo de bienes a cambio de pago por servicio. Negociar como acto diferenciado. Menor margen en la posición de la joven con respecto al varón. Subordinación a figura varonil con respecto a la práctica e intercambio.
Mundo de derechos-vinculación	Elección condicionada diferencial en torno a la práctica del trabajo sexual. En el caso del varón, un resguardo propicio para la elección. En la joven, una la tensa-conflictiva negociación con la institucionalidad, la carga de estigma marcada por la figura de “puta”, estrategias horizontales (pares) de protección-resguardo.

Conclusiones

Si bien el análisis exige una mayor profundidad comparativa entre los casos diferenciados desde una dimensión de género, y como mencionamos al inicio, aquí se exponen hallazgos iniciales de un trabajo en proceso, valdría la pena cerrar con tres rutas de lectura que permiten anclar la dimensión narrativa con condicionantes que un paisaje sociohistórico viene marcando los cuerpos juveniles en los últimos años. Es decir, toda experiencia subjetiva no puede separarse de una articulación tensa situada con el contexto de violencias, exclusión social y precarización de la vida que viene acentuándose en la ciudad fronteriza del norte de México a partir de:

- El trabajo sexual juvenil da cuenta de cómo se ha presentado, en el contexto de la frontera norte, un escenario agobiado por una creciente violencia que marca los cuerpos juveniles de manera diferenciada. En particular, la violencia de género, se presenta de manera central en la experiencia de vida de las jóvenes trabajadoras sexuales, ligado a un paisaje de violencia sistémica gestada y propicia por el Estado heteropatriarcal y adultocéntrico que culpabiliza a los jóvenes como los gestores de los “males” ligados al narcotráfico, prostitución, trata de personas, etc.
- En ambos está presente el sentido de escasez y frustración social. Como plantea Mabel Moraña (2017), la escasez cobra relevancia epistémica ya que da cuenta de la falta de lo indispensable para

el mantenimiento de la vida, y en un escenario dominado por la lógica de producción capitalista neoliberal, la escasez no es algo secundario, sino el propio sentido de ausencia necesaria que reproduce expectativas frustradas en la población juvenil.

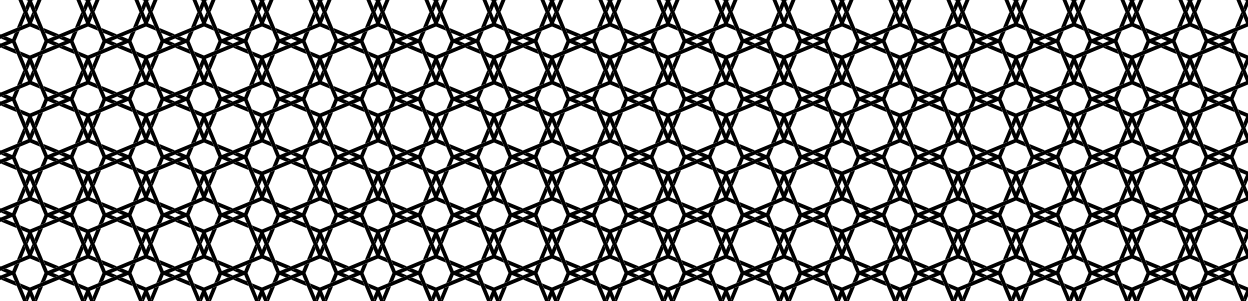
- Una estrategia instituida de erosión a la trayectoria biográfica, y con ello el desgaste en la posibilidad de pensar un mundo posible, alternativo. El peso que recae en la construcción simbólica que individualiza la culpa y el destino obligado, trae consigo que la posibilidad de gestar esperanza, individual o colectiva, no esté presente en la vida de los jóvenes trabajadores sexuales.

Para concluir, consideramos importante la tradición que los estudios feministas han planteado respecto al trabajo sexual, sobre todo a partir de una perspectiva política en torno a la discusión entre el derecho libre en relación al cuerpo. Si bien las diferencias y desigualdades en las identidades genéricas son punto de partida, cobra relevancia una aproximación que notifique de otras dimensiones como la económica, que permitan dar cuenta y develar las características de un modelo de producción de los cuerpos marcados por la rentabilidad de la pobreza, y la expectativa del necroconsumo, es decir, del deseo como objetos sexuados eliminables.

Bibliografía

- ARFUCH, L. (2013). *Memoria y autobiografía. Exploraciones en los límites*. Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- BUTLER, J. (2006). *Vida precaria: el poder del duelo y la violencia*. Buenos Aires: Paidós.
- GARCÍA PEREYRA, R. (2013). *Diversiones decentes en una época indecente*. México: Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.
- GIMENO, B. (2011). *La prostitución*. Barcelona: Editorial Bella Terra.
- GROSSBERG, L. (2012). *Estudios culturales en tiempos futuros*. Argentina: Siglo XXI.
- HARAWAY, D. (s/f). Manifiesto para ciborgs: ciencia, tecnología y feminismo socialista a finales del siglo xx. Disponible en http://xenero.webs.uvigo.es/profesorado/beatriz_suarez/ciborg.pdf

- JULIANO, D. (2002). *La prostitución: el espejo oscuro*. Barcelona: Icaria Editorial.
- LAMAS, M. (2014). *Cuerpo, sexo y política*. México: Editorial Océano.
- MBEMBE, A. (2011) *Necropolítica*. Editorial Melusina, España.
- MONÁRREZ FRAGOSO, J. (2013) Muerte, coerción legítima y existencia precaria. En *Fronteras culturales, alteridad y violencia*. Colegio de la Frontera Norte. México. Pp. 253-292.
- OSBORNE, R. (1989). *Las mujeres en la encrucijada de la sexualidad. Una aproximación desde el feminismo*. Barcelona: Ediciones La Sal.
- PETHERSON, G. (2002). *El prisma de la prostitución*. Madrid: Editorial Talasa.
- RESÉNDIZ GARCÍA, R. (2004). Biografía: procesos y nudos teórico-metodológicos. En María Luisa Tarrés (coordinadora) *Observar, escuchar y comprender. Sobre la tradición cualitativa en la investigación social*. CLACSO, COLMEX, Miguel Ángel Porrúa. México. Pp. 135-170.
- SALAZAR GUTIÉRREZ, S. (2015). Violencia sistémica, exclusión social, juvecidio y juvenicidio en el norte de México. En *Chihuahua Hoy*, UACJ. México.
- REGUILLO, R. (2000). Anclajes y mediaciones del sentido. Lo subjetivo y el orden del discurso: un debate cualitativo. *Revista Universidad de Guadalajara*, núm. 17, invierno 1999-2000. Disponible en <http://www.cge.udg.mx/revistaudg/rug17/4anclajes.html> (Consulta: 14 de octubre de 2012).
- SEGATO, R. L. (2006). *La escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez. Territorio, soberanía y crímenes de segundo estado*. México: Universidad del Claustro de Sor Juana.
- VALENZUELA ARCE, J. M. y Moraña, Mabel (2017). Vidas carenciadas y resistencias sociales. En Valenzuela Arce, José Manuel y Moraña, Mabel (coordinadores), *Precariedades, exclusiones y emergencias. Necropolítica y sociedad civil en América Latina*. México: Gedisa. Pp.13 a 26.
- VILLA CAMARMA, E. (2010). Estudio antropológico en torno a la prostitución. En revista *Cuicuilco*, vol. 17, núm. 49, México: 157-179.



Acoso sexual a mujeres jóvenes policías en Ciudad Juárez: la reproducción de la violencia sexual desde diferentes cuerpos masculinos

HUGO MARTÍNEZ OCHOA

Introducción

El presente capítulo está basado en una metodología cualitativa con corte espacio temporal de dos años. El objetivo de la investigación se instaura en comprender cómo se manifiesta el acoso sexual en las mujeres policías de la SSPM¹ de Ciudad Juárez, ello, ejercido por parte de compañeros policías, superiores jerárquicos y hombres detenidos por presunción infractora, bajo la temporalidad de 2016 – 2018. Así mismo, busco dar explicación bajo un marco teórico con dos perspectivas epistemológicas, la primera mediante el feminismo y en segundo contexto por medio del constructivismo-estructuralista. Lo anterior, de la mano con la metodología cualitativa-feminista, teniendo como recurso la recolección de datos mediante la entrevista a profundidad a mujeres policías.

¹ Secretaría de Seguridad Pública Municipal.

Los principales hallazgos que se encontraron fueron: en el contexto laboral, las mujeres fungen como ayudantes de la policía, el acoso es ejercido por el superior; es más directo y enérgico el acoso ejercido por los compañeros, tiene un manifiesto en un principio de baja intensidad y progresa hasta los tocamientos, y por parte de los detenidos se dan en forma de agresión y exigencias a las mujeres de que salgan de las filas de la corporación policiaca. Por último, las mujeres aceptan los tres tipos de acosos referidos, por el hecho de que se encuentran en la necesidad de conservar su trabajo por su situación estructural-marginal, lo que las lleva al silencio.

¿Por qué el acoso sexual es importante en las filas policiacas?

La violencia contra la mujer es un problema mundial, 7 de 10 mujeres han sufrido algún tipo de violencia (UNITE, 2009). Se debe agregar que Ramírez y Uribe (1992) mencionan que “en México las mujeres viven un circuito de violencia, en donde la incidencia y prevalencia aumenta en forma exponencial” (p. 149). Ciudad Juárez se sitúa en el mapa por la violencia extrema hacia la mujer. De acuerdo con Aikin (2011), Ciudad Juárez tiene una alta incidencia en violencia física, psicológica, desapariciones y feminicidios. Desde 1993 a 2017, 1 748 mujeres han sido asesinadas (Monárrez, 2015b). Así también, la académica hace visible que la violencia contra la mujer es visible, existente, y afecta a las mujeres en diferentes modalidades. Lo descrito lleva a un proceso de reflexión: ¿dónde se desarrolla el acoso sexual? De acuerdo con Paullier (2016), la pregunta #¿cuándo y cómo fue tu primer acoso? publicado por la feminista y activista Catalina Ruiz Navarro, recibió como respuesta más de 100 000 hashtags² en 24 horas. A través de los tuits se podía visualizar que el acoso sexual se desarrolla en lugares como la calle, trabajo escuela y hogares; dicho de otra manera, la violencia se vive en lo público y lo privado.

² *Hashtag* es una palabra del inglés podemos traducir como “etiqueta”.

En una aproximación, a inicio del siglo *xxi*, el 35% de las mujeres han sufrido violencia física y/o sexual por parte de su pareja y/o hombres desconocidos. No obstante, la incidencia ha aumentado a un 70% a finales del 2013 (OMS, 2013). Cabe mencionar, de acuerdo con el INEGI (2011), que cada 63 de 100 mujeres de 15 años o más han sufrido algún tipo de violencia. El grupo etario de 30 a 39 años es el más expuesto con una incidencia del 68%. Hay que mencionar que se registró una media nacional de 63.8%. Chihuahua ocupa un 80%. Es necesario resaltar que, respecto a la categoría de violencia sexual, las mujeres aceptaron la violencia ejercida por su pareja, jefes de trabajo y personas desconocidas. Por otra parte, la OIT (2013) encontró que los hombres acosan más a las mujeres que a la inversa, debido a que vive en una sociedad machista (aseveran), diciendo también que el piropo (siendo un tipo de acoso sexual) resulta inevitable practicarlo por parte de los hombres. Por otro lado, el acoso sexual tiene presencia en todo el mundo. Dicho brevemente, entre un 40% y 50% de las mujeres en Europa ha sufrido acoso sexual en el trabajo; en Asia, entre un 30% a 40% en el trabajo; en Estados Unidos, 83% en escuelas y trabajos (ONU Mujeres, 2012); en México existen 1.4 millones de casos denunciados en el ámbito laboral (Ramos, 2012).

En este contexto, se considera necesario puntualizar que, con relación a Ciudad Juárez, no existen estudios sobre acoso sexual. Por otro lado, Carmona (2010) realizó un estudio sobre violencia contra la mujer con una población de 9001, en donde encontró una prevalencia del 78% de violencia, la cual era ejercida principalmente por la pareja sentimental. Lo descrito llevó a estructurar la pregunta central de investigación: ¿Cómo aceptan o resisten las mujeres policías de la SSPM de Ciudad Juárez el acoso sexual por parte de sus compañeros, de sus superiores jerárquicos y de hombres con los cuales interactúan en función de sus actividades policiales? Robles (2013) menciona que la situación de vulnerabilidad que tienen las mujeres en Ciudad Juárez ha incrementado considerablemente por variables como la inseguridad, la economía inestable, la cultura y el feminicidio; estas agresiones reflejan el síntoma de androcentrismo que se vive en Ciudad Juárez y la violencia sistemática contra las mujeres. Empero, en materia de acoso sexual, se queda una interrogante viva, la cual no ha sido investigada con actualidad.

Cabe destacar que el acoso sexual se presenta mayormente en ámbitos laborales, y las mujeres sufren en su mayoría dicha violencia (Pernas, 2001). A partir de esta premisa, la SSPM es una institución permeada en su mayoría de elementos hombres, para ser precisos, ocupan el 75% con una población de 2 170, donde, las mujeres representan un total del 25%, siendo 554 elementos, para un total de elementos hombres de 2 170 (SSPM, 2017). Inclusive, otro punto relevante es hacer visibles las dinámicas de interacción en materia de acoso sexual, para generar herramientas de identificación, y a su vez, generar políticas para un ambiente laboral libre de acoso sexual, tal como lo señalan Jubb y Pasinato (2002) [...] “si en el cuerpo policial se respetan los derechos de la mujer, y en particular el derecho de vivir sin violencia, es más probable que la policía haga cumplir estos mismos derechos en la comunidad” (p. 4).

Los objetivos que guían el presente documento se encuentran en la comprensión del acoso sexual como manifestación en contra de las mujeres en la SSPM de Ciudad Juárez por los cuerpos masculinos: compañeros policías, superiores jerárquicos y hombres detenidos en una temporalidad 2016-2018; busca describir la dinámica de interacción laboral entre mujeres y compañeros policías; mujeres y superiores jerárquicos y mujeres y detenidos. Bajo la hipótesis central: las mujeres policías de la SSPM de Ciudad Juárez aceptan el acoso sexual ejercido por sus compañeros policías, superiores jerárquicos y hombres detenidos por presunción infractora, debido a que viven en una sociedad patriarcal, a la normalización de violencia y al miedo de perder su trabajo, lo que las lleva a aceptar las conductas masculinas indeseadas del acoso sexual.

Formas de acoso, feminismos y dominación masculina

El análisis del patriarcado es un elemento esencial en la construcción de estudios feministas; con esta categoría se logra comprender la relación de las mujeres con la historia. Para Lerner (1990), el patriarcado explica la naturaleza de la subordinación femenina, las

causas de cooperación, las condiciones de resistir ante la misma, el nacimiento del feminismo y la conciencia de que las mujeres han quedado olvidadas en la historia. Conviene subrayar que el constructo del patriarcado ha provocado el olvido de las mujeres en la historia. Además ha desarrollado una relación de subordinación directa a favor de la dominación patriarcal. Mediante la limitación en las condiciones laborales, libertades, vida libre de violencia, maternidad forzada, control de la capacidad sexual, entre otras situaciones que limitan y flagelan la integridad de las mujeres. El patriarcado es un sistema histórico, desde sus inicios de formación en el año 3100 a. de C., se produjo una conducta reiterada de subordinación de la mujer hacia los hombres, en una dicotomía de control: patriarca-mujer. Siendo esta anterior a la propiedad privada (espacio arquitectónico que tomó el patriarcado para su ejercicio), además destacaban conductas como el control sexual y la reproducción forzada. Mediante este folklore y sentido común se instauraron pensamientos tales como que “la capacidad reproductiva de las mujeres y la maternidad son los principales objetivos en la vida de la mujer” (Lerner, 1990: 35).

Cabe destacar que el sistema patriarcal funciona bajo posturas como la inculcación de los géneros, la privación de la enseñanza, la dependencia económica, la maternidad forzada, la violencia física y psicológica, entre otros factores claves para la estructuración patriarcal. Esto provoca las condiciones de que el dominado tenga la necesidad de cambiar su situación de sumisión por protección y trabajo no remunerado por manutención (Lerner, 1990). Ante esto, un dispositivo es la categoría de género, misma que se ha convertido en un sinónimo de la diferencia entre los sexos. Habría que decir también que funge como concepto, categoría, conocimiento, comportamiento, entre otros factores relevantes de la identidad de las personas. Por otra parte, el feminismo tuvo un interés sobre la categoría del género, a esto, lo utilizó para la reflexión de los factores que determinan las identidades de género. El movimiento buscó, mediante la categoría teórica, separar la biología de la cultura y generar conocimientos respecto al cambio (no como dirección social radical, sino como un aspecto de la historia y las identidades sociales).

Además, el término género ha sido un instrumento conceptual que han realizado las feministas para explicar las desigualdades entre hombres y mujeres a partir de las construcciones de género (Scott, 2008). Así también, Lamas (1999) dice que al género lo define la acción simbólica colectiva mediante la constitución de un orden simbólico de ideas centradas en ser hombre o mujer, esto quiere decir que el ámbito social es más que un territorio; es un espacio simbólico definido por la imaginación colectiva y determinada en la construcción de la autoimagen de cada persona, es decir, a través de la conciencia habitada por el discurso social. A lo cual, el género figura como conocimiento.

Respecto al conocimiento, Scott (2008: 20) menciona que el género “significa conocimiento de la diferencia sexual”. Este conocimiento hace referencia al sentido de la comprensión que generan las sociedades de cada cultura sobre las relaciones humanas entre hombres y mujeres. Como se ha dicho, el género es la organización social de la diferencia sexual; sin embargo, esto no significa que el género instaure las diferencias corporales, naturales y psicológicas entre hombres y mujeres; sino que, mediante el conocimiento que establecen las culturas y sociedades, se producen los significados del género. Debido a que no existe ningún vínculo biológico que determine el comportamiento, identidad o personalidad de un individuo (Scott, 2008). Con esto quiero decir que el género es mera construcción social a partir del dominio y la subordinación en conjunto con la situación política de los cuerpos.

En contexto con lo anterior, la diferencia sexual no es la causa genealógica de la organización social. Por el contrario, la participación en la historia de la instauración patriarcal es como se construyó el género hasta nuestros tiempos. Las relaciones sociales y la identificación del género, así como sus roles, son consecuencia de la dominación patriarcal. Por esto, la producción del conocimiento cultural se da por medio de las desigualdades sociales atribuidas entre hombres y mujeres. A grandes rasgos, “el género es una categoría social impuesta a un cuerpo sexuado. El término permite diferenciar la práctica sexual de los roles sociales asignados a las mujeres y a los hombres” (Scott, 2008: 53). Lo expresado hasta aquí supone que la condición de género se manifiesta con la distribución de poder desigual, lo cual crea lazos de dominio

en contra de la mujer; uno de los vértices de la violencia suele ser la diferencia sexual y los significados que se le asignan al mismo, la diferencia sexual puede ser entendida como la sexuación de los seres humanos producida por la simbolización de cada cultura y tiene como resultado las referencias comunes sobre sus actividades y la forma de hacerlas (Lamas, 2000). Como tal, la situación de la diferencia sexual, determinada por las culturas y el eje patriarcal, tiene como consigna asignar los roles de trabajo, comportamiento, actitudes, entre otros comportamientos, de acuerdo con el cuerpo sexuado que se ocupa.

Ya con anterioridad, Bourdieu (1997a) menciona que la diferencia sexual se manifiesta como una operación simbólica que otorga el significado a los cuerpos de las mujeres y los hombres. Bajo este esquema, se hace un reflejo de la realidad y se categoriza como normal, formando un hábito, que se convierte en producto histórico y cultural. Por lo tanto, no es ajeno que existan críticas hacia las mujeres que se enlistan en las filas de la policía, siendo esta actividad, de acuerdo con Fraser (1997), una conducta masculinizada. Es decir, que la mujer policía se enfrenta a los problemas cotidianos como salvaguardar su vida, hacer su trabajo en pleno riesgo, realizar su trabajo anexo con el doméstico y resistir o aceptar la violencia de la división del trabajo, ya sea por la reproducción patriarcal de su compañero policía, superior jerárquico u hombres detenidos.

Los conceptos y descripciones anteriores esclarecen que la diferencia sexual y los significados que le asignan a los cuerpos tienen una relación directa con la violencia que sufren las mujeres en el ámbito laboral; a este hecho, la mujer que tiene un empleo en donde la mayoría son hombres y se realizan actividades asignadas desde la diferencia sexual a favor del hombre, como son las instituciones policiacas, tiene una mayor incidencia de sufrir violencias desde sus diferentes manifestaciones. Una de ellas es el acoso sexual, que suele darse en la cotidianidad y como representación de poder sexual. El acoso sexual es una conducta de violencia mayormente contra la mujer, que es parte de un problema social agudo; es una opresión constante y no existe una visibilización real del problema. Empero, suele ir vinculada y percibida como una conducta socialmente aceptada a partir del ejercicio del patriarcado, puesto que el hombre considera que tiene

el derecho de realizar algún piropo o invitaciones reiteradas a salir, teniendo la meta de un sí como respuesta (Stanley y Wise, 1992).

Respecto a este acoso sexual en el ámbito laboral, suele manifestarse como:

Una conducta masculina indeseada y no correspondida que afirma el rol sexual de una mujer por encima de su función como persona y como trabajadoras y se estima que incluye actos de mirar, comentar o tocar el cuerpo de una mujer, las proposiciones relativas a conductas sexuales o citas amorosas y en última instancia la violación (Stanley y Wise, 1992: 59).

En otro orden de ideas, el acoso se entiende como una conducta en la que se utiliza la construcción de género del hombre y la mujer, para lograr poder, o como un acoso en donde se utiliza el poder para obtener sexo o simplemente para manifestar la superioridad del hombre en contra de la mujer. Por lo tanto, debe ser entendido como una conducta de poder (Stanley y Wise, 1992). De modo que el acoso sexual es el resultado de la interacción social desigual entre los géneros. El acoso sexual tiene varias formas de presentarse, las cuales toman en cuenta las relaciones de jerarquía entre el hombre y la mujer y los espacios en los cuales esta conducta nociva se perpetra. A este respecto, el acoso no se ejerce bajo una sola manifestación, por el contrario, se han generado conceptos para explicarlos desde las relaciones laborales y ambientales.

En este sentido, “el acoso sexual” (Frazer, 1997) es aquel que se da en lugares como el trabajo, escuela o cualquier escenario donde la mujer se encuentre en contacto continuo con personas para realizar una actividad. Los protagonistas del acoso sexual horizontal suelen ser los compañeros de trabajo, sin encontrarse formalmente en relación de autoridad, consideran que pueden acosarlas, simplemente porque ellos son los hombres y ellas las mujeres. “Este tipo de acoso es frecuente cuando un reducido número de mujeres ingresa en ocupaciones dominadas fuertemente por los hombres y masculinizadas” (Fraser, 1997: 120). Por su parte, “acoso sexual vertical” (Fraser, 1997) es también una de las variables de acoso presentes en escenarios fuertemente dominado por hombres y masculinizados. Dicha conducta es

perpetrada por los superiores, jefes, supervisores o cualquier hombre que tenga una superioridad jerárquica en un ambiente de trabajo, escuela o institución pública o religiosa. “El efecto de esta práctica es preservar el control social o de clase que los primeros ejercen sobre los segundos” (Fraser, 1997: 120). Continuando con el análisis, *el acoso sexual ambiental*, es el tercer tipo. Proviene de compañeros de trabajo (con los cuales no se interactúa comúnmente; no obstante, se encuentran bajo la misma institución laboral, pública u organización cualquiera) o de terceras personas relacionadas con el trabajo pero que son desconocidas (Ronda, 2009).

A su vez, el acoso sexual no es solamente una situación de dominación de género y racial, sino también de clase y posición social; con esto quiero decir que a las mujeres se les suele acosar no solo para mantener una relación sexual forzada, sino también para reafirmar el poder del hombre sobre la mujer. Para Crenshaw (1991), la interseccionalidad es un fenómeno por el cual las mujeres sufren violencias múltiples a partir de las categorías sociales de situación política, clase social, pertenencia racial, edad, creencias e ideologías. Las mujeres que se encuentran en una situación de vulnerabilidad por ser de clase social baja, latina, afrodescendiente, ser muy joven o una adulta mayor, con una ideología política contraria a la establecida, entre otros factores; suelen sufrir más violencias que las mujeres blancas, clase media, clase alta, estado migratorio legal e ideologías a favor del gobierno en turno, que no sufren. Tales violencias suelen ser: discriminación racial, deportación migratoria, violencia psicológica y física por su condición racial, acoso sexual para la posesión sexual, abuso sexual y feminicidio.

En el punto particular del acoso sexual como violencia interseccional, es sabido que es una conducta que afecta a todas las mujeres; sin embargo, esas afectaciones son distintas dependiendo de muchos factores sociales, tales como la situación política, migración, económica, cultural, racial, edad, creencias, ideologías, entre otros factores, que son parte esencial de las culturas y los cuerpos de las mujeres. Para las teóricas del feminismo, existe un reconocimiento de que las mujeres y las estructuras sociales se ven afectadas en forma distinta por los factores antes mencionados. Es decir, la violencia del acoso

sexual en contra de las mujeres en este sentido, hace que la vivencia de la dominación masculina sea diferente experiencia de violencia sexual. Me refiero a que para algunas mujeres puede ser el acoso sexual una barrera para el desarrollo laboral (por no acceder a una cita con quien ejerce el acoso), falta de recursos económicos (por negarse al piropo o la relación sexual) e incluso problemas de depresión y suicidio (debido a comentarios constantes lascivos en contra de una mujer diciéndole que no es atractiva o que por su color de piel nunca tendrían sexo con ellas, entre otras situaciones). En otras palabras, la violencia del acoso sexual se manifiesta en estas posturas y condiciones llamadas violencias interseccionales (Kelly, 1988).

Todo lo anterior se instala bajo una dominación masculina en conjunto con la violencia simbólica, misma lógica que determina los espacios y conductas tanto para el hombre como para la mujer. La *dominación masculina* tiene todas las condiciones para que exista su pleno ejercicio en la sociedad. El dominio reconocido universalmente a favor de los hombres se afirma en la objetividad de la estructura social, es decir, destacan las actividades productivas y reproductivas de la división sexual del trabajo, la reproducción biológica y los roles de género asignados a la sociedad derivados del patriarcado, esto provoca los hábitos de la cotidianidad. Dichos esquemas de dominación funcionan como paradigmas de percepción social, por medio de la formación de capitales de pensamiento y acciones uniformes en la sociedad. Esto quiere decir que se homologa la situación espacial y conductual de los cuerpos del ser hombre o mujer. Cabe señalar que al hombre le corresponde el espacio público, los trabajos al exterior del hogar, la libertad sexual y la reproducción biológica voluntaria; por parte de las mujeres es todo lo contrario, a ella le corresponde el espacio privado, los trabajos al interior del hogar, esclavitud sexual y la reproducción biológica forzada (Bourdieu, 2000).

Respecto a la *violencia simbólica* que se manifiesta en la dominación masculina, suele presentarse, cuando el dominado, se siente obligado a conceder al dominador su condición de vida a partir de los capitales del patriarcado y androcentrismo. El capital del patriarcado, entendido como un sistema de control en contra de la mujer, instaurado por los hombres, que tiene por objetivo la

subordinación femenina y al capital androcéntrico como un modelo de centralidad masculina para el ejercicio del poder. Como tal, la violencia simbólica, se produce a partir del conocimiento de los capitales mencionados, y dicho conocimiento se comparte tanto por el dominador como por el dominado, y suelen figurar en la relación de dominación como un hecho natural y común. “La apreciación se da bajo los conceptos de verticalidad alto/bajo, masculino/femenino, blanco/negro; y son el producto de la asimilación de las clasificaciones de naturalización de un ser social” (Bourdieu, 2000: 28).

A esto, menciona Bourdieu (1997) que:

La violencia simbólica, es esa coerción que se instituye por mediación de una adhesión que el dominado no puede evitar otorgar al dominante (y, por lo tanto, a la dominación) cuando solo dispone, para pensarlo y pensarse o, mejor aún, para pensar su relación con él, de instrumentos de conocimiento que comparte con él, al no ser más que la forma incorporada de la estructura de la relación de dominación, hacen que esta se presente como natural (p. 225).

Es decir, la dominación masculina es el producto de un trabajo del patriarcado y el androcentrismo, bajo la estructura de instituciones como la familia patriarcal, la Iglesia, escuela y Estado (Bourdieu, 2000). Hay que mencionar aparte que en un punto particular la dominación masculina se hizo visible (no es que no existiera antes) cuando las mujeres entraron al mundo laboral externo en mayor medida, debido a las condiciones de globalización y capitalismo; respecto a esto, la dominación tomó nuevas estructuras de instrumentación para perpetrar la violencia en contra de las mujeres. Al respecto, el acoso sexual ha sido uno de los instrumentos principalmente utilizados, teniendo presente que no siempre tiene por objetivo la posesión sexual, pero sí la posesión como ese círculo de poder de dominación. El acoso sexual es una herramienta para la dominación mayormente utilizada por los hombres, mediante el ejercicio del deseo masculino de posesión sexual y que lo posiciona por encima socialmente de la mujer.

La conducta del acoso sexual se gesta primeramente por la dominación masculina a partir de las actividades productivas, reproductivas de la división sexual del trabajo y los roles de género asignados por la dominación; en ese momento se produce el piropo, las invitaciones recurrentes a salir, la intención de tocar, entre otras conductas. Y en un segundo momento, a partir de la violencia simbólica, la mujer se siente obligada a conceder al dominado una respuesta pasiva, a partir de su conocimiento de los capitales del patriarcado y el androcentrismo. Respecto a esto, se instaura el conocimiento a partir de una realidad social que tiene su cercanía con el folklore, es decir, las condiciones de vida cultural de los territorios. Asimismo, el folklore del pueblo crea condiciones estructurales, o sea, lo es la moral del pueblo, en donde se crean conductas socialmente aceptadas, a partir de costumbres que derivan de la superstición, el patriarcado, la religión, la política, la pureza y la sumisión de las mujeres. Por medio de este se gestan conductas morales de acuerdo con el género al que se identifique la persona, esto destaca el comportamiento que debe de tener cada ente de acuerdo con el género al que pertenezca, más aún, si las conductas de las mujeres y los hombres se ven rebasadas o van en contra de la moral establecida, se producen discursos sociales en contra de la mujer que no actué de acuerdo con el paradigma de comportamiento (Gramsci, 1999).

Método

En el presente trabajo se analiza el fenómeno del acoso sexual mediante el método cualitativo, por esto, Bogdan y Taylor (1987) mencionan que la metodología cualitativa encara un mundo empírico y la investigación desarrolla la realidad a través de las comprensiones de los informantes. Como resultado se puede tener una comprensión mayor de las y los informantes y del investigador. En conjunto, con el método feminista desde la visión de Sprague (2016), quien menciona que el método feminista analiza el conocimiento a través de los lazos de construcción de poder, la perspectiva de género, dominación y clase social. Este método pone especial atención, en la construcción

de una dicotomía entre el yo y el otro, para generar una comprensión entre la informante y el investigador. Gordillo (2005) recalca que el método feminista es una forma de generar conocimientos eliminando la centralidad del androcentrismo y el sexismo.

La operacionalización de la hipótesis va encaminada a tomar al patriarcado como concepto central y tomar las categorías de género, dominación y violencia masculina. Sobre el continuum de violencia se agrega como concepto central, teniendo las categorías de acoso sexual horizontal, vertical y ambiental. Así como a la interseccionalidad como otro concepto cardinal que se visualizará a través de las categorías de género, clase social, lugar de origen, lugar de residencia, mujer soltera, mujer casada y edad. El último concepto es el folklore con las categorías de sentido común y violencia simbólica. Las informantes del estudio son seis mujeres policías pertenecientes a la SSPM de Ciudad Juárez, las cuales se encuentran en actividades operativas. Respecto a su lugar de origen, cuatro son de Ciudad Juárez, Chihuahua, una de Guadalajara, Jalisco y una de Torreón, Coahuila. Su lugar de residencia es cuatro en sur oriente de la ciudad y dos en norponiente; cuatro son madres solteras, una vive en unión libre y una se encuentra casada. Las edades oscilan entre los 25 y 41 años. Con ello, destaco que la media sobre la mujer policía informante se encuentra en 33 años, con un promedio de 2 hijos por informante.

El lugar es la SSPM de Ciudad Juárez; la geografía de las estaciones policiales en Ciudad Juárez está organizada en seis distritos: Distrito Sur, Distrito Oriente, Distrito Poniente, Distrito Centro, Distrito Universidad y Distrito Valle. Ramírez (2014) menciona que se encuentran instaladas en zonas de conflicto y también bajo un modelo de polígonos de pobreza extrema. Desde estas demarcaciones, las colaboradoras de este estudio pertenecen a alguno de estos distritos.³ Respecto a la temporalidad, el presente estudio es transversal, es decir, se desarrolla en un momento específico. En contexto, la presente

³ Las mujeres entrevistadas prefieren que no diga de qué estaciones son trabajadoras, por el simple hecho de que son pocas, y sería muy sencillo que alguien reconociera su testimonio. Por lo tanto, no desarrollé ningún tipo de vinculación, es por lo que quité cualquier tipo de nombre que las acercara a evidenciar su participación en la presente investigación.

investigación toma como inicio el año 2016 y tiene un corte espacio-temporal en el año 2018. Cabe destacar que el acercamiento fue desde la técnica bola de nieve, donde destaca Martínez (2012) que se da a partir del informante clave, quien conoce la situación que el investigador se encuentra analizando y tiene la posibilidad de acercarnos con informantes que tengan la misma situación o condición para la investigación. Para iniciar esta relación testimonial entre ellas y yo, elegí las técnicas de observación no participante, la cual realicé en Distrito Sur y la entrevista a profundidad.

Mujeres policías: vida, trabajo y cuerpo que habita

En palabras de Sprague (2016), las investigaciones sobre violencia de género tienen la obligación de cuidar en todo momento a las colaboradoras del estudio; una forma de hacerlo es a través de la no vinculación del testimonio con la informante, para así evitar la exposición social y el posible desenlace de represalias por parte de los perpetradores de la violencia. Por ello, presento a las mujeres policías bajo seudónimos como mujer policía 1, 2, 3, 4, 5 y 6.

Mujer policía 1. Es originaria de Ciudad Juárez, su lugar de residencia es al norponiente de Ciudad Juárez. Es madre soltera con un niño de dos años, su esposo fue asesinado en 2016 mientras realizaba rondines cotidianos como policía. Después de ese acontecimiento, menciona la informante, no quiso tener otra relación de pareja con ninguna persona. Su edad es de 33 años y su fecha de ingreso a la policía fue en la temporalidad del 2010. Mayormente se encuentra en la unidad de policía alertando por el radio sobre diferentes acontecimientos de delito a los alrededores, apoyo en detenciones, entre otras.

Mujer policía 2. Es de Ciudad Juárez, su lugar de residencia es al norponiente de Ciudad Juárez. Madre soltera con dos niños, uno de seis años y otro de cuatro años. Menciona que está separada desde 2015 debido a una infidelidad por parte de su pareja con la cual procreó a sus dos hijos. Empero, se muestra animosa por el hecho de que ha salido adelante en todos los sentidos (asevera). Su edad es de 34 años y su fecha de ingreso a la policía fue en 2008; hace visible que su

motivación principal fue que existía la convocatoria pública para ser mujer policía, algo que no tenía precedentes en Ciudad Juárez. Sus actividades son, en su mayoría, estar a cargo del radio en la unidad de patrulla, revisar en las detenciones a las mujeres, levantar reportes administrativos, entre otras.

Mujer policía 3. Nació en Ciudad Juárez, vive en el suroriente de la ciudad, en una de las zonas más conflictivas con relación a la seguridad pública. Es madre soltera de una niña de siete años. Menciona que su hija es lo más importante que tiene y que el padre de la misma simplemente no volvió con ella al saber que estaba embarazada. Tiene 25 años y su fecha de ingreso a la corporación fue en 2015. Hace visible que la motivación principal que tuvo para el ingreso era que la paga era mayor que en otros trabajos que podía conseguir, tal como ser obrera en la maquiladora o empleada general en cualquier local. Sobre las actividades laborales, desempeña principalmente correr series de autos con reporte de robo, ser encargada del radio de la unidad y realizar los informes diarios de actividades de patrullaje.

Mujer policía 4. Es originaria de Guadalajara, Jalisco. Su lugar de residencia se encuentra en el suroriente de Ciudad Juárez, donde ella resalta que en ocasiones es complicado vivir en tranquilidad debido a los constantes incidentes delictivos que tiene la zona territorial. Se encuentra bajo unión libre con su pareja mujer, ellas tienen tres hijos: una niña de 17 años, un niño de 15 años y un infante de cinco años, todos ellos hijos de su anterior matrimonio heterosexual. Tiene 41 años y su fecha de ingreso a la policía fue en 2010. Las motivaciones principales para el ingreso son que Ciudad Juárez tiene una de las policías mejores pagadas del país, lo que la motivó a que su ingreso fuera en esta parte del país y, por ende, su migración a la frontera. Sus principales actividades se encuentran bajo los modelos de detenciones a mujeres y hombres, hacerse cargo de los radios de la unidad policial y cuidar la unidad policial ante algún evento sorpresa de atentado en contra de la policía.

Mujer policía 5. Es de Ciudad Juárez. Reside actualmente en el suroriente de la ciudad. Al igual que sus compañeras, considera que en ocasiones es sumamente peligroso salir incluso de día, pues no existen garantías fijas de volver a casa; sin embargo, la zona donde

vive es mucho más económica y le da oportunidad de gastar en otros artículos de primera necesidad. Actualmente se encuentra casada con un policía ministerial, tienen dos hijos, uno de diez años y otro de seis años. Su edad es de 32 años. Hace mención que su ingreso fue en 2010 y su principal motivación fue saber que se sentía ser policía, por ello, menciona que no tenía necesidad económica; más bien su curiosidad en relación con las ganas de experimentar es el porqué de su ingreso a la institución policiaca. Sus actividades principales son cuidar a los mandos de la policía, es decir, funge como escolta y esta atenta de cualquier petición administrativa que le asigne su superior.

Mujer policía 6. Nació en Torreón, Coahuila. Vive actualmente en el suroriente de Ciudad Juárez; menciona que en ocasiones es complicado vivir en dicha zona por los problemas de alumbrado, seguridad e incluso en materia de salud. Sin embargo, se ha acostumbrado a vivir en dicho lugar. Es madre soltera con tres hijos: una niña de 12 años, una niña de ocho años y un niño de tres años. Menciona que es sumamente complicado ser madre soltera con tantos hijos, si no fuera por su madre, la cual vive con ella, no podría sacar adelante a su familia. Cuenta con una edad de 31 años. Su fecha de ingreso fue en el año de 2011, hace visible que un día, al renunciar a su trabajo en una maquiladora, fue por el periódico a un abarrote, donde se percató de un anuncio a color y muy grande que invita a las mujeres a ser parte de las filas de la policía en Ciudad Juárez. Entre las características principales del anuncio venía la leyenda de sueldo competitivo y prestaciones de ley, lo que provocó la motivación principal para que se insertara en las filas de la SSPM. Desde su ingreso, sus actividades son hacerse cargo del radio de la unidad, revisar mujeres detenidas y realizar el cuidado de la unidad mientras los compañeros no se encuentran en la misma.

Como es visible, la mayoría de las mujeres nacieron en la frontera, salvo por la policía 4 y 6; su lugar de residencia se encuentra en su totalidad en zonas de riesgo debido a que se encuentran en zonas periféricas de la ciudad. Cuatro de ellas están bajo la condición de madres solteras, una casada y otra en una relación de unión libre. Cabe destacar que todas las policías cuentan con hijos/as; la edad promedio se encuentra en 33 años. Sobre la fecha de ingreso, va

desde la crisis de violencia en Ciudad Juárez debido a las narcoejecuciones, es decir, desde 2008 a la temporalidad de 2015. Sobre las motivaciones primordiales, destaca la situación económica como un punto clave para estar en la corporación, pero también la percepción de que podían ingresar mujeres a la SSPM, lo que principalmente las motivó a acercarse a la institución de seguridad pública. En contexto, en su mayoría se encuentran encargadas de la radio de la unidad, ello quiere decir que ocupan el asiento derecho de la unidad, es decir, no manejan la unidad.

Con lo anterior, es visible, desde la construcción conceptual de Crenshaw (1991), que las mujeres policías se encuentran en una condición interseccional debido a que su situación política, su clase social, edad e ideología las ha llevado a enlistarse en la SSPM. Es decir, su lugar de residencia, su condición de ser madres solteras, su edad de más de 30 años en promedio y su necesidad económica las ha orillado a estar en un trabajo de alto riesgo como lo es ser policía. Con lo dicho, progresó al cuestionamiento sobre ¿existe un manual que acote la interacción entre compañeros y superiores? A lo cual refirieron:

Mujer policía 1: Existe un manual para que las mujeres policías actuemos ante una situación de detener a un hombre o una mujer; pero, pues, siempre *nos avocamos a lo que nuestro compañero de patrulla dice o también, pues lo que diga el jefe.*

Mujer policía 2: La ley es una cosa y la práctica es otra. Dice el reglamento que, pues nosotras al momento de patrullar podemos detener hombres también, pero solo lo hacemos cuando no hay refuerzos. Así, pues, también cuando tenemos riñas, encuentros a balazos o así, la instrucción es que nos quedemos en la unidad las mujeres con la radio para avisar sobre el atentado.

Mujer policía 3: En los manuales no se dividen entre hombres y mujeres, de hecho, hay nada más dice policía, y pues, tenemos derecho a patrullar con otra mujer, pero la realidad es otra; nosotras no podemos ser dos mujeres en una unidad porque somos más débiles y eso no es porque yo lo piense solamente, sino que, pues, *son las ideas que nos hacen creer los jefes y también los compañeros.*

Mujer policía 4: *La ley es lo que nos dice el jefe que hagamos en los distritos; ya cuando no está él, pues toca el compañero de dar instrucciones.* La bronca es que no siempre quieren patrullar con nosotras porque se sienten limitados, porque nos tienen que cuidar a nosotras como mujeres y también cuidarse ellos, también, pues, es complicado porque no pueden agarrar tanta mordida cuando andan con mujeres.

Mujer policía 5: La actividad principal como mujer policía, y pues, lo digo abiertamente como es, tiene que ver con *cuidar la unidad* como cuando dejan a los niños o las señoras cuidando la casa para que no se la roben, y pues también estamos encargadas del radio. Como quien dice nos traen de bonitas nada más.

Mujer policía 6: *El patrullaje es asistir al compañero a lo que necesite.* Desde la academia nos dicen que, pues, nosotras estamos para servir, eso significa que tenemos que *servirle* ya sea al jefe cuando esté, o al compañero, o incluso también se nos pide que confrontemos lo menos posible a los hombres cuando los detengamos.

La construcción narrativa de las mujeres policías se encuentra en dos puntos clave de la perspectiva de género: por una parte, se integra del conocimiento (Lamas, 1999) y, por otro lado, se constituye del comportamiento (Scott, 2008). Sobre el conocimiento, Lamas (1999) argumenta que se da a partir de un orden simbólico de ideas instauradas en un orden del territorio. Ejemplo de esto es que las mujeres policías saben y conocen el reglamento de la policía respecto a sus funciones como elementos operativos, donde destaca que pueden detener hombres, manejar la unidad policial, ser cargo de la unidad, entre otros factores. Sin embargo, en el esquema del territorio se ha construido la autoimagen de lo que debe de hacer cada elemento desde su género. Es decir, los hombres son los encargados de manejar la patrulla, presentarse ante la sociedad como la autoridad de seguridad, detener a los/as infractores/as e incluso llevarse el crédito de la seguridad pública, siendo así el elemento público de seguridad pública y la mujer policía el elemento privado. Esta situación gestada en el conocimiento, menciona Scott (2008), provoca una división sexual del trabajo en un contexto de género, pues se dan cuatro condicio-

nes: el símbolo cultural, la concepción normativa, la construcción del género a través del parentesco y la identidad subjetiva. Sobre el primer elemento, el símbolo cultural en la SSPM instauro el cómo debe comportarse una mujer en la SSPM como operativa, siendo en su mayoría la encargada de los procesos administrativos de la unidad policial. En segundo escenario, la concepción normativa indica que el comportamiento de la mujer policía debe ser en todo momento de subordinación ante sus compañeros y jefes antes incluso que el reglamento de actuación policial. Sobre la construcción del género a través del parentesco, organizan a las mujeres policías como ayudantes de los hombres policías y sobre la identidad subjetiva, se les concibe como colaboradoras o asistentes de los policías, no como policía autónoma. Bajo esta construcción de los cuatro elementos del género, Scott (2008) menciona que tiene como consecuencia un comportamiento general sobre los géneros que tiende a reproducirse en todo el territorio. En el presente caso en toda la SSPM de Ciudad Juárez.

A lo anterior, existió un consenso por parte de las seis participantes, donde consideran que es mejor obedecer a los jefes y compañeros, de lo contrario, puede haber consecuencias extremas, tales como: cambio de horario que afecta su tiempo con sus hijos, descansos sin paga y despidos. Ante esto, Lerner (1990) hace visible que una manifestación del patriarcado tiene como objetivo principal la subordinación femenina, uno de los modelos es a través de condicionar la estancia en un empleo, por medio del concepto de obediencia, de lo contrario, tiene como consecuencia el despido injustificado de las mujeres. Esta postura de Lerner es bien conocida por las mujeres policías, quienes prefieren seguir las órdenes de sus jefes y compañeros, aun cuando laboralmente no tienen una jerarquía sobre ellas; en perspectiva simbólica, sí la tienen. Lo escrito provoca o tiene como resultado la división sexual del trabajo policial. Lamas (2000) menciona que por división sexual del trabajo entendemos la asignación de rol de trabajo y comportamientos a través de la simbolización de las culturas y su relación con el género. No obstante, existen ocasiones donde tienen que ser parte activa de las detenciones de personas; menciono el prefijo “tienen” porque no es con la voluntad de los compañeros y

tampoco de los jefes, pese a que existe la necesidad de que asistan en actividades de detención porque los superan en número.

Siguiendo la entrevista en materia de interacción laboral, sobre la relación de las mujeres policías y los acontecimientos de detención a hombres, se tenían muestras claras de violencia en contra de las mujeres policías, pero no por ser policías y detenerlos, sino por haber sido detenidos por una mujer:

Mujer policía 1: Pues sí me ha tocado detener a hombres. Se supone que nosotras solo detenemos mujeres, porque los hombres los deben detener. Pero a veces nos superan en número lo que tiene como consecuencia que yo tenga que detener a veces hasta dos hombres. *Mayormente a una le dicen que se quite, porque andan borrachos, o también que somos mujeres que deberíamos estar en casa.*

Mujer policía 2: Cuando yo detengo hombres me es incómodo, porque no paran de hablar. *Me dicen que no debemos ser policías las mujeres porque somos damitas. Enseguida me pongo un poco más violenta, pero lo único que he recibido a cambio es que me digan cosas como pinche negra, pinche machorra, pinche vieja, entre otras cosas, pero no me hacen del todo caso.* Tiene que llegar mi compañero y es cuando ya se callan porque les aplica el 24-19.⁴

Mujer policía 3: Cuando me toca detener hombres, siempre me pongo un poco más nerviosa, creo que en algún momento me pueden patear o hacer daño, pero nunca me ha tocado que me peguen. Lo que sí me toca es que me dicen que estoy muy chavalita para ser policía y que ellos *me podrían mantener si me salgo de la policía.* Casi siempre, nada más le pido de forma atenta que por favor coopere con la detención, a lo que mi compañero en ocasiones llega rápido si se ve algún tipo de resistencia, de ahí en más nada.

Mujer policía 4: Es lo que más detesto detener hombres, son pero si bien necios los cabrones. Le cuento que en varias ocasiones como, pues, usted ve, traigo el cabello rapado, pues me hacen carrilla⁵ con eso, me dicen ¿usted es bato o

⁴ Es una clave que utilizan para apoyarse entre compañeros, tiene relación con golpear en zonas blandas a algunas personas.

⁵ Burlas.

morra? y pues yo sigo haciendo mi jale y cuando ya los voy a subir me dicen *pinche machorra*, déjenos ir, entre otras ofensas muy feas que me hacen nada más por traer así mi cabello.

Mujer policía 5: Una vez nada más detuve a un hombre. Pues no fue muy diferente a una mujer, solamente que los hombres, pues le dicen más a una que no debería de dañar esas *delicadas manos*, que sería mejor que me dedicara a otra cosas y situaciones así, pero más allá de eso, nada.

Mujer policía 6: No me ha tocado detener hombres.

A lo expuesto por las mujeres policías, la situación de interacción entre ellas y los detenidos tiene una construcción en cuatro tiempos. Primero, las actitudes de los hombres detenidos se hacen presentes en un elemento que Lerner (1990) llama la limitación en condiciones laborales y la subordinación al trabajo privado o doméstico. Ello porque en reiteradas ocasiones les piden que dejen su trabajo, que es trabajo para hombres, que no deben trabajar ahí por ser damas, entre otros factores; lo que a su vez tiene una conexión en segundo tiempo con el símbolo cultural (Scott, 2008). En el mismo se instaura un pensamiento reduccionista del patriarcado donde se instala en forma normativa el cómo debe ser una mujer en todos los aspectos tanto en comportamientos como el espacio en el que interactúa. Sobre esto, la mujer en la cosmovisión del detenido pertenece al espacio privado, a la fragilidad, a los trazos delicados y la no exposición pública. Los argumentos de los detenidos hacia las policías no se encuentran sobre los cuestionamientos sobre: ¿por qué me detuvo?, ¿yo por qué?, sí no hice nada, entre otros factores de defensa para estar en libertad. Por el contrario, son: ¿por qué eres policía si eres mujer?, yo te puedo mantener; no deberías ser policía, entre otros; y todos ellos se encuentran en un tercer tiempo llamado sentido común (Gramsci, 1999). En el sentido común se instala el pensamiento colectivo, la reproducción de juicios y prejuicios sobre los y las habitantes. En la presente situación el sentido común es reforzado por las manifestaciones del patriarcado y la construcción de género, a través de sus indicadores de limitación y los símbolos culturales, que llevan a emitir juicios de valor que instalan a la mujer policía como una

mujer desviada de sus verdaderas actividades laborales que pertenecen al espacio privado. Un cuarto tiempo tiene relación con la interseccionalidad estructural (Crenshaw, 1991). En ella, a través del ejercicio de violencia verbal, construyeron argumentos sobre la posición social, económica y racial de las agentes. Donde destaca el llamarles negras, machorras, pinches viejas, entre otros insultos que tiene una relación directa con sus aspectos raciales, posición económica y posición social.

Agregué una pregunta concreta sobre esto, la cual estaba construida de esta manera: ¿Qué lugar ocupa la mujer policía en la SSPM? Respondieron lo siguiente:

Mujer policía 1: Somos mero protocolo, si nos contrataron a muchas de las que estamos ahorita es porque no tienen de otra; además, una creería que es porque realmente quieren integrarnos, pero, pues, a veces ni quieren patrullar con nosotras para no cuidarnos.

Mujer policía 2: Nadie nos quiere, somos como lasapestadas, no lo hacen muy tajante así que nos demos cuenta, pero, pues, le digo porque *no es un empleo para mujeres y eso lo sabemos*. Pero, pues, nos contratan, que se chinguen, ¿no?, ja, ja.

Mujer policía 3: Si por ellos fuera ni nos contratarían o sería por pura recomendación. La verdad que una se siente incómoda a veces; pero no hay más, aquí dentro de lo que cabe es mejor paga que en la maquila.

Mujer policía 4: Pues ante las cámaras y lo que se ha visto dicen que somos igual que ellos e incluso más importantes, pero, pues, la neta es que no. Una quisiera creerles; pero demuestran que no es así.

Mujer policía 5: Somos un protocolo y ya. Ellos lo saben, nosotros sabemos que lo saben y también sabemos que ellos saben que nosotros sabemos. Pero pues nadie dice nada porque no nos conviene estar mal con el jefe y tampoco con los compas.

Mujer policía 6: Somos nada más para cubrir un espacio, es todo. No lo había pensado, pero la verdad es que sí somos nada más protocolo, no ocupamos ningún espacio en la policía.

Las manifestaciones referidas por las mujeres policías, se instauran en un sexismo en dos tiempos por parte de la institución policiaca. En primera instancia, se encuentra el sexismo benevolente que, en palabras de Fiske y Glick (1996), es aquel que tiene como característica el rol de ayuda en la actividad laboral. En el ámbito institucional, la SSPM, a través de la contratación de mujeres por pedimentos de cuotas de género, políticas de acciones afirmativas, entre otras situaciones. Empero, se fusiona con el sexismo hostil, también referido por Fiske y Glick (1996), pues desde la entrada de las mujeres a la institución les hacen ver reiteradamente bajo una concepción paternalista-dominadora, que la mujer ocupa un lugar dentro de la unidad, en el espacio privado y donde no estorbe para la actividad policial del hombre. Es sumamente visible que las mujeres policías auto-asumen que su estancia en la SSPM de Ciudad Juárez no tiene una finalidad de desempeñar actividades operativas, tampoco de ser elementos activos que desarrollen comportamientos de protección y vigilancia, por el contrario, se encuentran como ayudantes de los policías operativos hombres. El espacio que ocupan tiene una relación con las obligaciones políticas que tiene la institución de contratar mujeres y su forma más visible de rechazo que tiene ante las mujeres contratadas se perpetra en: prohibirles que manejen una unidad policiaca, hacerlas cargo de los radios, evitar en medida de lo posible que detengan hombres, entre otras actividades que flagelan la dignidad y alimentan la discriminación; dichas conductas hacen sentir inservible a las mujeres.

Al responder el objetivo específico uno, las mujeres policías viven relaciones desiguales en la institución policiaca, de lo cual ellas son muy conscientes. Las relaciones van encaminadas a que las mismas realicen un trabajo de segunda mano. Esta situación, menciona Arteaga (2000), es una violencia que viven las mujeres policías en México, ya que las vinculan con trabajos de bajo riesgo por el prejuicio de que no pueden realizar las actividades de patrullaje con todo lo que conlleva la acción, porque se encuentran bajo el monopolio patriarcal. Este discurso no solo es perpetrado por los jefes y compañeros de las mujeres policías. Así mismo, refieren que los detenidos en muchas ocasiones les comentan que deberían de dejar ese trabajo porque es

para hombres. Esto quiere decir que la narrativa del patriarcado, en sus diferentes escenarios y perpetradores, fomenta la subordinación femenina a través de los hábitos de ejercicio de violencia.

Acoso sexual contra mujeres policías en tres actos

En la entrevista se realizó la siguiente pregunta: ¿Cómo es el procedimiento para salir a patrullar?:

Mujer policía 1: Pues primero llegamos al distrito, nos asignan las actividades que vamos a realizar con una junta general y pues ya a veces nos pasan a hablar a la oficina con los jefes cuando hacemos algo mal o que nos van a hablar de algún aumento o permiso.

Mujer policía 2: Pues llegas al distrito donde trabajas, ya después una junta general, mayormente son los días lunes, para decirnos qué haremos en la semana, ya después pasamos a la oficina por los informes o lo que nos quieran decir los jefes en forma personal.

Mujer policía 3: Llegar al distrito, una juntilla que nos hacen casi siempre y pues ya ir con los jefes.

Mujer policía 4: A veces vienen por mí a mi casa, pero pues no es muy común. Casi siempre es ir a la unidad donde nos toca trabajar, recibir los órdenes de la semana los días lunes y ya pasar a la oficina por tus papeles de lo que te toca hacer.

Mujer policía 5: Es llegar al distrito, ya ahí nos dicen la ruta que hay que seguir en la semana. Ya después las unidades pasamos con los jefes que tenemos a que nos den órdenes más específicas en sus cubículos.

Mujer policía 6: Llegas a donde te toca trabajar, casi nunca nos cambian de distrito, entonces pues llegamos ahí, se supone que tenemos que estar 15 minutos antes para que nos den órdenes de lo que urge primero. Ya después nos da más instrucciones el jefe.

De acuerdo con Foucault (2003), el espacio surge como el marco en donde se llevan a cabo las relaciones de poder, y quien posee la autoridad ejerce el poder sobre el subordinado. A esto, la oficina es el escenario donde las mujeres policías tienen un mayor acercamiento con los jefes, es decir, es el espacio donde los jefes ejercen el poder sobre los hombres y las mujeres policías. Así mismo se cuestionó lo siguiente:

Hugo: Cuando ustedes se encuentran en la oficina con sus jefes, ¿las alburea? y ¿qué tipo de albures son?

Mujer policía 1: En general los albures son todos los días, si no me alburea el superior es porque no fue a trabajar, haga de cuenta así de plano. [...] los albures más comunes son: ¿Qué pasó, ya viste si tu papaya está grande? O la clásica ¿ya te llegó el recibo? y una contesta ¿cuál? creyendo que pues el recibo de pago o así y te dicen ¡esta! o cosas así. Ya después solo te sonríen y te dicen que no te asustes.

Mujer policía 2: Lamentablemente es muy común. Ya una se ríe de tantas tonterías que te dice el jefe. Además, una le tiene que caer bien al jefe, de lo contrario la pueden mover a una de área o también cambiarte el turno antes de que te toque o cosas así. Por eso yo me río, mejor [...] lo que más me dice es como ¿qué horas traes? para moverte la manecilla, o también ¿quieres que te dé tiempo extra?, entre otras cosas que no escucho porque algunas veces una puede hacer su cara de ofendida y no quiero saber.

Mujer policía 3: Sí, ja, ja, ja. Todo el tiempo me dice de cosas, cuando voy por los planos a seguir para el patrullaje me dice: mire, güerita, hay que meter al bote al verga larga, porque lo traigo suelto cuando la veo. Es uno de los más tontos, también cuando me dice ¿usted conoce a Alma Marcela brinca de alegría? Ya cuando me río mucho me dice, ya pues porque me va a hacer ojo. También me río, ya, pues, para que se calle.

Mujer policía 4: Sí alburean también a los hombres. Pero a nosotras es como más divertido para ellos, yo digo porque entre hombres se alburean unos a otros, pero nosotras las polis nomás nos sonreímos o le decimos en broma que ya no esté de cochino, pero pues no lo toman en serio y siguen haciéndolo.

[...] Siempre aplican la de ¿ya te llegó el recibo? y después nada más una dice ¿cuál o de qué? y ya gritan ¡esta!, y pues ya se suelta riendo porque pues caí, ahorita no me acuerdo de otra.

Mujer policía 5: Sí, todo el tiempo [...] no sabría decirle ahorita alguno porque no le pongo atención, solo como que me pongo seria, pero aun así le sigue.

Mujer policía 6: Sí, todo el tiempo, la verdad, desespera, pero pues como se ha hecho tan común, pues ya me acostumbré. Son los albures normales, así de que dicen que chingan y demás.

Entrando un poco más en materia, las mujeres policías tenían muy bien identificadas las situaciones de albur, incluso la mayoría de ellas recordaban por lo menos una o dos formas de albur que habían sufrido. A esto llevó el siguiente cuestionamiento:

Hugo: ¿En alguna ocasión has tenido algún/os episodio/s de los que te mencionaré? Invitaciones a salir en más de una ocasión, piropos, intento de tocamiento y/o tocamiento llevados a cabo por tu jefe/s. Y ¿cómo fue/ron?

Mujer policía 1: Nada más me ha pasado las invitaciones a salir. La forma de hacerlo es muy directa por parte de los jefes. Ellos lo hacen sin rodeos, diferente a como suelen hacerlo los compañeros. Lo hacen lo más natural posible, te dicen simplemente ¿cuándo salimos o qué? ¿Sabe cómo?, como que bien atrabancados, no les interesa que una les diga si le interesa o no. Simplemente le dicen cuándo se hace o no.

Mujer policía 2: Nunca me ha tocado que me quieran tocar, como que ya es muy extremo, pero de invitaciones a salir se da muy seguido. Lo curioso es que vas un día y te dicen ¿cuándo vamos al cine?, y ya les dices déjame veo el día que tengo descanso, pero eso es nada más para que no estén insistiendo tanto, pero como si no se dieran cuenta porque, al otro día o la otra semana a veces te dicen, bueno, pues, si no quieres ir al cine, ¿qué te parece si vamos a bailar? Es nada más un ratillo. Y así se la llevan, te cambian de lugar, pensando que así vas a aceptar salir, pero pues una no va, nada más le das largas sin que se den cuenta que los bateas, porque sí se dan cuenta o les dices que no, ni quisiera saber.

Mujer policía 3: Me ha pasado que me inviten a salir. Pero nada más mi jefe directo, él me dice ¿qué cuándo se me va a ser sacarte a bailar? Casi siempre le digo que pues sabe que tengo pareja (que la verdad no es cierto, soy madre soltera) y ya nada más dice ¡chingao!, pero, pues, no soy celoso. Y ya nada más le digo que no se desespere, que pronto saldremos, pero nada más para que se tranquilice.

Mujer policía 4: Lo que intentan más comúnmente es invitarte por una nieve, bailar, una cerveza o así. Yo pues les digo nada más que muchas gracias y eso se entiende como que pues no iré.

Mujer policía 5: Creo que nada más me ha tocado que me inviten a salir, los tocamientos y así por parte de los superiores es como algo que no me pasaría quiero pensar, porque la verdad ¡qué miedo! Ya en las invitaciones no dices que no, pero tampoco dices que sí, ahí te inventas una excusa de por qué no fuiste y ya con eso te los quitas de encima.

Mujer policía 6: Solamente invitaciones a salir. Yo creo que es algo que a todas las policías les pasa, estén bonitas o feas. Porque es como algo por sistema que traen ellos, ven una mujer con tetas o culo, y ya quieren, ya sabe, tener sexo y esas cosas. [...] Yo pues lo que hago es decirles que sí, pero no les digo cuando y ya así ya no chingan tanto.

En los testimonios de las agentes puedo visualizar que existe la dominación masculina (Bourdieu, 2000); en la relación de desigualdad de género entre la agente policía y su jefe a partir de la reproducción de chistes, dar órdenes en el espacio de la oficina y generar las conductas de acoso sexual. Todo ello desde su postura patriarcal (Lerner, 1990). Lo mencionado se construye mediante la relación de desigualdad de género entre agente y superior, reproducción de chistes, dar órdenes en el espacio de la oficina y la reproducción de acoso por parte del superior. De ahí se lleva a la mujer policía a una subordinación femenina ante su jefe. Es por ello que la agente comienza a vivir dentro de esa postura un continuum de violencia (Kelly, 1998), que va desde recibir órdenes más allá del reglamento hasta ser víctima de acoso sexual. En esta postura, el acoso sexual se da desde dos manifestaciones. Primeramente, desde el

albur (Beristáin, 1997), mismo que es reproducido tanto para mujeres como para hombres; sin embargo, los hombres suelen devolver el albur al superior; situación que no es manifiesta por parte de las mujeres policías. En segunda situación, el acoso se manifiesta por las invitaciones reiteradas a salir (Stanley y Wise, 1992).

Desde un enfoque de análisis teórico, el espacio del pasillo en conjunto con los policías se genera un espacio de ejercicio de poder (Foucault, 2003), mismo que tiene la capacidad de producir y reproducir el acoso sexual. Debido a que al ver una mujer o varias mujeres caminando por un pasillo, calle o lugar en general, donde se encuentren hombres que tengan en su condición de comportamiento y pensamiento, reflejos de condiciones de vida cultural cercana al patriarcado (Lerner, 1990), se comportan mediante su folklore, mismo que es la expresión de sus condiciones culturales de comportamiento y que tiene como característica en la presente situación los hábitos de violencia masculina (Gramsci, 1999). Los hábitos van desde las miradas con connotación sexual, el albur y los piropos, mismos que se instalan en un continuum de violencia en la categoría de acoso sexual horizontal (Fraser, 1997). Ante esto, las agentes policiacas tienen respuestas pasivas, tales como no voltear a verlos, ignorar, guardar silencio y mirar hacia abajo. Estas respuestas son de aceptación del acoso, pues, la respuesta es pasiva y no evidencia las violencias ejercidas por los policías (Márquez, 2005).

Por lo anterior, presento en este apartado una historia individual de las mujeres policías del cómo sufrieron el acoso sexual:

Mujer policía 1: Yo entré el 2010, como le había comentado. Después de la academia, que solo me duro cuatro meses, me asignaron un compañero de patrulla, los que son ya viejos lobos de mar. Lo primero que me dijo cuando estábamos en el recorrido es que me pusiera trucha y aprendiera. Ya a la semana me empezó a agarrar confianza, yo era tímida y solamente preguntaba lo que tenía duda para trabajar bien como policía. Yo era jovencita, tenía 25 años. Y pues no entendía muchas cosas de indirectas, porque me decía albures, así como ¿ya te tronaron el chicharrón? porque yo traigo pinzas. Nah, no te creas. O también pasaban las mujeres por la calle y les decían de cosas sexosas. Después de que les decía cosas como que se trataba de enderezar o no sentirse

culpable porque me decía, ¿verdad que no estoy mal?, pues soy hombre, así somos. Yo solo le decía que estaba bien y así pasaban los días. Después me empecé a dar cuenta cómo me miraba, era como muy fijamente a los senos o el trasero, pasaba más cuando me bajaba de la unidad, pero pues no me decía nada y yo tampoco, se me hizo algo, pues, normal. Ya a la semana me llevaba chocolates, Coca-Colas, me pichaba la comida y cosas así; y me decía piropos como: ¡qué bonita estás, linda, deberías ser mi novia, pero pues te agüitas! Y me decía ¿salimos?, mira, nada más un ratito, no te va a pasar nada, si quieres nos puede acompañar una amiga tuya. Ese tipo de invitaciones las hizo mil veces hasta que lo cambiaron, pero antes de eso un día yo me sentía un poco cansada por los turnos amplios y en eso orillo la unidad cerca de Lomas de Poleo; y me dice: “mira, si quieres déjame darte un masaje”, se acercó más rápido de lo que le pude decir que no y me toco los hombros; yo me jadeaba un poco para decirle que se quitara, ya cuando vi que bajó las manos a los senos me quité inmediatamente, le dije que así no se puede, que realmente me sentía mal por lo que había hecho y solamente se encabronó y se bajó de la unidad. En cuanto se subió nos fuimos al distrito para cerrar turno, le dijo a mi jefe que ya no quería patrullar conmigo porque no le servía de compañera, y ya me cambiaron con otro.

Mujer policía 2: He tenido como cuatro compañeros diferentes desde que estoy patrullando. Los cuatro me han albureado en alguna ocasión del día cuando patrullamos, también te miran y dicen piropos y eso que usted me está diciéndolo. Pero en especial hubo uno con el que duré patrullando un año completo, él, en un principio, era amable. Cuando empecé a patrullar con él me habría la puerta, me compraba cosas, me decía cuando veíamos que estaba difícil agarrar a un malilla que me quedara en la unidad, cosas así. Me sentía muy segura con él, pero, al pasar el tiempo, empezaba a decirme albures, dándome a entender que pues le gustaba jugar así, ahí fue cuando lo desconocí un poco, porque, pues, no se había portado así. Un día nos tocó el turno de 24, y fue la primera vez que me había tocado dicho turno, la verdad es que una no hace tantas cosas en las horas de jornada, mayormente te sientas y pláticas; ahí me invito a salir, me dijo: “oyes, te invito al cine, ¿vamos?”, y ya me reí y lo tomé a mal. Ya no me dirigió la palabra en las horas que nos quedaban de patrullaje. Al siguiente día me dijo ¿qué tengo de malo o qué?, pues si te trato como una mujer. Le pedí que no me lo tomara a mal, que me reí porque no creí que él me

fuera a invitar a salir, pero que de todas maneras no podía hacerlo. A partir de ahí me decía, pues a huevo saldrás conmigo, aunque no quieras, fue cuando ya no me gustó su actitud y lo único que pude hacer fue pedir mi cambio. Cuando lo pedí dije que era por la escuela de mis hijos, no podía decir que por el acoso porque después a una la tachan de metiche o sembrar pleitos.

Mujer policía 3: Me pasó un caso extremo. Yo estuve en la academia con mis compañeros, pero uno de ellos le tocó patrullar conmigo. A pesar de que los dos éramos novatos nos dejaron patrullar juntos por lo de la delincuencia del 2010, porque no nos dábamos abasto. Generalmente, nos llevábamos bien, de repente me miraba las nalgas, yo me daba cuenta, la verdad es que una siempre se da cuenta, pero pues tiraba al león. Un día estábamos por la Gómez Morín, y pasaron unas muchachas vestidas así bien sexys, porque ahí está la zona de los bares y para 2010 ya no iban casi al Pronaf los chavos a divertirse, y me di cuenta que este güey, mientras manejaba, como que se le fue el rollo porque se agarró el pene por fuera, lo frotaba con su mano. Al ver eso yo quería, pues, decirle que se dejara ahí, el cochino, pero me daba más vergüenza a mí. Cuando pasamos ya esa calle lo seguía haciendo y volteó conmigo y me dice: ah, perdón es que, pues ya sabes que uno se calienta con mujeres así, no lo puedo evitar; en eso me entraron muchos nervios, pero, pues, lo que hice fue hacerme más del lado de la puerta para no estar tan cerca de él. Y ya me dijo, tira paro, quítame lo caliente, no me puedo quedar así, un ratillo nomás. Me acuerdo también que le dije que pues no eran maneras de pedirlo, que si lo hubiera pedido de forma respetuosa otra cosa fuera. Me dijo, ah pues sí, perdón. Pedí el cambio de compañero con mi jefe y le dije que porque le faltaba experiencia al muchacho, que tenía que estar con otro agente; sin embargo, no me lo dieron. Entonces fue bien complicado porque, aunque no lo volvió a hacer, pues sí me invitaba a salir y cosas así.

Mujer policía 4: Me cuesta un poco de trabajo; mi compañero abusó de mí. Me tocó, me llevó a las brechas y la única manera de poder pararlo fue decirle que merecía por lo menos un motel. Solo así se paró, no puedo decir nada más.

Mujer policía 5: Con quien duré más tiempo patrullando me acosaba poco, era tolerable, nada más me hacía cortejos, así como piropos y me invitaba a salir, lo hacía seguido, pero sin ser muy insistente. Pero tuve otro compañero después

de él, ese era pero si bien cargadito. En la policía a veces cuando festejamos que hacemos las cosas bien, pues a veces una abraza a las compañeras o los compañeros, pero él por todo me traía abrazada; hasta que una vez le dije, no me abrases tanto, después no me puedo mover, y me contestaba siempre que él sabía cuándo dejar de abrazarme, ya al último no le decía nada. El mismo chavo que le digo me invitaba a salir, me enseñaba pacas de dinero y me decía déjame te pico un ratito y mira te doy toda la paca, siempre era muy déspota. Nunca me tocó más allá de los abrazos, pero es donde más me he sentido acogida, patrullé como seis meses con él, se imagina cómo me sentía.

Mujer policía 6: Cuando tuve a mi último niño en 2015, hace tres años, me crecieron los senos en la etapa de lactancia. Se me notaba mucho en el uniforme, pues, aunque traigamos el uniforme abrochado hasta arriba, se ve la silueta. Ya estaba ahí de nuevo, como le digo, después del parto, ya en funciones como dos semanas. Me cambiaron de compañero porque me había ausentado dos semanas y ya él estaba con otro policía. Y me dieron un cadete, recién salido. Era la única vez que me sentía con mando porque tenía que explicarle cómo era todo. Pero el muy cabrón sí me escuchaba y demás, pero no me quitaba la mirada de los pechos. En una sola ocasión le dije que no me mirara ahí, que yo tenía los ojos más arriba. Pedía disculpas y demás, pero seguía haciéndolo. Un día me fue tan incómodo porque al estarme mirando le dije que había que revisar la serie de un vehículo, y por andarme viendo, el muy pendejo chocó la unidad. Fue un gran problema porque nosotros tenemos que pagar la unidad de nuestra bolsa y el jefe me echó la culpa a mí de que habíamos chocado porque yo no tenía precaución, aunque yo no manejara. Le comenté que habíamos chocado porque el cadete me estaba mirando a mí en vez de la carretera y el jefe se molestó más, me dijo que eso no pasaba y que fuera la última vez que yo comentaba algo así.

A lo anterior, el timón de la patrulla, como diría Erving Goffman (1991), es el escenario donde el protagonista puede improvisar a voluntad. Es decir, en la unidad policiaca el hombre policía cuenta con el protagonismo a través del factor de la socialización patriarcal (Lerner, 1990) conocido y admitido, tanto por el mismo policía como por la agente policía, mediante el recurso de la violencia simbólica (Bourdieu, 1997). Ello deja un panorama donde la acción a volun-

tad del patriarca goza de todas sus garantías, pues su actuar tiene el recurso de ser un comportamiento de sentido común, es decir, un comportamiento común aceptado socialmente (Gramsci, 1999); incluso cuando acosa, él mismo cuestiona al otro, es decir, a la policía si está mal lo que hace de acosar a las jóvenes que van pasando en la vía pública o incluso acosar a la misma compañera; donde ella le menciona que no está mal esto con tal de que el policía no se moleste y también tratando de evitar una manifestación de acoso sexual más grave. Por ello, el policía operativo de la unidad tiene el dominio y la justificación moral de su actuar respecto al acoso, lo que lo lleva al manifiesto del continuum de violencia en materia de acoso sexual (Kelly, 1998).

En un principio, el acoso es ejercido por medio de los albures, siendo esta violencia una forma de adentrarse en forma chistosa y aceptada culturalmente. Sobre esto, Sigmund Freud (2011) considera que los chistes, comentarios y frases esporádicas con contenido sexual revelan parcialmente los deseos reprimidos de tener relaciones sexuales con una persona. Por lo tanto, la manifestación del albur por parte de los policías es un mecanismo directo de acercarse en forma disfrazada hacia la policía para hacerle saber que quiere copular con ella. Seguido se encuentra la manifestación del piropo bajo frases simples que refieren las agentes, exaltando lo bonita que son las compañeras o en forma hostil expresando piropos sobre las zonas erógenas de las policías, mismas expresiones que fomentan el acoso (Ortiz, 2008). Sobre la próxima manifestación se encuentran las miradas con connotación sexual y los tocamientos, mismos que fueron sufridos por las informantes del estudio; teniendo como consecuencia que sean víctimas de acoso sexual horizontal, es decir, las agentes sufren un acoso sexual por sus pares en materia jerárquica de la institución, quienes, siendo iguales en posición laboral, no lo son así en perspectiva de género. Por el contrario, las agentes sufren el acoso y, aunque se quitan ante las agresiones, piden en forma contundente que paren y exigen cambios de área con sus jefes. Las policías no realizan acciones de denuncia individual o colectiva, por ello, en correlación con su situación estructural interseccional (Crenshaw, 1991), aceptan el acoso (Márquez, 2005).

En materia de abuso sexual, la mujer policía 1 y 4 resistieron bajo la categoría individual, pues, desde la conceptualización de Scott (1990), la resistencia individual evita que aumente la agresión; no la hace pública, pero a diferencia de la aceptación, que tampoco se hace pública, la resistencia garantiza que no se presente de nuevo la conducta de violencia. Las agentes referidas lo hicieron mediante la exigencia de un motel para llevar a cabo la relación sexual, sostener que no son maneras de tratar a una dama y mencionar que si hubiesen pedido de una forma amable y con respeto, ellas hubieran accedido. Siendo todas las respuestas en materia real resistencia para evitar el abuso sexual y la posible violación sexual, o hacerlas menos humillante, mismas situaciones de abuso sexual que no tuvieron una repetición en tiempo futuro para las agentes.

Conclusiones

El acoso sexual es una problemática que yace en la SSPM de Ciudad Juárez y que es perpetrado en contra de las mujeres policías. En el contexto de la dinámica laboral de las mujeres policías en la SSPM, mediante el análisis de los testimonios de las mujeres policías mediante la interpretación teórica, pude dar cuenta que las mujeres policías ocupan una posición secundaria en la estructura de la SSPM, debido a que las actividades que desempeñan como el cuidado de los radios, el asiento derecho de la unidad policiaca, el llenado de formatos administrativos, el evitar que revisen hombres, entre otras actividades; fomentan la exclusión de actividades operativas a las cuales tienen obligaciones, tal como: manejar la unidad, apoyar en atracos, disparar, entre otras. Y, por ende, produce una diferencia sexual de la actividad laboral policial, siendo un desempeño incompleto, y con ello, creando un nuevo puesto de trabajo al cual llamo *ayudante de policía operativo*. El mismo no es un empleo registrado en el reglamento; sin embargo, tampoco lo son las actividades que les asignan realizar los jefes y compañeros policías.

Además, la dinámica de interacción laboral tiene relaciones de dominio patriarcal sobre las agentes, desde los jefes hasta los detenidos. En la relación mujer policía-superior, se da un sexismo benevolente al violar el reglamento de obligaciones laborales de las agentes, debido a que desde la oficina los mismos jefes dictan que las mujeres no realicen actividades como las anteriores referidas, actuando así por encima del reglamento de la misma institución. Desde este punto comienza a manifestar una relación de subordinación femenina — forzada por parte de la agente, pues el jerárquico, desde su posición laboral superior en correlación con su condición patriarcal, cambia las reglas estipuladas en el manual. En la relación mujer policía-compañeros existe la reproducción del argumento de los jefes, ya que los compañeros de unidad se aseguran de que las mujeres no realicen actividades de un policía hombre mediante la prohibición, siendo algunas de ellas: el posicionarse en el lado izquierdo de la unidad, pedirles que no se bajen en las detenciones, hacerlas responsables del radio y presionar para que realicen el trabajo administrativo. En la relación mujer policía-detenido se gesta también la subordinación femenina a través de la violencia verbal, pues las agentes refieren que en múltiples ocasiones las ofenden por ocupar un espacio en la policía, les exigen que se salgan de la corporación, entre otros; siendo así un ejercicio de subordinación en tres tiempos: en primera instancia la fomentación en la oficina por parte del jefe, seguido practicada por los policías operativos y en tercer tiempo exigida por los detenidos. Esto tiene como consecuencia que las mujeres realicen actividades de segunda mano y que incluso no solo sean conscientes de esto, sino que también se han convencido de que así es y así será.

En la interacción del acoso sexual ejercido por el jefe en contra de la policía, se da en forma directa y sin pudor; esto por la condición de diferentes laborales y de género que se dan entre las dos entidades. En un principio, las participantes del estudio refieren que es mediante el albur, y en un segundo momento por medio de invitaciones reiteradas a salir. En su mayoría, el acoso se da en los espacios de la oficina, siendo el espacio de poder e interacción que comparten más las mujeres con los jefes. Con esto puedo decir que el emisor

(jefe) produce el acoso y la (receptora) acepta el acoso a través de los silencios, sonrisas, risas, entre otras, esto para mantener su empleo, mismo al que es dependiente.

Así también, en materia de acoso sexual, el ejercido por los compañeros se da tanto en el pasillo de los distritos de la SSPM de Ciudad Juárez como en la patrulla. Respecto al pasillo, es mediante las miradas de deseo sexual, piropos y albures; las prácticas son en forma colectiva y periódica. En la patrulla, el acoso sube de tono, comienza mediante el albur, continúa con el piropo, seguido se encuentra la invitación reiterada a salir, miradas de connotación sexual a zonas erógenas y, por último, el tocamiento. En contexto de interacción, el policía operativo es quien acosa a través de todas las manifestaciones de acoso sexual y la mujer policía acepta la violencia sexual por miedo a perder su trabajo, además, las entrevistadas consideran que lejos de resolver el problema a través de hacer público, tiene mayores consecuencias negativas.

La calle es también un escenario de acoso sexual que sufren las mujeres policías. El mismo es perpetrado por los hombres detenidos mediante la violencia verbal en ofensas de carácter racistas, de género y burlas por dedicarse a trabajos que en la cosmovisión del patriarca solamente pertenecen a hombres. Por el contrario de los acosos antes referidos, el presente no tiene la característica u objetivo de tener una relación sexual con la mujer policía; por otra parte, el detenido busca ejercer la violencia sexual por medio de ofensas, llamado acoso por posesión sexual. En la interacción, la mujer acepta el acoso por medio del silencio, evitar el contacto visual, físico y comunicacional. Pues así evita que los detenidos se quejen con sus superiores o compliquen su detención por la posible agresión de la agente.

Bibliografía

ALDAZ PORTAS, R., Espinosa Gutiérrez, I. J. y Tena Guerrero, O. (2015). Acoso sexual en mujeres policías: del poder jerárquico al poder sexual. En A. Luna Martínez, y G. Vélez Bautista, *Violencia de género: escenarios y quehaceres pendientes* (101-120). México: Universidad Autónoma del Estado de México.

- ÁNGEL, A. (5 de febrero de 2018). *Animal Político*. Obtenido de Animal Político: <https://www.animalpolitico.com/2018/02/mexico-inseguro-2017-homicidios/>
- ANÓNIMA, A. M. (10 de enero de 2016). Entrevista (H. M. Ochoa, entrevistador)
- ARALUCE, O. A. (2011). *Activismo social trasnacional: un análisis entorno a los feminicidios en Ciudad Juárez*. Juárez, México: El Colegio de la Frontera Norte.
- ARAVENA BENÍTEZ, F. (2007). Seguridad humana: aportes en la reformulación del concepto de seguridad . En I. Sepúlveda, *Seguridad humana y nuevas políticas de defensa en Iberoamérica* (49-74). España: Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado - UNED.
- ARTEAGA, N. (2000). El trabajo de las mujeres policías. *El cotidiano*, 74 - 83.
- Así estamos Juárez (15 de diciembre de 2016). *Así estamos Juárez*. Obtenido de Así estamos Juárez: <http://www.asiestamosjuarez.org/I/POBLACION/>
- AYALA, E. y Chapa, J. (2012). La inseguridad y la demanda por entretenimiento: evidencia para las áreas metropolitanas de Monterrey, Guadalajara y León. *Econoquantum*, 135-148.
- BERISTAÍN DÍAZ, H. (1997). El albur. *Retórica, Política e Ideología: Desde la antigüedad hasta nuestros días: Actas del II Congreso Internacional de Salamanca*. España: Asociación Española de Estudios sobre Lengua, Pensamiento y Cultura Clásica.
- BOGANTES ROJAS, J. (2008). Violencia doméstica. *Medicina Legal de Costa Rica*, 55-61.
- BOGDAN, R. y Taylor, S. J. (1987). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación, la búsqueda del significado*. España: Paidós.
- BOURDIEU, P. (1997). *Meditaciones pascalianas*. España: Anagrama.
- BOURDIEU, P. (1997). *Razones prácticas, sobre la teoría de la acción*. España: Anagrama.
- BOURDIEU, P. (2000). *Dominación masculina*. México: Anagrama.
- CANCIMANCE LÓPEZ, J. A. (2012). *Memorias en silencio. La masacre en El Tigre, Putumayo. Reconstrucción de memoria histórica en Colombia*. Alemania: Editorial Académica Española.
- CARMONA, L. S. (2010). *Violencia contra la mujer en la pareja de las familias juarenses*. Juárez: Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.
- Casa Amiga Centro de Crisis A. C. (2017). *Informes de casos atendidos por primera vez por tipo de violencia*. Juárez, Chihuahua, México: Casa Amiga Centro de Crisis A. C.

- CHÁVEZ, E. (6 de enero de 2017). Aumentarán sueldo a policías municipales. *Netnoticias.mx*, 1-2. Obtenido de <http://netnoticias.mx/2017-01-06-5279e802/aumentaran-sueldo-a-policias-municipales/>
- CONCHA EASTMAN, A. (2008). La seguridad de la mujer. *El rol de las ciudades y los gobiernos locales en la seguridad de las mujeres* (1-62). Querétaro, México: 8º Coloquio anual del Centro Internacional para la Prevención del Crimen. La seguridad de la mujer.
- Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (2016). *Medición de la pobreza en México y en las entidades federativas*. México: Coneval.
- CRENSHAW, K. W. (1991). Mapping the margins: intersectionality, identity politics, and violence against women of color. *Stanford Law Review*, 1241-1299.
- CUERVO CRIALES, B. (2016). *Macrocriminalidad y política de priorización en el marco de la justicia transicional*. España: Universitat de Barcelona.
- DANIEL ROSEN, J. y Zepeda Martínez, R. (2015). La guerra contra el narcotráfico en México: Una guerra perdida. *Reflexiones*, 153 - 168.
- DEGENNE, A. (2009). Tipos de interacciones, formas de confianza y relaciones. *Revista Hispana para el Análisis de Redes Sociales*, 65 - 94.
- DELGADO PALOMO, M. M., Flores Ángeles, R. L. y Muñoz Ramírez, L. A. (2012). *Impacto del trabajo en el empoderamiento de las mujeres que laboran en el espacio de la policía: el caso de la Secretaría de Seguridad Pública del Distrito Federal*. (O. T. Guerrero, Ed.) México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- DOUGLAS, L. y Hansen, T. (2003). Los orígenes de la industria maquiladora en México. *Comercio Exterior*, 1045-1056.
- El Colegio de México (2012). *Epidemias de violencias*. México: El Colegio de México.
- El País (2017). *Las voces de las silenciadas, feminicidios en México: una lacra que pervive*. México: El País. Obtenido de <https://elpais.com/especiales/2017/feminicidios-en-mexico/>
- ESTRADA MONTOYA, J. H. y Sánchez Alfaro, L. A. (2011). Las violencias de género como problema de salud pública: una lectura en clave Bioética. *Revista Colombiana de Bioética*, 37-61.
- FISKE, S. y Glick, P. (1996). The ambivalent sexism inventory: Differentiating hostile and benevolent sexism. *Journal of personality and Social psychology*, 491-512.
- FOUCAULT, M. (2003). *Vigilar y castigar el nacimiento de la prisión*. Argentina: Siglo Veintiuno Editores.
- FRASER, N. (1997). *Justicia interrumpida. reflexiones críticas desde la reflexión postsocialista*. Colombia: Siglo del Hombre Editores y Universidad de los Andes.

- FREUD, S. (2011). *El chiste y su relación con el inconsciente*. España: Alianza Editorial.
- FRÍAS, S. M. (2017). 25 años de investigación cuantitativa y cualitativa sobre violencia en contra de las mujeres en México. *Realidad, datos y espacio. Revista Internacional de Estadística y Geografía*, 5-57.
- Gobierno Municipal de Ciudad Juárez (14 de febrero de 2018). *Gobierno municipal de Ciudad Juárez*. Obtenido de Gobierno Municipal de Ciudad Juárez: <http://www.juarez.gob.mx/dependencia/18/secretaria-de-seguridad-publica-municipal/>
- GOFFMAN, E. (1991). *Los momentos y sus hombres: textos seleccionados y presentados por Yves Winkin*. España: Paidós.
- GORDILLO, A. M. (2005). ¿Qué es lo novedoso del método de investigación feminista? *Encuentro*, 70 (XXXVII), 7-16.
- GRAMSCI, A. (1999). *Cuadernos de la cárcel*, Tomo 6 (Cuaderno 27 “Observaciones sobre el folklore”). México: Biblioteca Era.
- GUILLÉN LÓPEZ, T. (2016). *Mapas de la violencia en México: muertes por homicidio en 2011 y 2015*. México: El Colegio de la Frontera Norte.
- HERRERA, C. (2009). *Invisible al ojo clínico: violencia de pareja y políticas de salud en México*. México: Flacso México.
- HUSSERL, E. (1982). *La idea de la fenomenología. Cinco lecciones*. México: Fondo de Cultura Económica.
- IBARRA CALSALS, D. (2013). Misoginia masculina: expresión y etiología de la misoginia en la intersubjetividad heterosexual. *Conexoes PSI*, 77-93.
- Instituto Interamericano de Derechos Humanos (2010). *¿Qué es seguridad humana?* Costa Rica: Instituto Interamericano de Derechos Humanos. Obtenido de https://www.iidh.ed.cr/multic/default_12.aspx?contenido=8c1a302f-fooe-4f67-b3e6-8a3979cf5cd&Portal=IIDHseguridad
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (2011). *Estadísticas a propósito del... Día Internacional de la Eliminación de la Violencia contra la Mujer*. México: INEGI.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (2016). *Encuesta Nacional De Victimización y Percepción sobre Seguridad Pública (ENVIPE)*. México: INEGI.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía. (2017). *Encuesta Nacional sobre las Dinámicas de las Relaciones de los Hogares*. México: Instituto Nacional de Estadística y Geografía.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (2018). *Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo*. México: INEGI.

- JUBB, N. y Pasinato Izumino, W. (2002). *Mujeres y servicios policiales en América Latina: un documento de referencia revisado*. Canada: CERLAC Occasional Papers.
- KELLY, L. (1988). *Surviving Sexual Violence*. Estados Unidos: University of Minnesota Press.
- LAMAS, M. (1999). Usos, dificultades y posibilidades de la categoría género, *Cuicuilco*, 1-23.
- LAMAS, M. (2000). Diferencias de sexo, género y diferencia sexual. *Cuicuilco*, 1-24.
- LE CLERCQ ORTEGA, J. A. y Sánchez Lara, G. R. (2017). *Índice Global de Impunidad*. México: Universidad de las Américas Puebla.
- LERNER, G. (1990). *La creación del patriarcado*. España: Crítica.
- LIMAS HERNÁNDEZ, M. (2011). Crisis en Ciudad Juárez, Chihuahua: desórdenes, y repercusiones en el desarrollo desde una perspectiva de género. *Asociación Mexicana de Estudios del Trabajo*, 10-33.
- MÁRQUEZ GARMENDIA, M. (2005). El acoso sexual en el trabajo. *IUSLabor*, 1-26.
- Mesa de Seguridad de Justicia de Ciudad Juárez, Chihuahua (2018). *Indicadores de seguridad*. México: Mesa de Seguridad de Justicia de Ciudad Juárez, Chihuahua.
- MONÁRREZ FRAGOSO, J. E. (2009). *Trama de una injusticia, feminicidio sexual sistémico en Ciudad Juárez*. México: El Colegio de la Frontera Norte y Miguel Ángel Porrúa.
- MONÁRREZ FRAGOSO, J. E. (2015). *Vidas y territorios en busca de justicia* (L. E. Cervera Gómez, J. E. Monárrez Fragoso, C. M. Fuentes Flores y R. Robles Ortega, Edits.) Juárez, Chihuahua, México: Universidad Autónoma de Ciudad Juárez y Colegio de la Frontera Norte .
- MONÁRREZ, J. (2003). *Femicidio sexual serial 1993-2001*. México: Redalyc.
- MONÁRREZ, J. E. (2015). El destino de la humanidad en tiempos inhumanos. *The Journal of the International Association of Inter-Ammerican Studies (ias)*, 46-66.
- MUÑOZ RAMÍREZ, L. (26 de mayo de 2014). *Animal Político* . Obtenido de: <https://www.animalpolitico.com/blogueros-seguridad-180/2014/05/26/policias-de-segundo-nivel-mujeres-en-el-ambito-policial/>
- Observatorio Nacional Ciudadano, Seguridad, Justicia y Legalidad (2017). *Reporte sobre delitos de alto impacto*. México: Observatorio Nacional Ciudadano, Seguridad, Justicia y Legalidad.
- OMS, Departamento de Salud Reproductiva e Investigación, Escuela de Higiene y Medicina Tropical, Sudáfrica Investigación Médica Council (2013). *Global and regional estimates of violence against women: prevalence and health*

- effects of intimate partner violence and non-partner sexual violence*. OMS, OMS. Italia: OMS.
- ONU México (2017). *Agenda 2030*. México: ONU México. Obtenido de <http://www.onu.org.mx/agenda-2030/objetivos-del-desarrollo-sostenible/>
- Organización Internacional del Trabajo (2013). *Acoso sexual en el trabajo y masculinidad, exploración con hombres de la población general*. Puerto Rico: Organización Internacional del Trabajo.
- Organización Internacional del Trabajo. (Sin fecha). *El hostigamiento o el acoso sexual*. América Central: Organización Internacional de Trabajo.
- Organización Mundial de la Salud. (13 de mayo de 2013). *Violencia contra la mujer, respuesta del sector de la salud*. Obtenido de <http://www.who.int/es/>: http://apps.who.int/iris/bitstream/10665/87060/1/WHO_NMH_VIP_PVL_13.1_spa.pdf
- ORTIZ RAMÍREZ, E. C. (2008). El arte de piropear: ¿halago u ofensa? *Études hispaniques*, 51-60.
- PACHECO GONZÁLEZ, S. y Rodríguez Alonso, J. A. (2016). *Percepción de la ciudadanía sobre el personal operativo de la Secretaría de Seguridad Pública del municipio de Juárez*. México: Observatorio de Seguridad y Convivencia Ciudadanas del Municipio de Juárez.
- PAULLIER, J. (25 de abril de 2016). #MiPrimerAcoso, la creadora del hashtag que sacudió internet y la importancia de que las mujeres no callen. BBC, 1-3. Obtenido de http://www.bbc.com/mundo/noticias/2016/04/160425_mexico_hashtag_mi_primer_acoso_violencia_mujeres_jp
- PEQUEÑO RODRÍGUEZ, C. (2015). *Mujeres movimientos: Organización y resistencia en la industria maquiladora de Ciudad Juárez*. México: UACJ.
- PERNAS, B. (2001). *Las raíces del acoso sexual: las relaciones de poder y sumisión en el trabajo*. España: UNED Ediciones.
- QUINN, B. A. (2002). Sexual harassment and masculinity, the power and meaning of "Girl watching". *Sociologists for Women in Society*, 386-402.
- RAMÍREZ RODRÍGUEZ, J. C. y Uribe Vázquez, G. (1992). Mujer y violencia: un hecho cotidiano. *Salud Pública de México*, 148-160.
- RAMÍREZ VÁZQUEZ, A. L. (2014). Canto de sirenas: habitar la policía con voz y cuerpo de mujer en Ciudad Juárez 2008-2014. *Tesis de maestría en Acción Pública y Desarrollo Social*, 126. México: El Colegio de la Frontera Norte A. C.
- RAMOS, D. (14 de marzo de 2012). 1.4 millones de mujeres mexicanas sufren de acoso sexual en el trabajo. *Animal Político*, 1-3. Obtenido de <http://www.>

- animalpolitico.com/2012/03/1-4-millones-de-mujeres-mexicanas-sufren-de-acoso-sexual-en-el-trabajo-y-no-denuncian/
- Reglamento Interior de la Dirección General de Seguridad Pública del Municipio de Juárez (3 de mayo de 2010). *Municipio de Juárez*. Obtenido de Municipio de Juárez: ordenjuridicodemo.segob.gob.mx/.../Municipios/Juarez/JUAREG17.pdf
- Reglamento Orgánico de la Administración Pública del Municipio de Juárez, Estado de Chihuahua (2005). *Reglamento Orgánico de la Administración Pública del Municipio de Juárez, estado de Chihuahua*. Municipio de Juárez: Municipio de Juárez.
- RÍOS, M. E. (2010). Metodología de las ciencias sociales y perspectiva de género. En N. Blazquez Graf, F. Flores Palacios, M. Ríos Everardo, N. Blazquez Graf, F. Flores Palacios y M. Ríos Everardo (Edits.), *Investigación Feminista: epistemología y representaciones sociales* (179-196). México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- ROBLES ORTEGA, R. (2010). Mujeres, espacio público y (re)significación cultural en Ciudad Juárez. *Guaraguao*, 27-37.
- ROBLES ORTEGA, R. (2013). Estableciendo conexiones entre: la violencia, ser mujer, pobre y migrante en Ciudad Juárez. *Revista Ethos Venezolana*, 28-42.
- ROBLES, H. (2010). Ciudad Juárez: donde ser mujer es vivir en peligro de muerte. *Papeles de relaciones ecosociales y cambio global*, 95-104.
- RODRÍGUEZ KAUTH, Á., Marín de Magallanes, L. y Leone de Quintana, M. E. (1993). El machismo en el imaginario social. *Revista Latinoamericana de salud*, 275-284 .
- RONDA, C. P. (2009). *Guía sindical Violències de gènere a l'empresa*. Barcelona, España: Secretaría de la Dona de CCOO de Catalunya.
- SALAZAR GUTIÉRREZ, S. (2016). Vida y castigo: jóvenes en prisión sentenciados por homicidio en Ciudad Juárez, México. *Estudios Fronterizos, Nueva Época*, 11-34.
- SCOTT, J. (1990). *Los dominadores y el arte de la resistencia*. México: Editores Era.
- SCOTT, J. W. (2008). *Género e historia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Secretaría de Gobernación, Instituto Nacional de Estadística y Geografía (2015). *Encuesta de Cohesión Social para la Prevención de la Violencia y la Delincuencia*. México: Instituto Nacional de Estadística y Geografía.
- Secretaría de Seguridad Pública Municipal Ciudad Juárez (2017). *Total de elementos que ocupan la corporación de policía preventiva en Ciudad Juárez*. Juárez, Chihuahua México: SSPM.

- SEPÚLVEDA, I. (2007). *Seguridad humana y nuevas políticas de defensa en Iberoamérica*. España: Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado-UNED.
- SOSA, L. D. (7 de marzo de 2014). Reconocen su labor en la policía. *El Diario de Juárez*, 1-3. Obtenido de http://diario.mx/Local/2014-03-07_b5e8ab80/reconocen-su-labor-en-la-policia/
- SPRAGUE, J. (2016). *Feminist Methodologies For Critical Researchers, Bridging Differences*. Nueva York: Rowman y Littlefield.
- STANLEY, L. y Wise, S. (1992). *El acoso sexual en la vida cotidiana*. España: Paidós.
- TEXEIRA, M. T. (2002). "Who protects and serves me?" A case study of sexual harassment of African American women in one U.S. law enforcement agency. *Sociologists for women in society*, 524-544.
- UNITE (United Nations Secretary-General's Campaign) to end violence against women (2009). *Violencia contra las mujeres*. Estados Unidos: UNITE.
- VALERO-GIL, J. y Calderón Martínez, S. (2012). About the relation of inequality and poverty with crime in Mexico. *Journal of International Business and Economics*, 12-18.
- VAN CARNPENHOUDT, L. y Quivy, R. (2005). *Manual de investigación en ciencias sociales*. México: Limusa.
- VARGAS MELGAJERO, L. M. (1994). Sobre el concepto de percepción. *Alteridades*, 47-53.
- VELA, E. (2016). La violencia diaria en la que nadie cree. *Nexos*, 16-19.
- Yo Ciudadano (2017). Chihuahua, entre los estados con mayor nivel de violencia contra las mujeres: INEGI. *Atlas de género*, 1-3. México: Plan Estratégico de Juárez. Obtenido de <https://yociudadano.com.mx/index.php/ciudad/871-chihuahua-entre-los-estados-con-mayor-nivel-de-violencia-contra-las-mujeres-inegi>

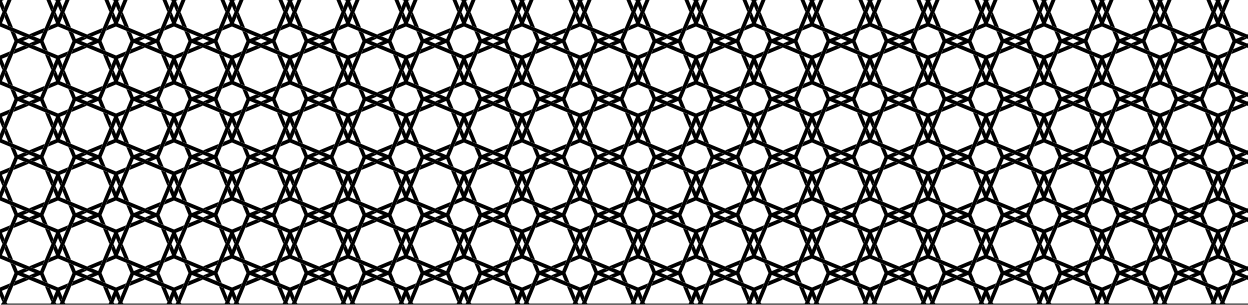
Entrevista

- Mujer policía 1 [Entrevista], 2017, por Hugo Martínez Ochoa [trabajo de campo], Ciudad Juárez, Chihuahua, 10 de diciembre.
- Mujer policía 2 [Entrevista], 2017, por Hugo Martínez Ochoa [trabajo de campo], Ciudad Juárez, Chihuahua, 21 de diciembre.
- Mujer policía 3 [Entrevista], 2018, por Hugo Martínez Ochoa [trabajo de campo], Ciudad Juárez, Chihuahua, 1 de enero.

Mujer policía 4 [Entrevista], 2018, por Hugo Martínez Ochoa [trabajo de campo],
Ciudad Juárez, Chihuahua, 5 de enero.

Mujer policía 5 [Entrevista], 2018, por Hugo Martínez Ochoa [trabajo de campo],
Ciudad Juárez, Chihuahua, 15 de enero.

Mujer policía 6 [Entrevista], 2018, por Hugo Martínez Ochoa [trabajo de campo],
Ciudad Juárez, Chihuahua, 31 de enero



Narrativas espiraladas: enfoque y efectos en torno a la experiencia juvenil

NAHIR ABRAHAM, RAFAEL CARRERAS, SANTIAGO REBOLLO, SOL DEL CARPIO, SOFÍA LAMANUZZI, PAULA GONZÁLEZ, GUILLERMINA PRUNEDA PAZ, CANDELARIA ESPINOZA

Introducción

El presente artículo es el resultado del proceso reflexivo que los/as autores hemos asumido durante el desarrollo de la investigación y posterior a ella. La instrumentación del relato biográfico constituyó una experiencia significativa para el equipo de investigación. Abordar las experiencias juveniles en torno a la vida y a la muerte fue creando para nosotros un gran desafío a investigar con jóvenes.

En trabajos anteriores¹ utilizamos entrevistas en profundidad, registros de campo y analizamos fuentes secundarias —como los medios de comunicación centrales de la prensa de la Ciudad de Córdoba. Sin embargo, nos fuimos encontrando con una materialidad que

¹ Esto hace alusión al proyecto “Significaciones y experiencias juveniles vinculadas a la vida y a la muerte en sectores empobrecidos de la ciudad de Córdoba. Período 2016-2017 Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad Nacional de Córdoba (SeCyT) Facultad de Psicología. Universidad Nacional de Córdoba.

definía ciertos límites para avanzar sobre determinados pliegues de la subjetividad, más imbricados con lo que habíamos denominado campos de vida y campos de muerte.² Este fue uno de los motivos por los cuales comenzamos a pensar en las potencialidades que el relato biográfico podría brindarnos como enfoque metodológico. Cabe agregar que implicó una gran apuesta, ya que generó un arduo trabajo previo de formación interna del equipo de investigación, sobre todo porque entendíamos que nos adentrábamos a un trabajo de subjetivación en el que la experiencia constituye un analizador social y singularizador de las personas.

Las discusiones que ponemos a consideración del lector tienen en cuenta los efectos que el relato biográfico genera en los protagonistas, la reflexividad producto de poner en palabras acontecimientos significativos de su vida privada y ordenarlos en una continuidad temporal guiada por psicólogos que resultan co-constructores de esa narrativa.

En líneas generales, esta conversación que ponemos a consideración es el producto de años de trabajo con jóvenes en situación de desigualdad social, a los que creemos, de alguna manera, haber contribuido en la revisión de su historia personal ampliando márgenes de reflexividad sobre aspectos importantes que propusieron narrar y a la vez reflexionar. Nos hemos centrado en este texto particularmente en los efectos del enfoque biográfico (en adelante EB) y compartimos al finalizar un breve análisis que realizamos con una entrevistada, donde ponemos énfasis en la potencia que el método tiene para la construcción de fuentes de información.

Desandar la estrategia: preguntas y continuidades del método

El esquema de trabajo asumido por nuestro equipo recupera aportes de investigaciones locales y nacionales (Paulín, García Bastan, D'Aloisio y Carreras, 2018; Di Leo, Camarotti, Güelman y Touris,

² Discusiones en torno a estos conceptos fueron abordados en el texto que antecede a este escrito.

2013) enfocadas en jóvenes en situación de desigualdad social. En línea con ello, nos propusimos indagar sentidos y significados en torno a la vida y a la muerte con una muestra constituida por varones y mujeres entre 18 y 25 años.

Consideramos que en contextos marcados por la incertidumbre y la contingencia, las prácticas y experiencias de los sujetos desbordan a su posición social como factor explicativo. Por ello, la elección de las historias de vida y del enfoque biográfico para abordar esta temática busca recuperar un mundo de significaciones compartidas, a la vez que vislumbrar los sentidos individuales atribuidos a la experiencia. A través de las mismas nos interesaba aprehender la temporalidad que construyen los/as jóvenes y sus modos de producir sentidos, historizar sus experiencias biográficas, para representarse a sí mismos y a otros en una dimensión intersubjetiva, en el pasado y en el presente (Di Leo, Camarotti, Güelman y Touris, 2013).

Para el armado de los relatos de vida, mantuvimos entre 3 y 4 encuentros con cada joven, en los que realizamos entrevistas semiestructuradas, con el objetivo de que sean los participantes quienes decidan en mayor medida lo que deseaban relatar de sus biografías. Estos fueron pautados en función de su disponibilidad horaria.

Como consigna de apertura planteamos: Si tuvieras que decirme quién sos, *¿qué dirías?*, *¿cómo te describirías?*, *¿cómo te presentarías?* Luego los invitamos a seleccionar los hechos y acontecimientos que consideraban significativos en su vida y que quisieran relatar, sin necesidad de detenerse en profundidad en alguno de ellos a menos que así lo prefieran. En la siguiente entrevista repasamos la lista de los hechos a través del uso de tarjetas, aclarando que podían agregar más si así lo deseaban. Tanto en esta como en las sucesivas entrevistas se intentó profundizar en cada uno de los hechos a través de interrogantes como: *¿qué es lo que sucedió?*, *¿qué sentiste en ese momento?*, *¿qué es lo que pensás hoy sobre aquello?*, *¿qué cambios notas en tu vida a partir de ese hecho?*, entre otras preguntas. También buscamos recuperar en su relato situaciones en las que se hubiera sentido bien o mal tratado como persona en su familia, en el barrio, con otros/as jóvenes, en la escuela o en el trabajo. Entre una y otra entrevista contamos con un margen de 15 días aproximadamente, en el transcurso de los cuales se desgrababa

la última entrevista para entregársela al narrador. De esta manera se le daba la posibilidad que el mismo lea lo conversado y decida si quería omitir y/o ampliar alguna información, a fin de trabajar en conjunto sobre el contenido final del relato. En la última entrevista planteamos construir una línea de vida, en la que le solicitamos a cada uno/a que ubique los hechos o acontecimientos significativos en una hoja del modo que deseara y que explicara el porqué de dicho ordenamiento. A su vez, hicimos entrega del último borrador del relato de vida, el cual quedó conformado con el consenso del entrevistado/a y es el producto que conserva como cierre y devolución del proceso.

Para el análisis de datos buscamos combinar la información de estas entrevistas con los registros de campo y fuentes secundarias (estadísticas, documentos institucionales), para fortalecer un abordaje complejo de la problemática planteada mediante la triangulación de técnicas (Fielding y Fielding, 1986). Este método permitió la reconstrucción de significados y de situaciones de la cotidianidad a partir de un interjuego entre los datos y las perspectivas teóricas de partida, favoreciendo la construcción de categorías analíticas referidas a los casos en estudio y la elaboración de análisis comparativos.

A partir de este proceso, el equipo ha llevado a cabo el enfoque biográfico y los relatos; consideramos que la práctica puesta en juego en el encuentro con cada joven sitúa un aquí y un ahora, donde se enuncia y resignifica al mismo tiempo la propia existencia. La narrativa viene a dar forma al mundo, desplegando una relación dialéctica entre los/as participantes de la comunicación, incluso en la situación de entrevista, a la cual concebimos como un acontecimiento biográfico en sí mismo (Güelman y Borda, 2014). Se asiste al encuentro entre dos posiciones diferentes —quien entrevista y quien es entrevistado/a—, las cuales se transforman dialécticamente a través de múltiples interpretaciones y reinterpretaciones de lo que allí acontece, tanto por parte del narrador/a sobre los hechos que rememora y sobre los que reflexiona, como por parte del investigador/a en su intento de conocer los mismos. Pujol y Montenegro (2013) llaman a esto “distancia productiva” de conocimiento. Retomamos este concepto para manifestar que nuestras reflexiones no pretenden asir la realidad como algo posible de medir y definir, sino que son un recorte

situado mediante el que intentamos dar cuenta del recorrido en el cual transformamos nuestra mirada inicial del fenómeno abordado, a partir del encuentro con otros/as.

Recurrir al relato biográfico como herramienta de investigación no deja de estar relacionado con nuestra línea de trabajo vinculada a la construcción de conocimientos y transformación de la realidad desde la Investigación Acción Participativa (en adelante IAP). Desde esta perspectiva, la participación de la población con la que trabaja no se reduce a la mera toma de entrevistas y su consecuente extracción de la información. El carácter participativo de la IAP implica, entre otras cosas, garantizar la toma de decisiones de quien decide participar, como así también considerar la validez de sus saberes y experiencias (Montero, 2006).

Durante el proceso de armado del relato biográfico es el sujeto quien elige lo que desea relatar, lo que es significativo, pero además es quien le da un sentido y quien decide qué contar acerca de cada acontecimiento. Sin embargo, somos nosotros quienes hemos escogido la metodología con base en ciertos objetivos específicos. En relación con esto, pensar cómo indagar acerca de las dimensiones que nos interesan durante las entrevistas es otro de los puntos que han sido un desafío para el equipo y que no ha estado exento de debates: ¿qué preguntar?, ¿cómo?, ¿por qué preguntar sobre cuestiones que por sí solas no aparecen?, ¿por qué y cómo profundizar sobre ciertos aspectos?, entre otras. Al respecto, se puede pensar en dos herramientas que nos han permitido sostener la articulación del método biográfico con los principales postulados de la IAP. Por un lado, el hecho de que el/la entrevistador/a devuelve las transcripciones de cada entrevista a quien narra para que este pueda modificar lo escrito y/o omitir cierta información. Es decir, que se construye un relato que ha sido revisado y aprobado por la persona a la que le pertenece. Por otro lado, el vínculo de confianza previo que construimos con los/as jóvenes resulta fundamental, en tanto permite garantizar su participación voluntaria y hacerles saber que la negativa a responder a nuestras preguntas, así como a no completar el proceso, es posible. A partir de preguntar a Andrea³ cómo se había sentido durante la experiencia, responde:

³ Los nombres de los/as jóvenes entrevistados/as han sido modificados para los fines de garantizar su privacidad y confidencialidad.

lo más duro de que te conté, que me hizo muy mal es cuando mi abuela se me falleció, pero las otras cosas no (...) pero lo otro me encantó, volver todo para atrás, contarte. Me gustó, fue una decisión, tampoco fue que me obligaste a hablar, nada de eso. Fue una decisión mía y lo tomé como un trabajo que tenías que hacer, un trabajo, y siempre si necesitas otra cosa, siempre estoy (Andrea, 21 años).

La autenticidad, el compromiso, el antidogmatismo por parte de quién investiga, son fundamentales para garantizar la efectiva participación de los sujetos que caracteriza a la IAP (Montero, 2006).

Nuestra forma de concebir y emplear el EB nos impulsa a entender que lo que está en juego en nuestra práctica de investigación no es una política de la sospecha sobre la veracidad o la autenticidad de la voz de nuestros/as entrevistados/as, sino más bien la aceptación del descentramiento constitutivo del sujeto enunciador, es decir, su anclaje siempre provisorio, su cualidad de ser hablado y de hablar a su vez en otras voces, el despliegue de una práctica narrativa que se plasma en un trabajo dialógico cuya otra voz protagónica es, en este caso, la del entrevistador/a (Arfuch, 2002; Hall, 2011; Bajtín, 1982 y 1992; Ricoeur, 1996, en Güelman y Borda, 2014).

Es importante destacar que cada biografía debe ser reconstruida como un todo. El relato biográfico es una totalidad singular, constituye la huella de la existencia de una persona a quien tenemos que otorgar una presencia en el informe final (Leclerc-Olive, 2009). Anónima, evidentemente, pero que debe respetar lo máximo posible, su especificidad y su densidad. No se trata de un “caso” resumible en una decena de líneas o reductible a una lista de citas. Recordemos que nuestro proyecto no consiste tanto en construir tipologías como en sacar a la luz los procesos que, aunque éstos sean siempre singulares, permitan comprender posteriormente otras biografías igualmente singulares.

Interpelar la propia historia

Trabajar relatos biográficos implica exponer la propia historia. Es decir, el/la entrevistador/a debe internalizar una serie de herramientas para producir una narrativa oral con los/as jóvenes capaz de interpelar

a la propia historia del sujeto. Partimos del supuesto de que la práctica de enunciación produce un efecto liberador en sí mismo y que el/la entrevistador/a no puede permanecer ajeno/a a ese acto de recordar.

Una entrevistada nos comenta:

(...) con esto me sentí bien, porque de mi infancia a la única que se lo conté fue a mi mejor amiga nomás y a vos. Me sentí bien, me siento bien contando porque es como que soltás algo y a la medida que lo vas soltando como que ya no lo sentís tanto como antes, eso es lo que es. Y el Mati me preguntaba, dice “¿y te gusta?”, “sí, me gusta” le digo, “porque es algo que yo pasé y volverlo a hablar y hablarlo con más seriedad, sin llorar sin nada, es algo que superé y lo sigo superando”, le digo (María, 21 años).

Tal es así que a partir de este proceso María asume que el acontecimiento que ha elegido contarnos es significativo en su historia personal, y además advierte que poner en palabras argumentos de su propia infancia le resulta de alguna manera liberador, algo que para nosotros constituye en sí mismo un “acto terapéutico” insoslayable. Se trata sobre todo de procesos de significación y resignificación histórica subjetiva en los cuales la entrevistada se sitúa “en un presente que se tiene que acercar y alejar simultáneamente de esos pasados elegidos en los espacios de experiencia y de los futuros incorporados en horizontes de expectativas” (la negrita es nuestra) (Jelin, 2000: 13).

En este sentido, concebir la temporalidad biográfica como constructo lineal y cronológicamente definida ha emergido como una pregunta problematizadora en cada relato biográfico asumido con los distintos actores juveniles. Luego de leer su relato biográfico, un entrevistado comenta:

Viste, estaba zarpado en cachivache cuando tenía 13 [años], como que no me importaba nada, salía a robar, me drogaba, hacía cualquiera, bueno me rescaté un poco parece, jaja (Esteban, 19 años).

A partir de este comentario es que el entrevistador pudo realizar señalamientos en torno a las condiciones temporales en las que vivía el joven, señalando que: salir a robar en banda coincidía temporalmente con la situación de cárcel por la que pasaba su papá, la confron-

tación permanente que tenía con el nuevo compañero de su mamá y la temprana e injusta expulsión que había sufrido de su escuela; todo esto, hacía un cúmulo de situaciones adversas que lo llevaban a que él se autodenominase como *cachivache*, algo así como ser un *desubicado*, un *desastroso*, un *desinteresado social*. De esta forma entrevistador/a y entrevistado lograban construir márgenes de reflexividad en torno a la propia historia.

Las vidas de los/las jóvenes que han elegido contar, poseen discontinuidades y hechos fuertemente anclados a sus condiciones concretas de existencia que hemos ido analizando e incluyendo en nuestras lecturas. En este sentido fuimos interrogándonos es esta línea: ¿quién ordena el espacio biográfico?, ¿cómo configura su temporalidad?, ¿en qué colabora su ordenamiento?, ¿es necesario asumir esa *tarea*? Estas preguntas preliminares fueron parte de las discusiones en torno al método, su instrumentación y los efectos que el mismo produce.

La temporalidad biográfica y la narrativa como identidad

Un elemento para destacar es el trabajo del tiempo biográfico. La experiencia en este sentido nos interpeló de manera constante. Abordar el tiempo, las temporalidades subjetivas, implica asumir un tiempo histórico fuertemente arraigado a unidades sociales y políticas y al arraigo construido en la comunidad y en las instituciones con las que las personas se afilian (Jelin, 2000).

A mi vida, la veo que la tengo que valorar más. Yo te cuento: antes, yo antes tenía miedo cuando me enteré que iba a ser papá, porque como a mí nunca me crió un papá, yo no sabía cómo ser padre, si la iba a saber educar bien o mal. Por eso, ése era el miedo mío. No sabía si la iba a cuidar bien, como se debe cuidar (Lorenzo, 21 años).

Que el tiempo es una dimensión subjetiva, discontinua, que presenta pliegues, idas y venidas entre presente, pasado y proyecciones biográficas, es un hecho que hemos experimentado durante las entre-

vistas. La estrategia metodológica desestima la posición de considerar que el acto de recordar —o lo que potencialmente se va a recordar— se puede definir *a priori*. Son los acontecimientos que el sujeto elige, los que permiten pensar luego en la posibilidad de un tiempo continuo. El proceso al que invitamos al sujeto a participar para armar su relato biográfico implica desarmar y reconstruir la temporalidad subjetiva, dando cuenta de los pliegues que esta contiene, las idas y vueltas que le van dando forma y su estabilidad hasta nuevo aviso. Por su poder estructurante, estos acontecimientos resultan ser paradójicos, a la vez que hacen a lo más propio de sí, reenvían al sujeto a la alteridad, es decir, a aquello que sucedía antes o que no sucede hoy a partir de ese momento (Leclerc-Olive, 2009). Esta alteridad trae consigo, en algunas oportunidades, malestar, contradicciones, disconformidad, incógnitas, frente a las cuales podríamos pensar que el sujeto instrumenta ciertos recursos.

Yo estaba en mi casa, antes de irlo a buscar, estaba con unos cositos para armar unos cuadraditos, cortando con una Gillette, con una navajita... yo la llevé a la navajita, pero la llevé sin darme cuenta, a lo que luego al colegio me doy cuenta que la tenía y me la guardé en el bolsillo de atrás... Bueno vuelvo y me gritan cosas y le digo a mi hermano “adelantate”. “Vení”, le digo, “tan mala que sos”... bueno, la agarré de los pelos y lo único que... después lo único que me acuerdo... que ella estaba encima mío pero que estaba bañada en sangre (...) (Fernanda, 16 años).

En este fragmento, Fernanda menciona la falta de recuerdos, el no darse cuenta, frente al relato del día en que le cortó la cara a una joven, razón por la cual debió irse del barrio. Es posible pensar que mediante esto el sujeto busca dar una explicación a eso que no comprende a fin de resguardar la continuidad temporal y la propia identidad. Asimismo, pueden ser recursos que se instrumentan para distanciar al sujeto del carácter traumático de ciertos acontecimientos. La idea de traumatismo refiere a “la insuficiencia de las herramientas para resimbolizar la realidad o para poder producir, de alguna manera, representaciones capaces de capturar la realidad cuando la subjetividad se ve amenazada por la ruptura de significaciones previas que permitían su aprehensión” (Bleichmar, 2006: 124).

Durante algunos instantes, para el entrevistador resulta difícil conectar los diversos eventos que el sujeto relata, así como comprender su orden cronológico, quedándose con la sensación de no lograr entender a qué obedece o hacia dónde intenta ir el sujeto con aquello que nos comenta.

Este es otro de los factores que nos invita a pensar que la continuidad temporal no adviene si no es a partir del establecimiento de un calendario privado que se construye con base en los acontecimientos significativos para el sujeto. La manera en que estos acontecimientos significativos estructuran la temporalidad, se puede ver reflejada en las líneas de vida que los narradores construyen al final de las entrevistas (Leclerc-Olive, 2009). En estas se les solicita que ordenen los momentos que han relatado de la manera en que deseen y comenten brevemente el motivo de ese ordenamiento.

Estos supuestos, además de advertir el carácter subjetivo de la significación de los eventos, se contraponen hacia aquellas miradas de la psicología evolutiva de corte positivista que entienden a la construcción de la identidad/subjetividad como una sucesión de etapas por las que todo sujeto atraviesa necesariamente. A su vez contradicen la idea de sujeto racional, capaz de construirse a sí mismo independientemente de las condiciones que le rodean y de los vínculos que establece con el medio y su comunidad.

En este sentido, nos interesa discutir la noción de identidad como narrativa. La identidad parece ser una respuesta de quien narra ante una pregunta específica: ¿quién eres?, pero el concepto guarda relación no solo con la historia, sino con lo que los/as otros/as esperan o desean escuchar de ese que narra, entonces, las interacciones cobran sentido práctico y político.

Sí, era la primera vez que iba a ser papá. Y, como todo el mundo que va a ser papá por primera vez, te ponés contento. Quería un nombre que no lo tenga nadie acá en el barrio, un nombre raro. Y, por eso, le puse ese nombre gitano (...) porque hacía cosas que no se hacen, y seguido. Hacía daño. La tuve a ella e intenté rescatarme. No te voy a mentir que hice cosas y sigo haciendo, pero nada que ver a lo que hacía antes. Un poquito cambié ahí. Robaba, me drogaba, andaba peleando. Si no fuera por mi nena, no sé dónde estaría (Lorenzo, 21 años).

El joven comenta que roba, consume y que antes era peor su situación. El acto de enunciación pone en evidencia ese *quién soy*, articulado con su propia historia. Es por esto que el relato biográfico es identidad narrada. La narración es entendida como estructura que explica enunciados. Quien narra, relata su mundo, los significados atribuidos y los objetos, el relato no es nada más ni nada menos que la forma de ingresar a ese mundo, que solo es concebido con otros/as. La identidad también sitúa al sujeto frente a su propia historia, al mundo que lo rodea. La identidad es la respuesta a la pregunta que se le hace a cada recién llegado, ¿quién sos?, y esto solo puede revelarse a través de la acción.

La acción se convierte en reveladora solo si va acompañada por el discurso, solo así revela su única y personal identidad, y se concreta su aparición en el mundo, en la esfera pública. Es necesario reconocer que la acción sin un nombre pierde su significado, necesita de un quién para existir, a modo de autoría.

La revelación del quién mediante el discurso, y el establecimiento de un nuevo comienzo a través de la acción, cae siempre dentro de la ya existente trama donde puedan sentirse sus inmediatas consecuencias. Juntos inician un nuevo proceso que al final emerge como la única historia de la vida del recién llegado, que solo afecta a las historias vitales de quienes entran en contacto con él (Arendt 1993: 207).

En este sentido, Arendt (1993) va a afirmar que la historia de cada uno/a no le pertenece, no es autoría de cada uno/a; nadie es autor, alguien comenzó la historia y solo somos parte de ella, solo somos acción en esa narrativa histórica. En este pensamiento dialógico se expresa cómo la historia, la autoría y la acción parecen relacionarse entre sí. Desde esta perspectiva, no es posible calificar a la identidad como estática o estable, sino más bien como dimensión que puede adecuarse si las circunstancias lo exigen. Otro elemento relevante es que hemos comprendido a la dimensión identitaria como algo en permanente construcción, alterable a las condiciones de posibilidad que los sujetos sociales configuran en su historia.

En síntesis: tiempo, espacio e identidad se transforman, se recrean en el relato biográfico, justamente porque las identidades siempre son

abiertas y permeables, porque la capacidad de un sujeto para definirse constituye un potente acto de enunciación y de reafirmación de las personas en relación a su comunidad y a las relaciones sociales que en ella establece.

Subjetividad, pliegues y generización como proceso

La subjetividad puede ser pensada como campo de problemas (Fernández, 2007) inscrita en su devenir sociohistórico, en el cual su modo de producción es mucho más que las formas de existencia del sujeto.

Es histórica no solo en el sentido que surge en un proceso, que es efecto de determinadas variables históricas en el sentido de la historia social, que varía en las diferentes culturas y sufre transformaciones a partir de mutaciones que se dan en sistemas políticos históricos (Bleichmar, 2007: 81).

En este sentido, la subjetividad es experiencia, es praxis social, encuentros y desencuentros, resistencia y diversidad, orientados desde una invención colectiva: la sociedad y la cultura de pertenencia. Reguillo (2006) entiende a la subjetividad como:

la compleja trama de los modos en que lo social se encarna en los cuerpos y otorga al individuo históricamente situado tanto la posibilidad de reproducción de ese orden social como las de su negación, impugnación y transformación, es el intento de hacer salir de la clandestinidad los “dispositivos de percepción y respuesta” con que los actores sociales enfrentan la incertidumbre y los riesgos epocales (p. 61).

Es un modo de dar respuestas, de transformar, de volver rutina el sentido de la vida y de la muerte desde la propia configuración, desde la propia organización de las secuencias vivenciales; es un lugar para resistir el sufrimiento, para develar la existencia, repensar modos de hacer y para la toma de decisiones. Desde este sentido, histórico y singularizante, es importante poner en diálogo los relatos biográficos coproducidos con las/los jóvenes.

A continuación, describimos en clave de análisis aquellos modelos reconstruidos por Agustina (19 años) en torno a lo que va construyendo en su biografía como “ser mujer” en contextos de pobreza estructural:

Y al otro día me levanté y estaba toda, toda la sábana roja, el colchón todo. Y... me levanté asustada, llorando y ella (**mi abuela**) me decía “no llores mi hija, no llores. Venga, siéntese’ dice. Y ella me decía “esto es normal”, dice “porque ya sos señorita y empezaste a ser más mujercita”, dice. “Entonces de hoy en adelante te vas a tener que empezar a cuidar, que nadie te toque porque vos podés quedar embarazada y si alguien llega a tener relaciones con vos siendo señorita. Te tenés que cuidar mucho”, dice “a vos te llegan a tocar ahí abajo, tenés que venir y decirme”. Y ella me decía “siempre cuando te venga así vos tenés que lavarte porque por ahí nosotras somos mujercitas y a nosotras nos agarra mucho olor, no somos como los hombres”. Dice “nosotras tenemos que ser más higiénicas que los hombres”. Y ahí me empezó a hablar y me decía todas esas cosas (Agus, 19 años). (Las negritas son nuestras).

La descripción que ofrece asume particularidades socioculturales relevantes. Su relato ubica a su abuela como una socializadora del “ser mujercita” y detalla una serie de reglas que van desde el cuidado hasta los imperativos sociales, roles y mandatos que debe asumir acorde a su edad y a su inscripción sexo-genérica. Las recomendaciones van desde una “normalización” corporal/postural hasta la prevención de violaciones y/o abusos sexuales. Esas dos coordenadas son tan protectoras como desubjetivantes. El siguiente párrafo grafica esta última referencia:

A mí no me gustaba estar con las chicas, nada. A mí me gustaba jugar al fútbol con los hombres, estar peleando con los hombres. Todos juegos así de hombre. Vestirme de hombre, todo así. Y mi abuela me decía “no hija porque vos sos mujercita, te tenés que andar con cosas de mujer. Jugar con las cosas de mujer”, “no, abuela, no, abuela, no”. Y ella me decía “sí porque ahora vas a ser señorita”. Como mis mamás, mis tías, todas me habían contado que a ellas les había venido de chicas. Que habían sido señoritas de chicas, entonces yo decía “pero mirá abuela, todas son señoritas de chicas, yo no soy todavía”, le

digo. “Pero lo mismo hija, porque algún día te va a venir y te tenés que cuidar que...” Y bueno, cuando me vino y yo le agarré y le hice caso y empecé a estar más tiempo con las chicas, más cosas con las chicas, jugar a cosas de nenas (Agus, 19 años).

La desubjetivación implica modos de habitar una situación marcada por la imposibilidad, que despoja al sujeto de la posibilidad de decisión y de la responsabilidad; la percepción de no poder hacer nada diferente con lo que se presenta (Duschatzky, 2002). Parecería que este proceso de generización (constitución de género) está fuertemente marcada, en el caso de Agustina, por un desplazamiento hacia una feminidad socialmente reconocida —y, por lo tanto, hegemónica—, que se inscribe en la historia de la joven como un gran **NO**. Ese desplazamiento ocurre sobre juegos, vestimenta, prácticas de sociabilidad e incluso en su relación con el espacio público. La entrevistada muestra parte de su configuración genérica a partir de diferentes renunciaciones, en la que su menstruación constituye un punto de partida.

Y cuando cumplí 18, ahí me estaba criando mi tío Sergio y yo le dije una vuelta que quería salir a unos 15 y me decía “no, no, no”. Después me dijo “bueno, pero con una condición, que tiene que ir Maxi con vos”. “No, que ya soy grande, que no me tiene que cuidar”, “pero vos sos mujer y pasan cosas”, me dijo mi tío, “vos no sabes si pueden venir y te meten algo en la bebida y te llevan a la bosta. Te cagan violando después te tiran acá en la puerta de la casa o te tiran en algún lado que no te encontramos”. Y yo le dije, bue... y siempre salía mi tío conmigo (Agus, 19 años).

Pero el proceso de generización, en este caso, comienza a complejizarse a medida que crece y participa de actividades sociales. La desconfianza no recae directamente sobre ella, sino que se desplaza sobre los miedos configurados en los imaginarios sociales más estructurados: el afuera y los desconocidos. El cuidado y la tutela adquieren otro sentido, por lo tanto, otra práctica: ir a los eventos, pero acompañada de su tío.

Reflexiones abiertas

Desandar el enfoque biográfico, apropiarnos y discutir, constituyó un gran aporte para el abordaje de las subjetividades juveniles. La co-construcción de relatos permitió configurar nuevos mapas relacionales con ellos/as y su comunidad. Atentos a conocer allí procesos de desubjetivación, opresión, desigualdades, como así también de agencia, transformación y reconocimiento social.

Esto también ha formado parte de nuestro compromiso ético político como investigadores/as y trabajadores/as de la salud mental. Así mismo, estar dispuestos/as a revisar nuestros supuestos y nuestras prácticas de manera constante es también un desafío y un compromiso ineludible.

Por último, queremos agregar que en trabajos anteriores (Güelman y Borda, 2014) se afirmó que los efectos del enfoque biográfico no obedecen al enfoque *per se*, sino más bien a la estrategia metodológica (el cómo implementamos el EB). A partir de nuestros análisis, es posible pensar que también *desde dónde, para qué, con quién y en qué momento* se inicia la construcción del relato también tiene que ver con la emergencia de ciertos efectos y no de otros. Hemos transitado esta experiencia de investigación articulando siempre con estrategias de intervención social, es decir, en el marco de una acción concreta con jóvenes, lo cual nos ha permitido un acceso a la muestra anclado a una experiencia, facilitando el proceso. Esto para nosotros ha sido un factor elemental para la concreción de cada relato, además de que nos permitió acompañar los procesos de cambio que entendemos algunos/as jóvenes experimentaron durante el trabajo con nosotros/as.

Bibliografía

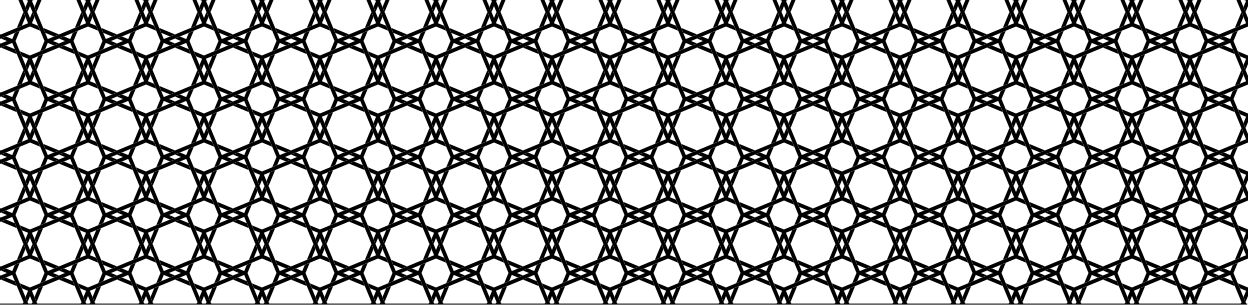
- ARFUCH, L. (2010). *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- ARFUCH, L. (2013). *Memoria y autobiografía. Exploraciones en los límites*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

- ARENDT, H. (1993). *La condición humana*. España: Paidós.
- ARENDT, H. (2000). *Rahel Varnhagen. Vida de una mujer judía*. Barcelona, España: Lumen.
- BLEICHMAR, S. (2006). *No me hubiera gustado morir en los noventa*. Buenos Aires, Argentina: Taurus.
- BLEICHMAR, S. (2007). *La subjetividad en riesgo*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Topia.
- CORNEJO, M., Mendoza, F., y Rojas, R. (2008). La investigación con relatos de vida: pistas y opciones del diseño metodológico. *Psyke*, vol. 17, núm. 1, 29-39.
- DI LEO, P. F., Camarotti, A. C., Güelman, M., y Touris, M. C. (2013). Mirando la sociedad a escala del individuo: el análisis de procesos de individuación en jóvenes utilizando relatos biográficos. *Athenea Digital*, 13(2), 131-145.
- DUSCHATZKY, S. (2002). *Chicos en banda. Los caminos de la subjetividad en el declive de las instituciones*. Buenos Aires: Paidós.
- FERNÁNDEZ, A. (2007). *Las lógicas colectivas. Imaginarios, cuerpos y multiplicidades*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Biblos.
- FIELDING, N. y Fielding, J. (1986). Linking data. The articulation of qualitative and quantitative methods in social research. *Qualitative Research Methods*, vol. 4, Beverly Hills: Sage Publications.
- GÜELMAN, M. y Borda, P. (2014). Narrativas y reflexividad: los efectos biográficos del enfoque biográfico. *Revista Latinoamericana de Metodología de las Ciencias Sociales – RELMECS*, vol. 4, núm. 1.
- GONZÁLEZ REY, F. L. (2013). Subjetividad, cultura e investigación cualitativa en psicología: la ciencia como producción culturalmente situada. *LIMINALES. Escritos sobre psicología y sociedad*, vol 1, núm. 4, 13-36. Universidad Central de Chile.
- JELIN, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno.
- KORNBLIT, A. L. (Coord.) (2004). *Metodologías cualitativas en ciencias sociales: Modelos y procedimientos de análisis*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Biblos.
- LECLERC-OLIVE, M. (2009). Temporalidades de la experiencia: las biografías y sus acontecimientos. *Iberofórum. Revista de Ciencias Sociales de la Universidad Iberoamericana*, vol. 8, 1-39.
- MONTERO, M. (2006). *Hacer para transformar: el método en la psicología comunitaria*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

PAULÍN, H. L., García Bastan, G., D' Aloisio, F. y Carreras, R. (Coords.) (2018). *Contar quiénes somos: narrativas juveniles por el reconocimiento*. Córdoba, Argentina: Teseo.

PUJOL, J. y Montenegro, M. (2013). Producciones narrativas: una propuesta teórico-práctica para la investigación narrativa. En Rodigou Nocetti, M. y Paulín, H. (Coords.). *Coloquios de investigación cualitativa: desafíos en la investigación como relación social* (15-42). Córdoba, Argentina: Sociales.

REGUILLO, R. (2006). Políticas de la mirada. Hacia una antropología de las pasiones contemporáneas. En Dussel, I. y Gutiérrez, D. (Comps.) *Educación la mirada: políticas y pedagogías de la imagen* (59-74) Buenos Aires, Argentina: Editorial Manantial.



Cuerpos desechables: sobrevivir en el mundo contemporáneo

GABRIELA BARD WIGDOR, SOFÍA SORIA

Introducción

Pinta tu aldea y pintarás el mundo.

León Tolstói

Los primeros días del año 2020 ofrecieron imágenes de situaciones que, a pesar de no ser novedosas en la escena argentina contemporánea, provocaron declaraciones e intervenciones políticas inmediatas y ocuparon un lugar destacado en los medios de comunicación tradicionales, las redes sociales y el debate público.

Entre las noticias, la primera que se hizo viral en las redes sociales fue la muerte por hambre de un niño wichi de una comunidad situada en la provincia de Salta, le siguieron otras sobre la situación de desnutrición y extrema vulnerabilidad social de muchas comunidades del Chaco Salteño. En los medios, los ejes del debate rondaron en torno a la “desnutrición”, la “malnutrición”, la “deshidratación”, el “hambre” y la “emergencia alimentaria”. Desde luego, estas situaciones no son aisladas ni coyunturales, constituyen tan solo el recorte más doloroso de problemas de escala global y que afectan a

muchos otros sectores de la población históricamente empobrecidos y subalternizados.

En efecto, esas imágenes nos ofrecieron un panorama de situaciones sociales límites —el hambre, la desnutrición o malnutrición, la deshidratación—, cuyo nudo problemático que pretendemos abordar en este escrito son las condiciones histórico-estructurales que los configuran, que hacen posible que determinados grupos y sujetos se encuentren en total desprotección del Estado, sin ningún tipo de certeza o recurso respecto de su sobrevivencia material y simbólica. El problema radica, a nuestro entender, en aquello que Aguirre (2004) llama “crisis de civilización”, donde confluyen cuestiones de sustentabilidad en la producción de alimentos por parte los países periféricos en el orden capitalista global, de concentración de tierras cultivables en pocas manos y de desigual acceso a alimentos por parte de sectores excluidos, tanto como de desplazamientos forzados de poblaciones enteras por la ampliación de la frontera agropecuaria, de desigual acceso a sistemas productivos culturalmente o espacialmente significativos, entre otras.

Por eso, la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO, 2018) y la Organización Mundial de la Salud (OMS, 2018) concuerdan en que la desnutrición y el hambre no están vinculadas a la mera disponibilidad o no de alimentos, sino que es una cuestión de injusticia relacionada con la producción, el consumo y/o con la posibilidad de sostener o potenciar sistemas productivos alternativos. En el contexto argentino este diagnóstico se vuelve particularmente palpable si tenemos en cuenta que no se trata de la capacidad productiva de alimentos para que desaparezca el “problema del hambre”, sino de acceso a una compleja red de posibilidades de sostenimiento de la vida, donde la nutrición es un aspecto clave, pero no el único.¹ De allí que este hecho suponga enfrentar no solo un problema sanitario en tanto “el hambre sigue siendo la mayor amenaza [porque] mata todos los

¹ Argentina es el quinto productor de maíz y el tercero de soja en el mundo; es un país con gran potencialidad productiva, sin embargo, cuenta con grandes sectores de la población hambreados. Asimismo, es un país en el que se dan los tipos de pobreza alimenticia: delgadez extrema por desnutrición y obesidad por malnutrición (FAO, 2018).

días más personas que el sida, la malaria y la tuberculosis juntas” (Caparrós, 2018: 115), sino también considerar que esas posibilidades de acceso están atravesadas por distintas configuraciones de desigualdad: la mayoría de las personas afectadas son mujeres jóvenes y/o embarazadas, ancianos/as, niños/as, personas en situación de discapacidad. La (re)producción de la vida también, y sobre todo, está asociada a distinciones de género, jerarquías de etnia/color, posiciones de clase y valoraciones de la condición productiva de unx sujetx.²

De este modo, el siglo XXI nos enfrenta a una aparente paradoja: mientras día a día aumentan el hambre y los problemas de desnutrición, crece la superproducción de alimentos en los países dominantes de la geopolítica mundial.³ Como dijimos, no se trata entonces de un estricto problema de capacidad productiva, sino de un modelo civilizatorio, en la medida que la pregunta fundamental es cómo se han estructurado las desigualdades que hacen que lo disponible no esté disponible para todxs ni de la misma manera. Dicho en otras palabras, el hecho de que 25 mil personas mueran en el mundo por hambre en solo un día (Caparrós, 2018), se debe a que las formas cada vez más sofisticadas de destrucción del capitalismo global necesitan, como parte de su funcionamiento, producir poblaciones y sujetxs dispensables.⁴ Esta dispensabilidad permite

² Estas jerarquías, que por supuesto no son las únicas posibles y que en cada contexto habrá que identificar en sus articulaciones situadas, dan cuenta de cómo el capitalismo necesita reinventar permanentemente *dónde* radica el valor y productividad unx sujetx. Como parte de esta dinámica, muchxs sujetxs otrxs quedarán del lado de la improductividad y subalternidad: mujeres, niñxs, adultxs mayores, personas en situación de discapacidad, sujetxs racializadxs, etc. Por esto, el orden heterosexual obligatorio también es un orden de capacidad corporal obligatoria, en la medida que quien no sea hombre blanco heterosexual es sujetx pasivx receptorx de los valores del hombre blanco heterosexual y le es quitado su derecho a voz. Cfr. Morales (2018) y McRuer (2002).

³ Los 14 países de mayor exportación alimenticia y que controlan el mercado internacional son EEUU, Canadá, Australia, Nueva Zelanda y varios europeos. Entre los países llamados emergentes: Brasil, Uruguay, Argentina, Paraguay, Tailandia, Vietnam, Myanmar, Rusia, Ucrania y Kazajistán. Cfr. FAO (2018).

⁴ Maldonado-Torres (2007) trabaja el concepto de colonialidad del ser, a partir del cual señala relación co-constitutiva entre orden colonial y la producción de sujetxs racializadxs como dispensables. La dispensabilidad de ciertos sujetxs y poblaciones es un proceso que se inaugura con la instauración del orden colonial en América Latina y el Caribe

interpretar a las problemáticas emergentes del hambre y la desnutrición como situaciones sin matices: tener hambre, desnutrición o malnutrición es no comer suficiente, por lo que el cuerpo se come a sí mismo y enferma hasta morir.

A partir de lo cual, en el presente capítulo, buscamos recuperar imágenes-escenas de la actual situación argentina que, sin pretensión de exhaustividad, nos permitan plantear preguntas y claves de lectura urgentes respecto del tiempo que vivimos. La infinidad de imágenes que circulan en nuestra cotidianeidad —donde la sociabilidad pasa en gran medida por el espectáculo y la dinámica de las redes sociales— puede a veces simplificar la lectura de los problemas, y otras, nos ofrecen un instante de dolor ante la claridad de lo que no nos constituye como comunidad: el abandono de la solidaridad necesaria en las relaciones sociales. Si es posible que circule como habitual la imagen de un niño con desnutrición aguda como forma de representación de lo que es la vida de comunidades originarias de nuestra América, la pregunta teórico-política que nos surge es: ¿cómo y cuáles procesos históricos de estructuración de la desigualdad permiten imágenes como esas?

Para aproximarnos a este interrogante, el presente capítulo no se circunscribe únicamente a la lectura de fotografías y notas que circulan en los medios de comunicación —tradicionales y no tradicionales—, sino que también están las imágenes que van dibujándose en cada lucha diaria de muchas mujeres, en este caso, aquellas con quienes entramos en contacto en nuestras diversas instancias de investigación a lo largo de los últimos tres años de trabajo de campo de las autoras.

En efecto, a partir de diferentes materiales derivados de nuestras trayectorias de trabajo con mujeres de sectores populares e indígenas,⁵ así como de material periodístico en torno los casos de muertes por desnutrición y/o deshidratación que circularon en el último tiempo,

y que supone una no-ética de la guerra. La no-ética de la guerra afirma al Sujeto (con mayúscula) y expulsa a determinadxs sujetxs (generalmente racializadxs) al campo de lo potencialmente exterminable. Cfr. Maldonado-Torres (2007) y Soria (2015).

⁵ Los materiales de los cuales nos valdremos son diversos, contemplan entrevistas en profundidad que provienen del trabajo de campo con mujeres de sectores populares de Córdoba (en los años 2017, 2018 y 2019), documentos de organizaciones y registros de eventos, situaciones o conversaciones informales con mujeres indígenas.

avanzaremos en una lectura de la actual situación de la Argentina desde un enfoque feminista materialista, decolonial e interseccional. Buscamos leer de manera situada el modo en que se articulan clase, género, etnia, discapacidad y/o generación para la comprensión de los efectos del orden capitalista cisheteropatriarcal y capacitista en los cuerpos y subjetividades. Hablamos de “efectos” para referimos a una diversidad de situaciones que determinados cuerpos deben soportar por ocupar posiciones de subalternidad en las relaciones capitalistas. Son quienes detentan la “debilidad”, la “feminidad”, la “improductividad”, la “inmadurez”, la “falta de capacidad” y la “no normalidad”, como configuraciones sociopolíticas del capitalismo que se instrumentalizan para precarizar y (auto)reproducirse como sistema.

También nos interrogamos por los modos de interpretar e intervenir en esas realidades, ya que en eso se juega también un posicionamiento que se pretende feminista. Nuestra apuesta, metodológica y política, es retomar algunas imágenes-escenas y testimonios a partir de las cuales mostrar y discutir las tramas mortíferas de este orden civilizatorio que se nos ofrece como el único posible.

Cuerpos que sobreviven: escenas, fragmentos y voces...

Y entonces, el sentido más estricto de la palabra supervivencia: miles y miles de personas que se levantan cada día para ver si consiguen qué comer.

El sentido más breve de la palabra supervivencia: no es fácil, con esa idea del mundo, en esas condiciones, pensar en nada a largo plazo —un mes, tres meses, un año y medio, un siglo.

El futuro es el lujo de los que se alimentan

Martín Caparrós

En las familias heteronormadas del mundo, las mujeres cargan con dobles o triples jornadas laborales, se hacen cargo de las tareas de cuidado y, según los casos, de los trabajos comunitarios. Por eso, los organismos internacionales y las ONG suelen considerar que invertir

en las mujeres es la manera más eficaz de llegar a toda la comunidad: “empoderar a una mujer es empoderar su entorno”, dice la FAO.⁶ Cifras de la FAO (2016) muestran que, en el mundo, 1 de cada 5 hambrientos/as son niños/as de 5 años y mujeres madres, quienes configuran el 60% del planeta. Esta situación es de extrema gravedad porque el hambre de los primeros meses y años de vida afecta el desarrollo a lo largo del ciclo vital; es decir, los/as niños/as menores de 5 años que sufren desnutrición crónica van a padecer problemas cognitivos y motores el resto de su vida, generalmente nacidos/as de gestantes también con desnutrición crónica o aguda. En este marco, son principalmente mujeres las que soportan las cargas de la subsistencia familiar o comunitaria, afrontando el financiamiento de gastos de comida y salud en familias heteronormadas de zonas urbanas o periurbanas; asegurando la provisión de agua potable en zonas rurales, garantizando los cuidados que no asumen los hombres ni el Estado, asumiendo los riesgos —incluso de muerte— que supone la absoluta ausencia de la estructura estatal.⁷

De acuerdo con esto, emergen dos nudos problemáticos: por un lado, cuerpos que soportan los efectos del desigual acceso a los recursos necesarios para la vida en su más amplio sentido; por otro lado, cuerpos que soportan las cargas de la subsistencia en sus diversas aristas. Estos nudos problemáticos adquieren particularidades

⁶ Debido a que existe una relación causal entre la alimentación de las mujeres o personas gestantes y la situación nutricional del resto de los/as integrantes de las familia, es que las organizaciones internacionales deciden invertir en el desarrollo de proyectos que se dirijan a mujeres “jefas de hogar”. En efecto, la FAO sostenía en el año 2016 que “[L]os rendimientos agrícolas aumentarían en casi un tercio si las mujeres tuvieran el mismo acceso a los recursos que los hombres. Como resultado, habría hasta 150 millones menos de personas hambrientas en el mundo. Y sabemos que los niños tienen perspectivas de futuro mucho mejores cuando sus madres están sanas, y cuentan con recursos económicos y formación. Especialmente durante los primeros mil días de la vida del niño” (FAO, 2016: párr. 44).

⁷ Esta última situación, donde las mujeres están expuestas al riesgo de perder la vida, es particularmente observable en los casos de las luchas de las mujeres indígenas contra la avanzada de proyectos empresariales en sus territorios ancestrales. Allí, donde el estado no solo está ausente, sino que es cómplice de esa estructura de violencia, las mujeres “ponen el cuerpo” en su más estricta materialidad. En varias ocasiones (declaraciones en redes sociales y conversaciones informales con una de nosotras), la lideresa mapuche Moira Millán insiste en este aspecto, denunciando la directa complicidad del estado en los distintos avasallamientos que deben soportar distintas comunidades indígenas, donde no solo deja actuar a fuerzas parapoliciales solventadas por empresas, sino que es partícipe directo de diversos avasallamientos.

según trayectorias biográficas, ubicaciones espaciales y estructuraciones situadas de desigualdad. De todas maneras, lo que queremos hacer notar es que los atraviesa un común denominador: son los cuerpos feminizados los que funcionan como superficie de inscripción de los efectos de regímenes de precariedad que nos ofrece el capitalismo global. No es que estos cuerpos y existencias sean en sí mismos precarios, sino que están expuestos a las lógicas y efectos de un ordenamiento cuyo centro de gravitación supone producir existencias dispensables.

Algunos casos pueden ilustrar, aunque sea de modo limitado estas afirmaciones, que, como anticipamos, no pretendemos con ellos ofrecer datos que provoquen generalizaciones estadísticas, sino más bien situaciones significativas que nos permitan delinear lecturas de situación, mostrar al fin de cuentas que un acercamiento con sensibilidad ética puede tener un estatus metodológico que permita abrir, profundizar o extender problemas que las estadísticas aún más alentadoras no dejan ver. Casos que nos acercan a escenas, ofrecen fragmentos de realidad que están poblados de voces que quieren contar, que se preguntan, que denuncian:

Primera escena. Luchar la diaria, sola. Marta, una mujer de un barrio popular de la ciudad de Córdoba, describe su situación desde la lucha diaria y permanente para dar de comer a sus hijos/as. Fue madre de su primer hijo a los 13 años y luego de 5 más, a lo que se sumaron tres nietos/as, a quienes cuida junto a su hija de 17 años: “[...] yo tuve el primero a los 13 años, después anduve en la calle y tuve otros. Me hice cargo de mis nietos también... siempre sola, siempre luchando para que no les falte la comida a ellos ni a mi marido, a veces me tomo un té para irme a dormir y que la comida alcance para ellos” (Entrevista, 2019).

Segunda escena. Comidas, pero no nutridas. Mirta, otra mujer habitante de un barrio popular de la ciudad de Córdoba, también la lucha diariamente para lograr lo que comúnmente se dice “ganarse el pan”, pero, casi como una paradoja, ese pan (alimento derivado del trigo y de más fácil acceso) parece ser parte del problema y no de la solución. Al hablar de sus hijas, comenta: “están

re gordas estas [señala a dos de sus hijas], ahí en el dispensario dicen que están obesas... comen pan todo el día acá, ya no sé qué hacer para alimentarlas bien, no tengo qué darles” (Entrevista, 2019).

Estos dos casos nos muestran, casi como síntoma de época, que el problema del hambre y la lucha por la subsistencia están estructurados en clave de género y clase, en la medida que son las mujeres jóvenes desde el principio quienes centralmente asumen la tarea de asegurar la subsistencia familiar, lo que conlleva con el tiempo deterioros en la salud, estrés y postergación de las propias necesidades e intereses más allá del mero sostenimiento material de la familia. Como señala Aguirre (2004), aun en las familias nucleares heteronormadas donde viven padre y madre con ingresos económicos, son las mujeres quienes financian gastos de comida y salud para todos los miembros. Por condicionamientos históricos en relación con las responsabilidades de género, son ellas quienes se ocupan de las tareas de cuidado y domésticas, así como la atención general de los hijos/as.

Algunos datos permiten completar estas ideas. Un cuarto de los hogares en Argentina son monomaternales, donde el 83% de ellos tiene como principal sostén económico a una mujer, quienes también realizan el 75% del trabajo no remunerado del país (D'Alessandro, 2016). Por tanto, cuando el desempleo afecta a la población y siendo el capitalismo un orden que feminiza la pobreza, son las mujeres, los/as adultos/as mayores, las personas en situación de discapacidad y las niñas/os las/los más afectadas/os por la pobreza y el hambre. Asimismo, en dos publicaciones del año 2018 de la FAO, llamadas “Panorama de la Seguridad Alimentaria y Nutricional” (2018) y “Panorama de la Pobreza Rural en América Latina y el Caribe” (2018), se muestra que el hambre afecta a 39,3 millones de personas, siendo el 6,1% población de la región nuestra americana, que entre los años 2015 y 2016 incrementaron en 400 mil personas y las cifras siguen creciendo. De ese total de hambrientxs, en América Latina, el 8,4% son mujeres que viven con desnutrición aguda en comparación con el 6,9% de los hombres, son 19 millones en comparación con 15 millones de hombres.

A esta desigualdad estructural en clave de responsabilidades de género, podemos sumarle aquellos problemas vinculados a la desnutrición o malnutrición, cuestiones que afectan más a las mujeres y niños/as. En la mención que hace la entrevistada de la segunda escena, la obesidad por malnutrición es un efecto claro en ese sentido, así como otras enfermedades derivadas de una nutrición deficiente. La obesidad infantil resultante de una malnutrición crónica es un típico fenómeno de los sectores populares y empobrecidos de nuestro continente, donde es habitual observar niños/as con sobrepeso y baja estatura, por la escasa y poca diversidad de la comida.⁸ La malnutrición, según la FAO, se genera por un consumo insuficiente o excesivo de hidratos de carbono, proteínas y grasas, y escasas vitaminas y minerales que son fundamentales para el crecimiento y el desarrollo cognitivo.⁹

Al igual que la desnutrición aguda, en todos los países de la región la tasa de obesidad de las mujeres adultas es mayor que la de los hombres. El sobrepeso en mujeres se relaciona con dos enfermedades: diabetes e hipertensión arterial, provocando severos deterioros en su cuerpo y sus vidas cotidianas. Entre los motivos, tomando relatos de otras mujeres en situaciones de entrevistas, la ansiedad, la depresión y el estrés son aspectos que emergen de modo constante.

⁸ En diciembre de 2019, apenas asumido el actual Ministro de Desarrollo Daniel Arroyo, circularon noticias acerca del problema nutricional en nuestro país como producto de la crisis económica. Ante las declaraciones del Ministro, que había advertido el riesgo de una generación de “petisos nutricionales”, el Director de Asistencia Pública de San Miguel de Tucumán (otra de las provincias más pobres del país), declaraba: “Malnutrición es el título principal y dentro podemos tener personas desnutridas, con sobrepeso y con obesidad. Dentro de la obesidad, hay niños que por razones sociales tienen afectada su alimentación y son obesos pero petisos, porque tienen una desnutrición crónica que llega a tener esa manifestación pondoestatural que es ser petisos alimentarios” (La Gaceta Salta, 2019).

⁹ El ingreso familiar de sectores con pobreza económica no es suficiente para consumir leches, frutas, carnes ni verduras; es por eso que, estratégicamente, las mujeres optan por cocinar guisos, fideos y comidas con alto porcentaje de harinas, grasas y azúcares, que rinden para muchas personas, son accesibles económicamente y dan sensación de saciedad. La malnutrición crónica en niños/as con obesidad es más difícil de detectar que la desnutrición aguda debido a varios factores, entre ellos, a las representaciones culturales de que la gordura es sinónimo de estar bien alimentado/a y, por lo tanto, las personas no realizan los controles médicos necesarios (aunque esto tampoco solucionaría el problema de origen).

En el caso de los hombres no suele ser la comida el “escape psicológico”, sino el recurrir a sustancias psicoactivas como el alcohol, el tabaco u otros tipos de drogas. Así, la presión psicológica de la pobreza se sobrelleva de manera distinta según responsabilidades y mandatos de género, como declara Beatriz, otra entrevistada: “si yo me chupara como hace aquel otro [refiriéndose a su pareja varón] no podría ocuparme de mis hijos... una no puede aflojar, nunca puede aflojar” (2018).

Este tipo de situaciones adquieren un aspecto igual o más dramático si consideramos a sectores de la población que históricamente han soportado, y siguen soportando, las más radicales exclusiones, como es el caso de los pueblos indígenas. No se trata, sin embargo, de jerarquizar las situaciones de desigualdad y optar por aquellas que consideramos más urgentes o elementales, sino de señalar cómo la ya de por sí crítica realidad que venimos describiendo adquiere en estos casos una dimensión extrema. Como lo señala una investigadora que realizó un relevamiento en una comunidad wichi de la provincia de Salta y que, a propósito de los recientes acontecimientos, ofreció datos contundentes al respecto: “según la Encuesta Nacional de Nutrición y Salud, el 1,2% de niños en Argentina tienen desnutrición (DSN) grave y 3,8% DSN crónica. Comparados con estudios similares pero enfocados en niños indígenas, estos datos muestran diferencias claras [...] en una investigación realizada en población wichi de menos de 1 año en los departamentos Rivadavia y Santa Victoria Este (Salta), la prevalencia fue de 62,4% de DSN crónica y 37,5% de DSN grave” (Tejerina, en Urbano, 2020). Los datos vinculados a mujeres wichi son igual de desalentadores, señalan problemas de malnutrición (por deficiencia o por exceso), cuya consecuencia es la aparición de enfermedades crónicas, entre otros problemas de salud grave. Frente a esto, las preguntas que emergen son las siguientes: ¿en qué nudo de esta compleja trama de desigualdades situar las explicaciones y diseñar posibles intervenciones?, ¿se trata de soluciones estrictamente sociosanitarias o de hacer más efectiva la implementación de políticas sociales que ya han mostrado sus límites? Retomemos otra escena para poder centrar la importancia de estos problemas:

Tercera escena. Sin “monte” no hay vida. En una declaración publicada en un medio alternativo en el contexto de las muertes por desnutrición en diversas comunidades de la provincia de Salta, la conocida líder wichi, Octorina Zamora, dice: “¿tengo la culpa de morirme de hambre cuando me sacaron de mi hábitat, me sacaron el monte? En Salta que no haya casi algarrobos, que es alimento principal. Cuando yo era chica no había chicos desnutridos. Entonces ¿qué culpa? Donde había algarrobos no hay nada” (Melo, 2020).

Las palabras de Octorina sintetizan con claridad una trayectoria de exclusiones y despojos que los pueblos indígenas bien conocen. El hambre es el síntoma más visible y cruel de una situación que, amplificando la mirada, nos permite ver varias cuestiones: los desplazamientos forzados ya sea por deforestación o desalojos producto de la expansión de la frontera agropecuaria, las múltiples dificultades para acceder a políticas estatales (desde contar con transporte para llegar a un centro sanitario, o con un DNI para acceder al beneficio de un subsidio). Es por eso que cuando esta referente se pregunta “¿tengo la culpa de morirme de hambre?”, nos invita a observar la densa estructuración de desigualdades que esos cuerpos que viven del “monte” deben soportar. El monte es, para los pueblos indígenas del Chaco Salteño, mucho más que un dato geográfico o un recurso económico, es la posibilidad misma de la existencia, tanto en su dimensión material como ontológica. Sin monte, la vida en tanto wichi, simplemente no es posible.

En este mismo sentido, el antropólogo John Palmer destaca la estricta dimensión estructural de los casos de muertes por desnutrición de niños/as y mujeres de distintas comunidades wichi, al señalar que las sugerencias nutricionales que se hacen en los centros de salud no son ni accesibles ni culturalmente significativas, en tanto no contemplan ni el monte —espacio vital cada vez más inexistente— ni las prácticas de alimentación derivadas del mismo. Como ejemplo, refiere a una familia a la que “le recomendaron una dieta especial, que contiene yogur, cosas así, que no se consiguen en el lugar, no solamente no forman parte de la dieta tradicional de la comunidad, no se consiguen en el bosque” (Palmer, en Urbano y Corvalán, 2020). Pero el problema no termina allí, sino que cuando las familias llegan

a los centros de salud —si es que, efectivamente, pueden llegar—, son objeto de múltiples maltratos, discriminaciones y de una atención extremadamente ineficaz.

Las deficiencias del sistema de salud es una cuestión que también destaca la antropóloga Norma Naharro (2020), al señalar no solo el carácter precario de una atención que no llega o que está presente de un modo descontextualizado en los territorios, sino también las enormes dificultades para hacer efectivas prácticas de atención sanitaria con perspectiva intercultural. Es por eso que la falta de entendimiento (por ausencia de traductores/as interculturales), el poco conocimiento o la falta de sensibilidad de los/as efectores/as de salud provocan más una cadena interminable de discriminaciones.¹⁰ Al respecto, dice: “generalmente se pretende enfocar las muertes por hambre con el sistema de salud y se busca culpabilizarlo y al tema se lo despega totalmente de las políticas económicas y productivas, como si fuera totalmente distinto el avance de la frontera agropecuaria con los desmontes y fumigaciones” (Naharro, en Urbano y Corvalán, 2020). De allí que no resulte excesiva la declaración de un médico de la zona, Rodolfo Franco, cuando califica la situación como “genocidio”: “se trata de sacarles la tierra y para eso primero los tienen que matar; es feo matarlos a balazos. Entonces lo hacen con hambre, con mala educación, con mala salud” (Franco, en Melo, 2020).

Ahora bien, estas tres escenas que evocamos con el fin de echar luz sobre los aspectos más mortíferos de un orden civilizatorio que sigue prometiendo desarrollo e inclusión, nos permiten poner el acento en la dimensión cultural de las problemáticas del “hambre”, la “desnutrición”, la “malnutrición” y la “deshidratación”. Como anticipamos, no se trata de subestimar la contundente materialidad de estas problemáticas, sino de ampliar la mirada y pasar de la imagen-escena al

¹⁰ En un panel realizado en octubre de 2019 en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba, titulado “El presente de los pueblos indígenas hoy”, la referente wichi Nancy López, perteneciente a una comunidad de Tartagal (Salta), ofreció relatos de violencia contra las mujeres en la atención sanitaria. El carácter extremadamente violento de las situaciones que describió, donde incluso hizo referencia a muertes de niños/as recién nacidos/as sin causas claras, pusieron en escena problemas como falta de acceso a la justicia, ausencia de traducción cultural en las instituciones del estado, falta de atención por prácticas racistas, entre otros.

escenario, es decir, a las condiciones histórico-estructurales que hacen posible que las mismas sucedan. En este gesto de desplazamiento no se trata negar el valor de políticas que respondan a demandas inmediatas, sino de disputar su misma definición y hacer un ejercicio de politización de aquellos aspectos que ellas no dejan ver o no permiten problematizar del todo.

En este sentido, tal como fuimos advirtiendo, tematizar la dimensión histórico-estructural de estas problemáticas nos exige considerar cuestiones tan urgentes como la provisión de un alimento, pero también algo más: situar el problema en aquellas condiciones que constituyen desiguales posibilidades de acceso a recursos para la vida en su más amplio sentido; cuestión que se hace evidente en el caso de los pueblos indígenas que aun habitan —o luchan por seguir habitando— sus territorios.

Asimismo, esta dimensión cultural nos exige un análisis que, concebido como pregunta e intervención política al mismo tiempo, pueda mostrar que las privaciones económicas se articulan con una trama incesante de producción de desigualdades en clave de género, etnia/color, espacialidad, generación y/o capacidad. Para el caso de las escenas que tienen a las mujeres de sectores populares como protagonistas, vimos cómo la articulación situada de las costumbres patriarcales las exponen a tareas y roles que muchas veces las sitúan en situación de postergación o directo riesgo, donde deben ser ellas quienes se las rebuscan para obtener el escaso alimento diario que llega a la familia y soportar en sus cuerpos el efecto de una alimentación deficiente. Mientras tanto, las mujeres indígenas deben afrontar las violencias vinculadas al territorio que habitan, lo que, entre otras cosas, implica soportar el vacío material y ontológico que deja tras de sí el desalojo o el desplazamiento, siendo incluso objeto de responsabilización cuando sus hijos/as se mueren por causas evitables.¹¹

¹¹ Tanto en relación con los últimos acontecimientos de muertes de niños/as por desnutrición como en oportunidades anteriores, surgieron opiniones de autoridades políticas que apuntaron a una cuestión de “cultura”, intentando hacer responsables de dichas situaciones a las familias o madres de dichos/as niños/as, por llegar “tarde” a los centros de salud, por ser “dejadas” o por “resistirse” a la atención sanitaria. Lo que dejan ver estas

Cuerpos que nos importan

Vivir una vida feminista es mantener abierta la pregunta de cómo vivir.

Sara Ahmed

Podemos retomar el señalamiento de Ahmed (2019) y sostener que la tierra que pisamos todxs es más dura para algunas personas según su posición social, lo que en efecto constituye “el fundamento de la blanquedad”, entendida como restricción de posibilidades en la vida para quienes no se configuran en el sujeto varón, blanco e ilustrado. En este sentido, queda claro que esa tierra no puede ser considerada un simple recurso material o económico, sino que constituye un espacio donde se juega lo posible y lo imposible. Con las escenas que referimos buscamos mostrar, precisamente, las posibilidades de vida-muerte que se configuran de acuerdo con los espacios o lugares sociales que ocupamos: ser “mujer blanca”, “mujer joven”, “mujer pobre” o “mujer indígena” —entre muchas otras inscripciones—, supone un desigual acceso a los recursos por la subsistencia, a las redes que la hacen posible o imposible. Debemos reconocer, entonces, que de acuerdo con esos espacios o lugares que habitamos hay luchas por la vida —desde la alimentación hasta la reproducción cultural— que son más duras, más urgentes, menos visibles.

Sostener esta idea no significa, sin embargo, concebir las existencias de las mujeres con quienes trabajamos desde la figura de la víctima; como pretender que estamos afuera de la precariedad; más bien, asumiendo una precariedad compartida, reconocemos que los regímenes de precariedad están desigualmente distribuidos. El orden civilizatorio que nos ofrece el capitalismo necesita de la producción de existencias dispensables y, en cada contexto, operan distintos regímenes que producen la forma específica bajo la cual una existencia se volverá dispensable, descartable, potencialmente exterminable.

declaraciones es un directo racismo, que no solo atribuye a la “cultura” la responsabilidad de la propia muerte, sino que también niega el literal abandono de parte del estado y los maltratos que familias y madres sufren en los hospitales. Cfr. Urbano, L. y Corvalan, E. (2020) y Unquillo, F. (2019).

En ese marco, nos aproximamos al fenómeno que más nos preocupa, y es que existen poblaciones que no son ni siquiera objeto de lo que los organismos internacionales llaman “desarrollo o empoderamiento”. Ese objetivo que supone la “ayuda” de aquellos mismos países que producen los efectos que dicen querer combatir: expulsión, desposesión, migración forzada, guerra y muerte. Somos conscientes de que en esta nueva faceta de acumulación originaria, al decir de Marx, crea sectores numerosos de la sociedad que ya no son siquiera útiles como mano de obra esclava. Hablamos de sujetos que ya no ingresan al proceso de explotación capitalista. Inservibles para un sistema que encuentra sus límites para colocar mercancías y ya no insiste en su política de mantener con vida a la fuerza de trabajo extenuada. Lo vemos en las comunidades wichi, lo vemos en los sectores generacionalmente desempleados, abandonados a su suerte.

Los y las inservibles, personas que se tornan desechables y a las que hemos referido como escenas actuales en sus particulares combinaciones de jerarquías de género/color/clase, articulados bajo dinámicas solapadas que distribuyen desigualmente los beneficios de la certeza de reproducción de la vida. Por esto, la desnutrición estructural como problema que afecta a nuestra trama social no responde a un acontecimiento o emergencia circunstancial, sino a una configuración histórico-estructural que se corresponde con disposiciones espaciales: habitar tal o cual barrio supone la certeza o la incertidumbre de “ganar el pan del día”; habitar tal o cual territorio supone la tranquilidad de un espacio vital o la angustia de no saber si al día siguiente será tierra arrasada. Las historias de mujeres cuyos cuerpos deben soportar de modo particular esa compleja trama de desiguales distribuciones, nos ofrecen la fotografía de un país fracturado por estos clivajes y que, en los últimos años de gobierno neoliberal, se convirtió en imagen descarnada de vidas desechables.

Escenas de precariedad, cuerpos que soportan, vidas expuestas al permanente riesgo y al exterminio... ¿Qué hacer? Esta pregunta encierra el desconcierto al que nos exponen las formas ideológicas más efectivas del capitalismo; pero también puede encerrar el esfuerzo por buscar alternativas a este realismo capitalista del que todos somos parte. Si, tal como supo apuntar Fisher (2017) recordando la frase

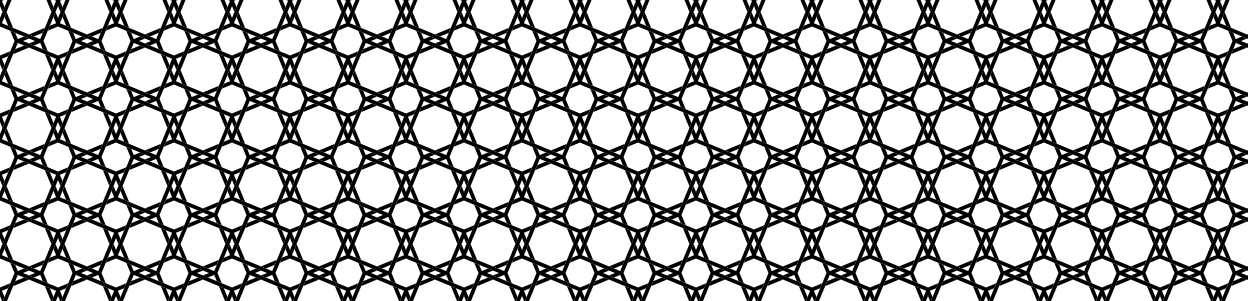
atribuida tanto a Jameson como a Žižek: “es más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo”. El realismo capitalista supone la creencia de que el capitalismo es el único sistema económico viable y que es imposible imaginar una alternativa, nos queda transitar ese “qué hacer” como ejercicio urgente de imaginación de alternativas.

Precisamos insistir en preguntas, abrir territorios de imaginación *con y desde* cuerpos que no importan al sistema, pero sí a nosotras, incorporar como gesto constante de los feminismos desafiar el realismo capitalista, que se indague en métodos sin garantías en varios órdenes: en la forma de preguntar, de trabajar, de investigar, de escuchar, de debatir e intercambiar ideas, de acompañar, de (auto)reflexionar, de organizar potencias colectivas, de intentar vidas que no consistan en sobrevivir.

Bibliografía

- AHMED (2019). *La promesa de la felicidad. Una crítica cultural al imperativo de la alegría*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Agencia Télam (2019). El Gobierno cree que hay que abordar el tema del hambre con perspectiva de género. Lunes 16 de diciembre. Disponible en <https://www.lavoz.com.ar/politica/gobierno-cree-que-hay-que-abordar-tema-del-hambre-con-perspectiva-de-genero>
- AGUIRRE, P. (2004). Ricos flacos y gordos pobres. la alimentación en crisis. En: *Claves para Todos*. Buenos Aires: Editorial Capital Intelectual.
- D’ALESSANDRO, M. (2016). Trabajo doméstico no remunerado: pilar de la desigualdad de género. En blog *Economía feminista*. 25 de octubre. Disponible en <https://economiafeminista.com/trabajo-domestico-no-remunerado-pilar-de-la-desigualdad-de-genero/>
- Canal Abierto (2020). Morir de hambre. Disponible en https://canalabierto.com.ar/2020/02/03/morir-de-hambre/?fbclid=IwAR16yILb_oOixMu8Ffo4UqLjurbX7CszLj7rgQhwbG98g2nroeRufnzGonQ
- CAPARRÓS, M. (2018). *El hambre*. Buenos Aires: Booket.
- FAO (2018). El hambre en el mundo sigue aumentando, advierte un nuevo informe de la ONU”. 11 de septiembre. Disponible en <http://www.fao.org/news/story/es/item/1152167/icode/>

- FAO (2016). Las mujeres son la clave para lograr un mundo sin hambre ni pobreza. 16 de diciembre. Disponible en <http://www.fao.org/news/story/es/item/461111/icode/>
- FISHER, M. (2017). *Realismo capitalista: ¿No hay alternativa?* Buenos Aires: Caja Negra.
- La Gaceta Salta (2019). Serán varias generaciones de petisos nutricionales. 26 de diciembre. Disponible en <https://www.lagacetasalta.com.ar/nota/130291/actualidad/seran-varias-generaciones-petisos-nutricionales.html>
- MALDONADO-TORRES, N. (2007). Sobre la colonialidad del ser: contribuciones al desarrollo de un concepto. En S. Castro Gómez y R. Grosfoguel (eds.), *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores, Universidad Central, Instituto de Estudios Sociales Contemporáneos, Pontificia Universidad Javeriana, Instituto Pensar.
- MCRUER, R. (2002). Capacidad corporal obligatoria y existencia discapacitada queer. En Sh. Snyder, B. Jo Brueggemann, y R. Garland-Thomson (eds.) *Disabling the Humanities*. Traducción: César Tisocco; edición de Alberto (Beto) Canseco. Córdoba: mimeo.
- MELO, S. (2020). El lento genocidio wichi: catástrofe humanitaria. En *Diario Online Enlace Mapuche Internacional*. 29 de enero. Disponible en <https://www.mapuche-nation.org/esp/el-lento-genocidio-wichi-catastrofe-humanitaria/?fbclid=IwAR0U-NHFcZMzd6-ffo4jephtGqRzAjwN41ggit1yMbiYCDPe73-yprg28oM>
- MORALES, C. (2018). *Escritura fácil. Ni amo, ni dios, ni marido, ni partido, ni de fútbol*. Barcelona: Anagrama.
- SORIA, S. (2015). Sujeto y alteridad. Problemas y desplazamientos desde una perspectiva decolonial. En *Sujeto. Una categoría en disputa*. Buenos Aires: La Cebra.
- UNQUILLO, F. (2019). Que coman iguanas: Urtubey culpó al pueblo wichi de la muerte de un niño por desnutrición. En *La Izquierda Diario*, 26 de noviembre. Disponible en: <http://www.laizquierdadiario.com/Que-coman-iguanas-Urtubey-culpo-al-pueblo-wichi-de-la-muerte-de-un-nino-por-desnutricion>
- URBANO, L. (2020). Una investigación revela la malnutrición de las madres wichi. En *Página 12*. 15 de enero. Disponible en: <https://www.pagina12.com.ar/241859-una-investigacion-revela-la-malnutricion-de-las-madres-wichi>



Juventudes y necropoder. Géneros según marcas raciales

RAFAEL CARRERAS, SANTIAGO REBOLLO, NAHIR ABRAHAM, CAREN CURETTI,
MARÍA VICTORIA OCHOA VALOR, ANTONELLA SCOLES, JULIO MURO,
VICTORIA VOLANDO, BELÉN ARDILES

Introducción

En los últimos años en Argentina, el neoliberalismo se basó en reformas que pusieron énfasis en el control punitivista produciendo más muertes, persecución y hostigamiento. Esta fue una de las claves gubernamentales, además de una significativa quita de derechos ciudadanos y una pauperización de las condiciones de vida de gran parte de la sociedad.

En este contexto social hemos desarrollado nuestra investigación con jóvenes mujeres y varones entre 16 y 21 años, de barrios periféricos de la ciudad de Córdoba que atraviesan una profunda desigualdad social. El objetivo fue analizar y comprender las significaciones ligadas a las experiencias de la cotidianeidad que los y las jóvenes construyen sobre la vida y la muerte (real y/o simbólica). Si bien hace varios años venimos trabajando en pos de este objetivo, en esta última etapa fue a partir del uso método biográfico. Dicha propuesta nos permitió ahondar en aspectos críticos de las y los jóvenes entrevistados, inscribiendo cada relato en el contexto para producir conocimiento situado.

En este sentido, podemos anticipar que las concepciones de vida y muerte operan subjetivamente como fuerzas en tensión permanente, en constante cambio y ubicadas en la inestabilidad de las experiencias juveniles. Su comprensión es posible si incluimos la historia del sujeto, el contexto social en la cual se inscribe su experiencia, la posición de clase, su sistema de creencias, el género, la generación, su edad, entre otras. Los relatos biográficos, como estrategia metodológica, nos han permitido la captura de ciertas liminalidades de la subjetividad que pone en evidencia las violencias estructurales y cotidianas de la que jóvenes son víctimas, pero, también, los recursos y soportes que los y las jóvenes construyen y disponen para hacer frente a la precariedad del mundo que se les presenta. El método biográfico se complementa con un sinnúmero de registros de campo que las y los investigadores disponemos producto de nuestro trabajo con jóvenes en distintos barrios de la ciudad de Córdoba, Argentina.

En el presente artículo hemos procurado, por un lado, dar cuenta de las discusiones y hallazgos de estos años de trabajo. Por otro lado, el objetivo también es construir conocimiento que permita diseñar estrategias de abordaje específicas en el campo psicosocial en géneros juveniles, abonando a la integralidad tendientes a mejorar la salud comunitaria.

Apertura

Consideramos relevante tomar la idea de “hacer morir” (Louis-Vincent Thomas, 2015) según la cual se identifica un tipo de genocidio que persigue la destrucción física del enemigo a partir de procedimientos-invisibilidades en un sistema capitalista (Butler, J., 2002). Mbembe (2006) refiere a su teoría sobre la necropolítica, ligado a los estudios poscoloniales, y define la soberanía como el poder de dar vida o muerte del que dispone un sistema de gobernanza hacia su pueblo (la negación de derechos como la tierra, la salud, la educación y el trabajo constituyen una estructura que facilita la posibilidad de muerte real y simbólica).

En articulación con este marco referencial, se sostiene la siguiente hipótesis: en las adscripciones de género ligadas a la masculinidad

hegemónica, se incrementan las significaciones subjetivas vinculadas a la muerte. Estas significaciones serían diferenciales según adscripción de género, y es allí donde podríamos reconocer las operaciones del necropoder, así como del sistema de pluridominio capitalista, patriarcal, adultocéntrico, colonial.

El género no es una propiedad de los cuerpos o algo originalmente existente en los seres humanos, sino el conjunto de efectos producidos en los cuerpos, los comportamientos y las relaciones sociales, en palabras de Foucault, por el despliegue de una tecnología política compleja. (De Lauretis, 1989: 6).

Esta afirmación implica pensar en la tecnología política actual, la necropolítica, y el conjunto de efectos diferenciales producidos en los cuerpos, las significaciones y las relaciones sociales de jóvenes de territorios de desigualdad social, precarización y securitización. Así, la subjetividad se construye en experiencias de relaciones de género, de clase, de raza, entre otras. Estas relaciones se producen en condiciones de organización social, simbólica y material que tienen la impronta de la necropolítica y sus tecnologías de destrucción y segregación de cuerpos y modos de gestión de vida.

En las significaciones de vida y muerte no solo se alojarían experiencias en las que se construyen subjetividades genéricas, sino también permitirían elucidar el reparto y la organización diferencial de la muerte por parte de la necropolítica. Nos aproximaremos en lo que sigue a dos tópicos contextuales que participan en las significaciones (manifiestas/expresadas/relevadas en el trabajo de campo) de las y los jóvenes en sus contextos situados.

- **La racionalidad neoliberal.** La investigación se sitúa justo en la intersección de dos modelos de Estado. Las políticas/medidas implementadas por el gobierno saliente (diciembre de 2015 a diciembre de 2019) trajeron aparejado un achicamiento del Estado, pérdida del poder adquisitivo, desocupación, ajuste e inflación, entre otros cambios.

La dinámica del poder desplegada por la racionalidad neoliberal ya no se presenta como un programa ideológico determinado —aunque en algunos

casos lo hace— sino como un arsenal de mecanismos ‘microfísicos’ que se localizan en los intersticios de las instituciones pero que dirigen nuestra percepción y nuestras prácticas incluso más cotidianas. La penetración de las reglas de la competencia, la conducción de la propia vida como si se tratara de una empresa, la desregulación del deseo y la reproducción, la aceleración del tiempo y su extrema mercantilización son trazos de esta racionalidad, que paradójicamente ha hecho de aquella pretensión teórica de un orden espontáneo y abierto, un orden hegemónico de gestión del cuerpo, la vida, el espacio y el tiempo (Ciuffolini María A., 2017: 97).

Los sectores sociales más perjudicados fueron aquellos que viven en condiciones de pobreza. El gobierno de Macri (período 2015-2019) tuvo como principal eslogan de campaña “Pobreza cero”. En este momento, al finalizar su mandato, nos encontramos según el INDEC¹ con el 25,4% de hogares bajo la línea de pobreza lo que corresponde a un 35,4% de personas. Dentro de este conjunto se distingue 5,5% de hogares indigentes que corresponde a un 7,7% de personas. Estos indicadores son los más elevados de los cuatro años de macrismo. Identificamos también un marcado desmantelamiento de las políticas sociales con énfasis en aquellas destinadas a las juventudes. Podemos mencionar entre estos el programa de terminalidad educativa (FinEs), los centros de actividades juveniles que se desarrollaban en escuelas públicas (CAJ) y políticas para el fortalecimiento educativo orientado a los sectores populares como el Conectar Igualdad.

- **Implicancias del policiamiento en la vida de los jóvenes.** En los diversos campos en que se inscribe esta investigación, notamos que los puestos policiales custodian detenidamente el ingreso al barrio y regulan el tránsito hacia el centro o los centros periféricos. Este cuadro de situación, paradójicamente, implica una “conflictividad segura” (Ardiles, 2015) y un ejercicio de poder sobre los cuerpos a distancia (Lazzaratto, 2006), que posee un

¹ Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC) (2019). Informes Técnicos / vol. 3 n° 182. Condiciones de vida vol. 3, núm. 13. Incidencia de la pobreza y la indigencia en 31 aglomerados urbanos. https://www.indec.gob.ar/uploads/informesdeprensa/eph_pobreza_01_19422F5FC20A.pdf.

respaldo jurídico normativo llamado Código de Convivencia de la Provincia de Córdoba, cuya instrumentación ha permitido en muchas ocasiones un exacerbado control policial que deriva repetidamente en abuso, arbitrariedades policiales (Carreras y Cuello, 2009) y muertes de jóvenes. Es necesario destacar, entonces, que las muertes producidas por las fuerzas de seguridad resultan en datos alarmantes por la cantidad, las modalidades y la focalización en determinados sectores sociales: jóvenes, varones, pobres. Este es un dato que se viene denunciando y poniendo de manifiesto por organizaciones sociales, políticas y de familiares en diversos sectores, dando cuenta de un incremento con el pasar de los años, reforzando la hipótesis de un Estado que privilegia la violencia estatal y la muerte a través de sus prácticas “legítimas”.

En esta línea, el gobierno a nivel nacional buscó generar reformas promulgadas por los entes internacionales (con quienes se tomó deuda), impulsando diferentes reformas, estableciendo resoluciones y decretos en materia de seguridad, legitimando prácticas autoritarias y violentas. A partir de la Resolución 956/2018 se habilitó el uso del arma reglamentaria de las fuerzas de seguridad en cualquier circunstancia, se incorporó también a fuerzas especiales el uso de armas taser. Por otra parte, la Resolución 598/2019 implementó un “servicio cívico voluntario en valores” a cargo de Gendarmería Nacional, para adoctrinar y militarizar a las juventudes que adscribían a este programa, teniendo una importante repercusión en jóvenes desocupados y/o en situación de pobreza. Por último, destacamos la creación de “Comandos Unificados” para la intervención conjunta de fuerzas federales y provinciales. A la vez que el DNU 70/2017 habilitó la deportación exprés de migrantes.

Estas medidas asumidas por el gobierno, manifiestan la relación entre el ajuste económico que llevó al empobrecimiento poblacional y la utilización de las fuerzas de seguridad como forma por excelencia de regulación del conflicto social. El resultado fue el de un Estado fuertemente militarizado que produjo más cercenamiento de los derechos sociales garantizando impunidad sobre todo en los casos letales.

Algunas discusiones en torno al objeto de estudio

Las significaciones juveniles sobre la vida y la muerte, se configuran como campos sumamente imbricados cuyos bordes muestran que el contenido de las experiencias significadas se definirían a partir de ciertas oposiciones (vida-libertad, muerte-encierro), solapamientos (vida-encierro, muerte-libertad) y complementariedades (encierro-libertad-encierro-libertad) en función de los modos singulares en que las y los jóvenes significan sus prácticas cotidianas y su historia. No obstante, es interesante poner énfasis en cómo los trayectos biográficos juveniles se alejan o se distancias según el género asumido. En este sentido, creemos que la diferencia es un punto imprescindible en el análisis y las posibles intervenciones y tiene sentido centrarse en estas distinciones e implicancias sexo-genéricas.

Además de esto, la práctica investigativa que desarrollamos en los últimos años da cuenta de un contexto social, político y cultural propicio para que esas muertes se incrementen, se justifiquen y se expliquen como “necesarias” desde el discurso social hegemónico.

La expresión última de la soberanía reside ampliamente en el poder y la capacidad de decidir quién puede vivir y quién debe morir. Hacer morir o dejar vivir constituye, por tanto, los límites de la soberanía, sus principales atributos. La soberanía consiste en ejercer un control sobre la mortalidad y definir la vida como el despliegue y la manifestación del poder (Mbembe, 2011: 20).

Esta perspectiva macroestructural que pesa sobre los cuerpos juveniles es necesaria articularla con otras dimensiones subjetivas que fueron apareciendo en el trabajo de campo. En este sentido, identificamos que:

- I) La familiaridad con la muerte (como experiencia real) es transversal y común a las diversas adscripciones genéricas, sin embargo, a nivel simbólico las significaciones más mortíferas emergen cuando más se aproximan al patrón masculino tradicional/hegemónico.
- II) Los modos en que los jóvenes configuran sus géneros en la vida cotidiana están atravesados por la posición de clase, el lugar ocupado en la estructura social y las características de esa subalter-

nidad. Los marcadores raciales (y de vulneración) se acumulan/ colapsan en las jóvenes de sectores pobres. Esto también queda reflejado cuando miramos la tasa de muertes en mujeres jóvenes y agresiones vinculadas a las violencias machistas.

- III) El consumo de drogas también los jóvenes lo vinculan a situaciones de muerte, pero de modo diferencial en función de la adscripción genérica.
- IV) Judicialización de la subjetividad; hacemos referencia a las detenciones arbitrarias hacia muchos jóvenes, pero también de la internalización subjetiva de la dimensión jurídica punitiva que sujeta a los jóvenes en relaciones permanentes de deudas con la justicia, así muchos jóvenes mensualmente deben dar cuenta de su paradero en comisarías y lugares de detención. Esto configura un mundo interno mediado por la justicia y los órganos de control social estatal. La relación con las fuerzas de seguridad se inscribe en los pliegues subjetivos limitando y acechando la vida cotidiana, en donde el hostigamiento, el menosprecio y la humillación constituyen prácticas repetidas hacia jóvenes varones devaluando su condición de ciudadano. Ahora bien, las modalidades de control social muestran prácticas de violentación sumamente diferenciales, brutales y sutiles respecto al género.

La perspectiva macroestructural descripta que atraviesa con las subjetividades juveniles constituye un espacio que incipientemente hemos denominado campo de muerte, y que busca fijar coordenadas en los imaginarios juveniles que hemos indagado.

Por otra parte, los significados en torno a la vida configuran un campo mucho más saludable, y lo que emerge de los distintos relatos juveniles está asociado a la capacidad de decidir de las y los jóvenes sobre la construcción de su propio destino. Es decir, las valoraciones de las posibilidades de los jóvenes de decidir sobre sí y su entorno próximo son positivas y se dan en un entramado emocional que emerge como propositivo. También distinguimos las estrategias de afrontamiento que jóvenes ponen en juego para enfrentar la adversidad y, en ese sentido, emergen prácticas de asociatividad con sus pares y gestiones colectivas de agrupamiento en torno a

demandas individuales y comunitarias. Por último, el ejercicio de derechos, como la educación y el trabajo, permiten la relación de los jóvenes con el medio social, y le imprimen un carácter en el cual pueden proyectarse en el tiempo, aun cuando al derecho lo ejercen de formas interrumpidas.

[...] realmente me estaba haciendo mal no ir a la escuela... y decidí de no, no faltar. [...] me hacía falta salir de mi casa [...] había problemas en mi casa [...] me hacía olvidarme un poco de las cosas. Igual que las juntadas de mis compañeros (Laura, 20 años).

[...] algo lindo es que estoy terminando el colegio, eso fue mi orgullo (Andrea, 21 años).

Para muchos jóvenes, la escuela constituye un ejercicio concreto de ciudadanía y opera como un soporte socio-emocional clave, que les permite mirarse como sujeto y tener mayor manejo del entorno simbólico en el que se mueven.

He aprendido bastante en la escuela, a valorarme a mí misma, ocuparme de mí misma, todo. Como salir un poco más yo de... los fines de semana nos juntamos con mis compañeros y desaparezco de mi casa [...] antes era como que me daba miedo todo el tiempo, ahora me siento más segura (Camila, 19 años).

En general, estos repertorios de significación positiva colaboran a la hora de pensarse como sujetos vivos-activos y le permite consolidar una imagen de sí mucho más propositiva y activa.

En síntesis, estos campos de vida y de muerte en constante tensión articulan, condensan y complementan diversas demandas/problemáticas psicosociales tales como las violencias, los consumos, las vulneraciones de derechos por parte de diferentes instituciones estatales. Sin embargo, son en esas instituciones donde el reconocimiento social y el ejercicio de ciudadanía adquieren su máxima visibilidad y expresión.

Ahora bien, como equipo de investigación fuimos advirtiendo que las distintas dimensiones de análisis evidenciaban algo en común:

la condición de desigualdad en la que se encuentran las mujeres² genera un serie de restricciones a sus derechos elementales y a su modo de vivir la ciudadanía que ineludiblemente construyen procesos de subjetivación que reproducen y perpetúan estas violencias, fragilizando aún más sus situaciones de vida y produciendo procesos donde es difícil vislumbrar lo saludable. Es decir, la feminización de la pobreza se erige como el escenario principal en donde lo mortífero se hace experiencia vivida y cotidiana.

Despliegues juveniles en el sistema-mundo occidental

En este apartado nos interesa poner énfasis en las formas letales que las y los jóvenes sufren por su condición de género, clase y etnia. Graficaremos cómo se materializa la opresión racial en las vidas juveniles descriptas en párrafos anteriores.

En este sentido, el proyecto civilizatorio moderno ha definido un conjunto de instituciones y espacios donde las y los jóvenes transitan permanentemente. En estos tránsitos (diferenciados) encontramos puntos en común que hemos trabajado cada relato biográfico. Las biografías de mujeres jóvenes parecen institucionalizar cada vez más el repliegue hacia las tareas domésticas y de cuidados. Muchas de las jóvenes entrevistadas pasan años cuidando adultos mayores, hermanos pequeños, personas enfermas.

Yo estaba todo el día con ella, yo la ayudaba a bañar, a cambiar, le llevaba la comida. Tenía 13, 14 años (Luciana, 18 años).

La realización de las tareas de cuidados asignadas, por lo general toman una centralidad tal que la escolaridad se ve interrumpida, las actividades relacionadas a intereses personales quedan en un segundo plano, en otras palabras, se relega la participación

² Hablamos de mujeres porque aún no hemos hecho relatos biográficos con personas que se autoperciban como identidades disidentes a la heteronorma.

de las jóvenes en el mundo social. Dicha actividad, a pesar de ser necesaria para la reproducción social de la vida, carece de reconocimiento social y las representaciones sociales hegemónicas sobre los géneros, hacen que muchas de las jóvenes asuman estas tareas como algo natural.

Yo terminé en el 2010, la primaria. En el 2011 yo no fui al colegio porque mi mamá no tenía tiempo para anotarme [...] a parte estaban mi hermanas que eran chiquitas todavía. Y yo en ese año, todo ese año me la pase cuidando a mis hermanas, haciendo de comer, limpiando, llevándolas al colegio (María, 21 años).

Ser joven, mujer, de barrios periféricos o en situación de desigualdad social intensifica las tareas domésticas, es sobre ellas que recaen las actividades de cuidado, a la vez que se invisibilizan sus derechos sociales.

La actividad de reproducción social no asalariada es necesaria para la existencia del trabajo asalariado, para la acumulación de plusvalor y para el funcionamiento del capitalismo como tal. Ninguna de estas cosas podría existir en ausencia del trabajo doméstico, la crianza de niños, la enseñanza, los cuidados afectivos y toda una serie de actividades que sirven para producir nuevas generaciones de trabajadores y reponer las existentes, así como para mantener los vínculos sociales y las mentalidades compartidas. La reproducción social es una condición de fondo indispensable para la posibilidad de la producción económica en una sociedad capitalista (Fraser, N., 2016: 5).

El relegamiento a las tareas domésticas y de cuidados de las mujeres jóvenes de barrios periféricos, es un aspecto dentro del amplio espectro de violencias que las afectan. Por ejemplo, en cuanto a lo laboral, la desocupación es un problema mayor en mujeres de 14 a 29 años, en donde la tasa asciende a 22,6%, mientras que en los varones de la misma edad es de 17,9%. Dentro del entramado de estas violencias de género, es necesario hacer énfasis en lo más álgido que es provocar la muerte, es decir, el femicidio.

El concepto de femicidio es utilizado para dar cuenta de que las relaciones inequitativas entre los géneros determinan socialmente estas muertes; resulta

útil porque indica el carácter social y generalizado de esta violencia y permite alejarse de planteamientos individualizantes, naturalizados —generalmente en clave romántica— o patologizados que tienden a culpar a las víctimas, a representar a los agresores como “locos”, o a considerar estas muertes como el resultado de “problemas pasionales” (Fernández, A. 2012: 2).

Según la publicación “Ahora que sí nos ven” del Observatorio de las violencias de género (2019), de enero a noviembre del 2019 hubo 290 femicidios en Argentina. El 23% fueron cometidos contra mujeres jóvenes de entre 15 a 25 años, de las cuales el 70% fue cometido por sus parejas o exparejas, el 50% fue en la vivienda de la víctima y el 36% en la vía pública. Resulta necesario remarcar que muchas de las jóvenes entrevistadas han tenido episodios de violencia con sus parejas actuales y/o anteriores por distintos motivos, pero siempre iniciados por los varones.

Me celaba mucho con mis tíos (...) una vuelta, estábamos los dos en la pieza y yo estaba en el Facebook. El chico me agarró y me dice “A ver mostrame”, le digo “Es mi tío”. Empezó “Ah ¿siempre te manda mensajes cuando estás conmigo o qué? ¿Sos la mujer de él, che puta, o sos mi mujer?” Y entonces agarré y me largué a llorar, me quise ir... y el chico me agarro y me dice “No, quedate”. Lo agarré y le solté la mano y me fui con mi tío a ver que me quería decir. Y cuando volví me pegó un cachetazo, diciendo que mi tío no era nadie para estar siempre en mi casa metido (Luciana, 18 años).

Entendemos que el fenómeno del feminicidio de mujeres jóvenes puede leerse como la contracara de la muerte de jóvenes varones en manos del aparato de “seguridad” estatal. En el caso de los varones, suele suceder en instancias públicas, mientras que en las mujeres se dan comúnmente en lo privado. Sin embargo, todas constituyen muertes producidas de alguna u otra forma por la vigencia, (producción y reproducción) de las matrices patriarcales, adultocráticas y racistas, implicadas en los regímenes de gobernanza que se gestionan desde el aparato estatal. Por intervención de las fuerzas de seguridad o por omisión de los sistemas de protección ciudadana.

En este sentido, es necesario mirar las muertes de los jóvenes varones. Para esto nos valemos de las cifras difundidas por la Coordinado-

ra contra la Represión Policial e Institucional (en adelante, CORREPI) que elabora informes anualmente. Durante los últimos cuatro años correspondiente a la gestión del gobierno de Macri, según CORREPI se produjeron un total de 1.833 personas asesinadas por el aparato represivo estatal en 1.435 días de gobierno (entre el 10 de diciembre de 2015 y el 15 de noviembre de 2019), es decir, una muerte cada 19 horas. El 48,14% de las mismas corresponden a personas detenidas y 37,49 % a fusilamientos de gatillo fácil. El 43% de las personas tenían 25 años o menos. Estos datos confirman que estas políticas tienen una direccionalidad de clase, edad, incluso de género, ya que mayormente están dirigidas a jóvenes varones. Entendemos que existe una intersección de categorías sociales a las que se les atribuyen ciertos valores que determinan lugares de superioridad/inferioridad sobre la línea de lo humano que promueven y crean jerarquías sociales (Grosfoguel, 2011) y que se materializan en relaciones de dominación, las cuales quedan expresadas en las estadísticas diferentes según este entrecruzamiento.

Palabras finales

A modo de cierre identificamos que las y los jóvenes reconocen de modo más claro aquellas prácticas vinculadas a la muerte, el hostigamiento y la vulneración de derechos sociales. Estas son cuantiosas y de variadas formas interseccionales (según género, edad, sector, entre otras). En Argentina, el fenómeno debe ser analizado en su singularidad y situadamente.

La labor investigativa nos permitió hacer algunos cruces interesantes entre estas prácticas ligadas a la muerte que tienen correlato con las gestiones de los gobiernos. Mientras que los jóvenes varones se insertan a trabajos altamente precarizados, las mujeres que logran entrar al mercado informal (un porcentaje bajo) son víctimas de humillación y acoso sexual (en nuestro trabajo de campo esto fue una constante). Mientras los jóvenes son detenidos, devaluados y estigmatizados por las fuerzas de seguridad, las jóvenes mujeres viven permanentemente situaciones de violencia física, psicológica con fuerte impronta persecutoria de parte de otros varones familiares

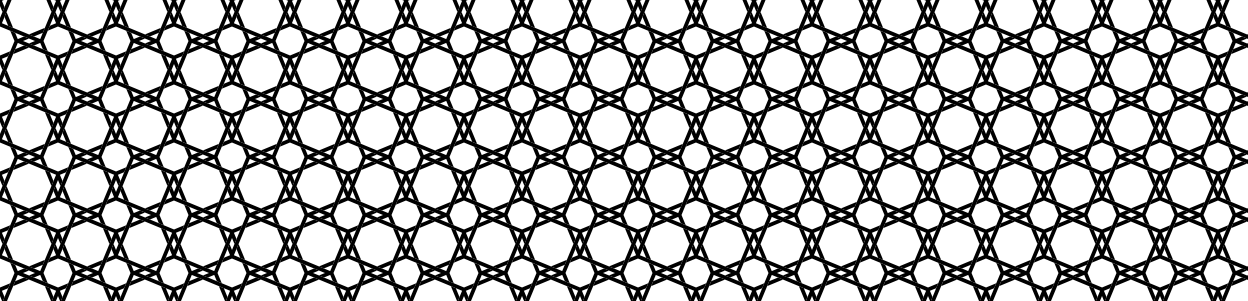
que pueden ser novios, parejas o progenitores. Por último, mientras los jóvenes varones son fusilados por las fuerzas de seguridad, con dificultades de acceder a la justicia, miles de mujeres son víctimas de feminicidio, en muchos casos, torturadas y abusadas sexualmente previo a su muerte.

Con esto, nos interesa poner énfasis en que las muertes juveniles se gestan diferencialmente respecto a la adscripción de género, y que los gobiernos neoliberales y su matriz capitalista/moderno colonial disponen de tecnologías diferenciales para en el uso letal de su fuerza. Sin embargo, resulta relevante diferenciar que para un grupo se hace uso de la matriz patriarcal (oprimiendo a mujeres y sexualidades disidentes) y, en el otro caso, se hace uso de la matriz de autoridad moderno/colonial del poder que articula con una racionalidad del capitalismo más punitiva. Este necropoder que se despliega sobre las subjetividades juveniles, se enlaza fuertemente con una selectividad racial propia del sistema jurídico normativo de los países occidentalizados, y en este sentido, el acceso a la justicia parece ser un imposible.

Bibliografía

- ARDILES, B., Castro, J., Rebollo, S. (2015). "Conflictividad segura". IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales.
- BUTLER, J. (2002). *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del «sexo»*. Buenos Aires: Paidós.
- CIUFFOLINI, M. A. (2017). La dinámica del neoliberalismo y sus desplazamientos. Para una crítica inmanente en orden a su superación. Revista *STUDIA POLITICÆ*, núm. 40, 2017. Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, de la Universidad Católica de Córdoba, Córdoba, República Argentina.
- FERNÁNDEZ, A. M. (2012). Femicidios: La ferocidad del patriarcado. Revista *NOMADÍAS*, noviembre 2012, núm. 16, 47-73.
- FRASER, N. (2016). Las contradicciones del capital y los cuidados. En *New Left Review* 100, septiembre-octubre.
- CARRERAS, R., y Cuello, L. (2009). "Estrategias de afrontamiento para el desarrollo del pleno ejercicio de Derechos de Ciudadanía. Aportes desde

- la psicología comunitaria”. Foro de Extensión de la Universidad Nacional de Córdoba.
- CORREPI (Coordinadora Contra la Represión Policial e Institucional). (2019). Informe de la situación represiva nacional. “Recopilación de casos de personas asesinadas por el aparato represivo del estado 1983/2019.” Disponible en <http://www.correpi.org/2019/archivo-2019-cambiemos-nos-deja-una-muerte-cada-19-horas/#3>.
- DEIS (2017). Natalidad y mortalidad 2017. *Síntesis estadística* núm. 5. Disponible en <http://www.deis.msal.gov.ar/wp-content/uploads/2019/04/Sintesis-nro-5-natalidad-y-mortalidad-2017.pdf>
- DE LAURETIS, T. (1989). La tecnología del género. En *Diferencias. Etapas de un camino a través del feminismo*. Madrid: Horas.
- GROSGOUEL, R. (2011). *La descolonización del conocimiento: diálogo crítico entre la visión descolonial de Frantz Fanon y la sociología descolonial de Boaventura de Sousa Santos*. Universidad de Berkeley, Estados Unidos: Departamento de Estudios Étnicos.
- INDEC (2019). Informes técnicos / vol. 3, núm. 182. Condiciones de vida, vol. 3, núm. 13. *Incidencia de la pobreza y la indigencia en 31 aglomerados urbanos*. Disponible en https://www.indec.gob.ar/uploads/informesdeprensa/eph_pobreza_01_19422F5FC20A.pdf.
- LAZZARATO, M. (2006). *Políticas del acontecimiento*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- MBEMBE, A. (2006). *Necropolítica*. España: Melusina.
- Observatorio de las violencias de género. *Ahora que sí nos ven*. Registro nacional de femicidios 2019.
- THOMAS, L. (2015). *La antropología de la muerte*. México: Fondo de Cultura Económica.



Experiencias juveniles y relato biográfico: vivencias entre el reconocimiento social y la vulneración de derechos

RAFAEL CARRERAS, HORACIO LUIS PAULÍN, GUIDO GARCÍA BASTÁN, FLORENCIA
D'ALOISIO, VALENTINA ARCE CASTELLO, MARÍA FLORENCIA CAPARELLI, SOFÍA SICOT,
AYELÉN ZURBRIGGEN, JULIETA CASTRO, JULIETA ARANCIO, LUCÍA ANGÉLICA ARIAS

Introducción

En este artículo se presentan resultados de una investigación orientada a indagar los sentidos y las acciones que se juegan en las prácticas relacionales juveniles para la procuración del respeto social y personal en contextos educativos y barriales de sectores populares. Tiene como objetivo general comprender el interjuego entre las lógicas de reconocimientos desplegadas en dichos escenarios; teniendo en cuenta cómo se configuran valoraciones y jerarquías sociales y subjetivas en estos ámbitos cotidianos significativos para los jóvenes. Entendemos que la lucha por el reconocimiento ancla en relaciones cotidianas donde se escenifican condiciones y situaciones de conflictividad en las cuales los sujetos pugnan porque sean reconocidos sus aspiraciones, necesi-

dades y derechos como algo irrenunciable y relevante para quienes las pretenden. Posicionados en un paradigma interpretativo-cualitativo, adoptamos un enfoque biográfico para la construcción de relatos de vida con una muestra de 19 jóvenes procedentes de sectores populares de la ciudad de Córdoba capital, con edades de entre 16 y 24 años.

El análisis del *corpus* empírico permite caracterizar las experiencias escolares, familiares, laborales y barriales de estos jóvenes, simultáneamente, a partir de condicionamientos estructurales y psico-sociales que pesan sobre sus trayectorias vitales. Se observa que estos itinerarios no solo carecen de anclajes sólidos en las esferas institucionales mencionadas, más aun, un conjunto de narrativas meritocráticas y adultocéntricas —propias de su universo cultural de referencia— parecen cargarlos de responsabilidad por sus devenires biográficos, eclipsando en los modos de relatar sus vidas los escasos márgenes de agenciamiento con los que parecen contar.

En la discusión señalamos que en esta complejidad los jóvenes construyen estrategias discursivas y de justificación moral a través de las que consiguen articular la construcción de reconocimiento social y singular.

Aproximación al objeto de análisis

Desde hace poco más de una década, los jóvenes en Latinoamérica son uno de los principales temas de agenda para las ciencias sociales. Si bien en nuestro país la década del 80 vio aparecer los primeros informes de situación sobre nuestras juventudes, la reflexión sistemática referida a los problemas que afectan a esta franja poblacional es aún relativamente reciente. Entendemos que la atención que los jóvenes reciben en distintas latitudes habla de un contexto en el que, a muchos de ellos, su condición de tales los expone a situaciones de estigmatización y vulneración de derechos.

Ante un panorama social de estas características, la recuperación de las perspectivas juveniles constituye —al menos para nosotros— una apuesta política y científica. Consideramos que los mundos juveniles son ciertamente complejos y que el desarrollo de investigaciones en el ámbito nacional y provincial favorece la construcción de miradas

locales, situadas en la realidad de nuestros jóvenes. Cuestión de la que con frecuencia adolecen las políticas estatales cuando hacen foco en esta categoría de actores sociales.

En esta comunicación desarrollamos los principales resultados del proyecto de investigación “Jóvenes de sectores populares y búsquedas de reconocimiento en ámbitos educativos y escenarios urbanos de la ciudad de Córdoba”,¹ en el que ampliamos nuestra observación hacia contextos urbanos y barriales, para comprender el interjuego entre lógicas de reconocimiento juvenil prevalecientes en distintos escenarios de interacción, teniendo en cuenta cómo se configuran valoraciones y jerarquías sociales y subjetivas en ámbitos de la vida cotidiana significativos para los jóvenes. La opción por la co-construcción de relatos de vida en el marco de un tipo particular de análisis biográfico nos permitió asumir el desafío de aproximarnos a la comprensión de sus experiencias de *reconocimiento y menosprecio*, sus proyecciones personales y familiares en un horizonte existencial a veces más sostenido por soportes afectivos, institucionales y comunitarios, y en otros casos fuertemente vulnerabilizados.

Nos propusimos describir las esferas de socialización y sociabilidad más relevantes que identifican los jóvenes en sus recorridos vitales, analizar las significaciones sobre sus experiencias en torno al respeto y reconocimiento de sí mismos y cuáles son las tensiones que se producen entre sus expectativas y demandas de reconocimiento y las condiciones de vida en las que transitan atravesados por sus redes de interdependencia familiares, grupales e institucionales.

Nos situamos desde un paradigma de investigación interpretativa-cualitativa (Vasilachis, 2007) ya que buscamos comprender y analizar las experiencias juveniles de reconocimiento personal y social y su perspectiva como actores situados en contextos urbanos de la ciudad de Córdoba que sufren fuertes procesos de desigualdad social. El trabajo de campo se realizó con una muestra intencional de 19 jóvenes de entre 16 y 23 años provenientes de diez barrios y en tres escuelas secundarias públicas de la periferia urbana de la ciudad

¹ Este proyecto fue dirigido por el Dr. Horacio Luis Paulín y subsidiado por la Secretaría de Ciencia y Técnica (SECYT) de la Universidad Nacional de Córdoba.

de Córdoba. Estos espacios se definieron a partir de los lazos previos de cooperación construidos con docentes de establecimientos educativos, vecinos y jóvenes en el trabajo de campo 2014-2015 y en actividades de trabajo extensionista del equipo de investigación.

Reúnen características similares en cuanto a escenarios urbanos con características de *fragmentación residencial* y *periferización urbana* (Valdés y Cargnelutti, 2014) que favorecen condiciones de vulneración social y económica de sus habitantes. Además, realizamos registros etnográficos del contexto institucional y/o comunitario de donde surge este conjunto de entrevistas. Utilizamos la técnica de *relatos de vida* del enfoque biográfico (Cornejo, Mendoza y Rojas, 2008; Leclerc-Olive, 2009; Di Leo y Camarotti, 2013) que permite acceder a la manera en que un sujeto significa su propia experiencia vital y cómo se articula esta con las condiciones histórico-sociales que la atraviesan.

Al surgir de la narrativa de experiencias a lo largo del tiempo, los relatos producen una intersección entre las biografías personales y los procesos socio-históricos (Di Leo, Camarotti, Güelman y Touris, 2013). La utilización de los relatos busca dar cuenta de la visión subjetiva de los jóvenes sobre sus recorridos biográficos, acciones y condicionamientos, buscando propiciar la reflexividad y construcción dialógica con ellos. La opción por arribar a relatos desde la selección de acontecimientos significativos que el sujeto reconoce se fundamenta teóricamente en la función temporalizante que los mismos adquieren al sancionar significativamente la vida a modo de un “calendario privado”, más que un calendario oficial, en el que se despliega su mis-midad como dimensión subjetiva (Leclerc, 2009: 32). Para el análisis de datos seguimos los procedimientos centrales de la tradición *Teoría Fundamentada* (Glaser y Strauss, 1967) en tanto estrategia de investigación cualitativa que permite la reconstrucción de significados y de situaciones de la cotidianeidad desde un interjuego entre los datos y las perspectivas teóricas de partida, favoreciendo la construcción de categorías analíticas emergentes referidas a los casos en estudio.

Además, hemos incursionado en la estrategia de análisis narrativo (Sparkes y Devís, 2007) para aproximarnos a los mecanismos retóricos y la forma en que nuestros informantes representan y contextualizan su experiencia (Gibbs, 2012).

La familia en las biografías juveniles

El análisis del material teórico y empírico que sirvió de base para la investigación, conjuntamente con el de los relatos biográficos, nos enfrenta a la necesidad de poner en tensión la teoría previa desde donde partimos y explicitar a qué nos referimos cuando hablamos de familia desde la perspectiva de los jóvenes. En ese sentido, si bien partimos de pensar a la familia una organización social con estructuras de poder y fuertes componentes ideológicos y afectivos que le dan base, contribuyendo a su persistencia y reproducción (Jelin, 1994; Rojas, 2000), creemos necesario a partir de esta revisión, realizar una distinción entre dos concepciones vinculadas a esta noción.

Por un lado, hablamos de familia en sentido amplio, en tanto *configuración familiar* (Elías, 1993), donde se incluyen todos aquellos miembros (parientes consanguíneos o no) que los jóvenes en sus relatos nombran como parte, y con los cuales mantienen vínculos de interdependencia, sean positivos o negativos. Por otro lado, hablamos de familia en términos de *familia asumida*, la cual se constituye a partir de un recorte de la configuración familiar y que incluye a aquellos miembros que son legitimados por las prácticas que llevan a cabo para con los entrevistados.

Pensamos a la *familia asumida* en términos de construcción, donde los adultos significativos que son nombrados como parte de ella, guardan una vinculación cercana a las jóvenes, en tanto asumen prácticas de cuidado, afectivas y económicas, y cuentan con una presencia (física y/o afectiva) sostenida en el tiempo.

Por otra parte, retomando la categoría de análisis “estar”, podemos apreciar que la misma se encuentra cargada de sentidos para los jóvenes, y estos nos aproximan a la significatividad que cobran en sus vidas aquellos miembros que “siempre estuvieron”, como así también aquellos que fueron “presencias ausentes”, “ausencias presentes” y los que “nunca estuvieron”. Estas categorías de análisis que construimos y en las que se desdobra el “estar”, se configuran a partir de un análisis que implicó indagar en *las lógicas de reconocimiento y menosprecio* (Honneth, 2011) que se ponen en juego dentro del ámbito familiar de los jóvenes. Y que son a su vez las que determinan la inclusión o la exclusión de los miembros que son nombrados en la familia asumida.

Cuando falleció mi vieja, la conocí a la Bianca. Yo antes de conocerla, choreaba ahí al frente, choreaba en cualquier lado, me drogaba. Y lo que hizo la Bianca fue rescatarme de todo eso, porque si no hubiera estado tirado en una zanja o en cana. Ella me hizo la compañía, me decía que íbamos a salir adelante, que yo tengo que dejar de hacer esas cosas, que íbamos a poder, que mi vieja me iba a estar cuidando. En ese momento, yo lo había agarrado como un chiste a eso, pero me di cuenta que me quería en serio, que me bancaba. Y, ahí, me supo sacar. Me dejé de drogar, no echaba moco. Y, así, pude salir adelante porque si no, no sé qué hubiera sido de mí. Yo mil veces se lo dije: “Yo gracias a vos, estoy acá, porque si no, no sé dónde estaría” (Eduardo, 22 años).

“Siempre estar” implicaría para los jóvenes prácticas que refieren a llevar un registro de sus actividades, necesidades y de sus sentimientos, compartir con ellos prácticas de la vida cotidiana e implican también prácticas de cuidado. Estas acciones determinan para ellos presencias que los respaldan, sostienen y apuntalan. Como contrapartida, quienes “no estuvieron” por una ausencia física y/o afectiva, en tanto prácticas de cuidado, no se responsabilizaron por su crianza, visitándolos en escasas oportunidades, careciendo de demostraciones de afecto para con ellos, incumpliendo promesas y no proveyéndoles el sustento económico necesario.

En ese sentido, las diversas formas en que las presencias o ausencias de prácticas de cuidado por parte de adultos significativos, y sus presencias o ausencias físicas, se vinculan entre sí, generando en los jóvenes sentimientos de reconocimiento o menosprecio. Estas formas de articulación entre prácticas de cuidado y presencias o ausencias físicas, corresponde con la clasificación que los entrevistados realizan respecto a aquellos adultos significativos que “siempre estuvieron”, “no estuvieron” o que se registraron como “presencias ausentes” o “ausencias presentes”.

De estas clasificaciones nos parece de importancia retomar algunos sentidos que cobran relevancia. Uno de ellos se vincula con los cánones culturales que aparecen en el discurso de los entrevistados delimitando las formas y funciones adecuadas al rol materno y paterno. En ese sentido, pudimos apreciar que las *buenas madres*, al decir de los jóvenes “siempre están”, cumpliendo su rol hegemónico

de proveedoras de cuidados. Esto se expresa muy arraigado en las narrativas, al punto que el corrimiento de una madre de su rol instituido culturalmente deriva en un reclamo moral explícito por parte de los entrevistados.

Las trayectorias escolares juveniles en clave biográfica

Tomaremos aquí la distinción que realiza Flavia Terigi (2014) entre *trayectorias escolares teóricas*, recorridos definidos por el sistema educativo que siguen una progresión lineal prevista en una periodización estándar, y *trayectorias escolares reales*, los recorridos que efectivamente ejecutan los sujetos, algunos de los cuales son coincidentes con las trayectorias teóricas, pero gran parte de niños y jóvenes, por un conjunto complejo de factores incidentes, “transitan su escolarización de modos heterogéneos, variables y contingentes” (2007: 4). En esa línea, la autora (2014 y 2007) propone superar lecturas de fracaso individual y pensar las problemáticas como repitencia, sobreedad, ausentismo y abandono en su íntima asociación con la persistencia de puntos críticos del sistema educativo.

Como factor principal de la deserción escolar en el contexto mexicano, Estrada Ruiz (2014) identificó a la “desafiliación institucional”, esto es, las dificultades que vivencian los jóvenes en adaptarse a las lógicas escolares y a las nuevas exigencias que implica el nivel secundario. Su análisis sugiere que no adquirieron las herramientas necesarias para ejercer el “oficio de estudiante” (Coulon, 1995) y ante ello no hubo una respuesta institucional que se tradujera en la generación de acciones o estrategias para paliar esta situación. La distancia entre la cultura familiar-barrial y la cultura escolar es otra dimensión central de la problemática de la inserción y permanencia escolar en el nivel secundario (Dubet y Martuccelli, 1998).

Falconi (2011) considera que los y las jóvenes de sectores populares se enfrentan cotidianamente a experiencias cercanas de exclusión, abandono u obstáculos, ya sean pasadas o contemporáneas. Esta situación les genera un dilema entre el tener que “superar” a sus familiares y amigos y el sentimiento que “*abandonar la escuela también me*

puede pasar a mí" (p. 34). Además, esta lejanía entre la cultura escolar y el entorno socio familiar genera mayores dificultades para sostener la escolaridad, ya que por lo general no poseen una figura de sostén para sortear las lógicas y exigencias propias del nivel secundario.

En suma, lo que comúnmente se denomina abandono o deserción escolar es un proceso *multidimensional* en el que las escuelas y los educadores son centrales en la permanencia o no de los y las jóvenes. En este sentido, optamos por pensar las trayectorias escolares en términos de afiliación/inclusión y de desafiación/exclusión a la escuela secundaria, poniendo el acento en la implicancia socio-institucional e intersubjetiva y no solo en el sujeto.

Observamos que las escolaridades de nivel primario se realizaron con cierta continuidad y permanencia, salvo casos de cambios de escuela por mudanzas familiares. En el nivel secundario identificamos tres grandes recorridos biográfico-escolares: *trayectorias similares a las teóricas*, escolarizaciones sin mayores dificultades (repitencias ni abandono temporal), *trayectorias interrumpidas*, en las que se observan períodos de dificultades para sostenerse afiliados a la institución escolar, pero con un posterior retorno a la escuela, y *trayectorias de desafiación total* del sistema educativo, sujetos que nunca ingresaron al nivel secundario o que están desafiados del mismo.

Esto nos lleva a interrogarnos por las *condiciones de protección y/o vulnerabilidad*² en que se desarrollan las biografías de los y las jóvenes, encontrando al menos cuatro dimensiones interrelacionadas que podrían incidir en la forma en que se configuran las trayectorias escolares: nivel de segregación del territorio barrial, características de la institución escolar, experiencias biográficas singulares y soportes de las experiencias escolares.

² En sus análisis de experiencias juveniles contemporáneas de individuación y reconocimiento, Di Leo y Camarotti (2015) retoman la perspectiva de Delor y Hubert (2000) sobre la vulnerabilidad que desplaza la mirada de las situaciones a los procesos y posibilita analizar empíricamente las vinculaciones entre lo individual y lo social a partir de tres niveles articulados en las biografías de los sujetos: a) trayectorias personales, b) vínculos e interacciones y c) contextos socio-institucionales.

A la profesora de Lengua le metí una trompada, también. Pero ella fue, porque yo estaba hinchándole los huevos a una compañera y vino la vieja y me pechó así. Me quiso sacar y yo la empujé, como que me quiso pegar una cachetada y ahí me llevan a la dirección y me empezó a tratar mal. Que era un negro villero, me sentó, me tiró ahí, me volví y le tiré una trompada. Me echaron y llamaron a la policía. Después, llamaron a mi mamá. Tenía 13 años ahí (Leandro, 19 años).

Las narrativas de los jóvenes cordobeses con que trabajamos que se desafilieron temporal o permanentemente de la escuela dan cuenta de una experiencia común entre juventudes de sectores populares del Mercosur: la creciente cobertura educativa e inclusión cultural, junto con la vulnerabilidad laboral, constituye una de las principales tensiones para las juventudes de la región. El abandono prematuro del sistema educativo aparece como fundamental para definir las oportunidades que se generan a lo largo de las trayectorias de emancipación por su impacto en las demás esferas. La escolarización en el nivel secundario es crucial para mitigar dicha vulnerabilidad, en tanto las experiencias de desafiliación institucional del sistema educativo tiene diversos efectos en las biografías juveniles, tanto en términos de oportunidades laborales, de ciudadanización y de experiencias de sociabilidad (PNUD, 2009). El análisis de sus narrativas nos muestra que para esos jóvenes es necesario un gran despliegue cotidiano de agencia individual para alcanzar un mínimo de bienestar y evitar la exclusión, esto es, estudiar, formarse, establecer relaciones significativas en términos de reconocimiento, atender a las oportunidades, gestionar una cotidianeidad complicada o disminuir los riesgos.

Los jóvenes y el trabajo en las prácticas cotidianas

La mayoría de los jóvenes entrevistados son una de las primeras generaciones que realizan el pasaje de la centralidad de la vida del trabajo a su combinación con otras actividades. Kessler (2006) lo enuncia como el pasaje de la lógica del trabajador a la lógica del proveedor. En ambas, el punto de vinculación es la fuente de legitimidad en la obtención de los recursos, aquellos criterios para

definir cuándo y cómo se obtienen de forma justa y/o válida. En primera instancia la fuente de legitimidad de los recursos obtenidos radica en el origen del dinero, por ejemplo, el que se obtiene en contraprestación a un producto o servicio ofrecido. Ahora bien, en la lógica del proveedor prevalece como fuente de legitimidad de los recursos obtenidos la utilización del dinero, entonces cualquier recurso sin importar su procedencia, es legítimo si permite cubrir una necesidad.

En el discurso de estos jóvenes, al igual que lo que sucede con la educación, el trabajo perdura como forma legítima de ascenso social y la única forma de construcción de respeto y dignidad. Para Kessler (2006), en el imaginario juvenil de sectores pobres el trabajo está ligado a las peculiares características de las modalidades locales de desempleo (inestabilidad, alta rotación entre puestos precarios, de bajos ingresos, poco calificados, de corta duración, intercalados con períodos de desempleo, subempleo y salida del mundo laboral como producto del desaliento). La escuela, aparece en las trayectorias vitales como marca de expulsión y/o menor nivel educativo y calificación tal como señalan los jóvenes con quienes co-construimos los relatos que enunciaron una correspondencia entre dejar la escuela y dedicarse a tiempo completo a sus trabajos. Estos no son problemas totalmente nuevos para los jóvenes, ya fueron sus padres y otros adultos significativos los que exhiben hoy trayectorias laborales fuertemente inestables.

Es a partir de las expresiones de los jóvenes varones que encontramos algunas claves analíticas para pensar la construcción de legitimidad sobre el imperativo de “hacer plata” como significación local que atraviesa las modalidades de supervivencia en el barrio. Algunos estudios económicos y sociales de los últimos diez años nos hablan del aumento de la informalidad y la precariedad en los ámbitos laborales, junto con variaciones en los salarios reales, como así también la precariedad de la presencia del Estado en la provisión de servicios básicos de salud, educación y protección social. Junto con los cambios en las estructuras familiares y con el avance del mercado en diferentes áreas de la vida social, se pone en evidencia una coyuntura que impacta y expone de manera patente a los sectores populares en general y a los jóvenes en

particular (Kessler, 2006). Esta coyuntura reduce notablemente los ámbitos laborales para amplios grupos sociales y traza esferas que refuerzan la tendencia más general de una segmentación de la sociedad que se apoya igualmente en la fragmentación social que opera desde otros ámbitos como el educativo, residencial y en acceso a servicios de diferente calidad.

En una de las comunidades en la que trabajamos presenta la particularidad que en los alrededores de los terrenos edificados se asientan hornos de ladrillos que son el primer lugar de inserción laboral para muchos niños y jóvenes. Trabajar en el horno es un recurso disponible durante todo el año, sin embargo, esta disponibilidad se encuentra afectada por la inestabilidad del mercado de la construcción y, a su vez, a las inclemencias climáticas que condiciona la producción. La tarea con la que se encuentran allí los trabajadores implica una crudeza física que se asocia a una informalidad contractual, trabajo a la intemperie, herramientas precarias y ausencia de medidas de seguridad. Uno de los jóvenes entrevistados, tras comentar sobre los cortos períodos en que actualmente se emplea en los hornos de ladrillos, generalmente dos o tres semanas, dice *“más no se aguanta”*. *“Laburar en el cortadero te mata, llegas a tu casa y te duele todo, la cintura, las manos, no usamos guantes, nada”* (Juan, 20 años).

Los trabajos en los términos expresados anteriormente aparecen como posibilidades concretas, pero a su vez acotadas a lo que emerge como oportunidades restringidas *“Nosotros trabajamos en el lugar que nos toca, en el lugar que se puede. En la mayoría de la vida, trabajamos para gente que nos han usado, te usan en las obras, en todo, se aprovechan y te usan”* (Marcos, 22 años). Esto no solo nos habla de la poca o nula posibilidad de elección con respecto a la actividad laboral, sino que también ponen en evidencia la dimensión subjetiva ligada al menosprecio, la desvalorización y la explotación. El *“poner el lomo”* o *“lomear”*, como se expresa en muchas de las entrevistas con los jóvenes, tiene una relación directa con la disponibilidad casi exclusiva del recurso corporal a la hora de pensar en un trabajo: *“En los cortaderos de ladrillos vos vas y decís —quiero laburar— y el que tiene te va a dar laburo, sino te va a decir —no, no tengo laburo— y te vas y buscas otro cortadero, hasta que encontrés laburo”* (Juan). Pedro de 20 años refuerza esta idea y manifiesta: *“Tenés que ir y poner voluntad y aprender porque*

nadie nace sabiendo, si vos mirás y aprendes, ya sabes, y haces muchas cosas ahí". "Poner voluntad" requiere, además del momento de aprender el oficio, una disposición física que soporte la tarea.

Dijimos antes que para los jóvenes el trabajo (como la educación) se mantiene como la forma socialmente legitimada de acceder a recursos y ayudar a la familia, comprendiendo los altos costos de sacrificio y voluntad que requieren. Sin embargo, esta característica entra en conflicto cuando el costo de "*poner el lomo*" no solo no se ve reconocido económicamente sino que, además, se transforma en maltrato moral por parte de los adultos que les dan trabajo.

Independizarse aparece como una vía de posibilidades para "inventar" otra cosa que permita salir del circuito de explotación laboral. Los sentidos que atraviesan los trabajos a los que estos jóvenes acceden se juegan en un "horizonte de precariedad" (Kessler, 2006) donde se hace imposible vislumbrar un atisbo de carrera laboral formalizada como empleo con derechos y garantías. Esto se entrama en una historia socio-familiar que no es nueva ya que sus vínculos familiares parecieran repetir dichas experiencias de precariedad laboral.

Las vivencias de "caídas" y "rescate" en los relatos juveniles

En relación con este eje identificamos algunos aspectos convergentes a partir de analizar una serie de microrrelatos referidos a "caídas": momentos situados en la adolescencia de nuestros informantes, que los jóvenes narradores describen como problemáticos.³

Observamos que estas narraciones comparten una estructura en la que identificamos momentos de inicio, nudo y desenlace, en cuyo despliegue vemos aparecer elementos recurrentes; la identificación de un momento de súbita caída (con algún detonante que antecede a la deriva) y el nudo de la historia caracterizado desde una distancia simbólica que permite que, en el desenlace, el *self* narrador ya "maduro" se reconfigure identitariamente por oposición a ese pasado ajeno. Asi-

³ En general se alude a consumos problemáticos y/o participación en actividades delictivas.

mismo, al indagar los recursos narrativos que dan cuerpo a la idea de “maduración”, registramos la presencia de concepciones conservadoras y meritocráticas, racionalistas y adultocéntricas como matriz desde la que los jóvenes narran los devenires biográficos propios y ajenos.

Yo estoy muy agradecida porque cuando yo me junté con él no tenía nada de ropa, ni zapatillas, ni nada. Y él me sacó adelante. A mí me gustaba andar hasta cualquier hora en la calle, me gustaba hacer lo que yo quería, me iba al parque, volvía a la hora que yo quería porque nadie me decía nada. Y, cuando me empecé a poner de novia con él, como que a él no le gustaba, vivíamos peleando porque a mí me gustaba salir, divertirme hasta la hora que yo quería, tomar. Empecé a cambiar. Como que a mí me gustaba andar con uno y con otro. Como que no tenía nadie que me dijera nada, que me aconsejara, estaba yo sola. Él me decía “vos vas con uno y vas a venir con el bombo lleno; después, nadie se va a hacer cargo”. Me decía las cosas como eran, que yo sabía y que no quería ver. Como que a mí no me importaba nada (Victoria, 18 años).

La mirada narrativa de los relatos juveniles nos permite abonar la hipótesis de que en la *carrera moral* (Goffman, 2006) de nuestros informantes, la ausencia de soportes institucionales (inferible en nuestras narraciones y reconocida por los trabajos citados) se solapa con una exigencia de “agenciamiento del yo” que debe “madurar”. Esto se hace especialmente perceptible en los modos de construir los desenlaces de los microrrelatos sobre caídas. Observamos allí un narrador que se construye a sí mismo como actor protagonista de su propio “cambio”. Nuestros informantes vinculan la “madurez” a ideales de adultez ligados a anclajes institucionales tradicionales, que no necesariamente encuentran confirmación en los devenires vitales de las figuras adultas referenciadas por los microrrelatos (padres, madres y otros familiares).

Las narrativas analizadas reconocen la injerencia del contexto en las posibilidades de “caer” (por ejemplo, al atribuir las a una ausencia paterna, a situaciones de soledad o a un escenario laboral poco propicio), pero luego este contexto —y el capital social que lo acompaña— pierde centralidad en la narración del “cambio”, pese a que contamos con elementos en los relatos que permiten inferir

la existencia de redes de apoyo. Esto bien podría deberse a que el dispositivo conversacional que utilizamos en nuestra investigación se ubica en el campo del “decir del hacer” (Alonso, 1995) instando a los individuos a dar cuenta de sí mismos. En este sentido, entendemos que en los desenlaces de los relatos se condensan sentidos de justificación moral destinados a resolver, al menos narrativamente, frente a sí mismos y frente a otros los devenires vitales. Para estos jóvenes, las dificultades de su tránsito por la juventud parecen ser simultáneamente estructurales y psicosociales. Aludimos a que sus trayectorias no solo carecen de anclajes institucionales sólidos, más aún, las narrativas adultocéntricas e individualistas configuradas en torno a la noción de “madurez/maduración” los cargan de responsabilidad por sus devenires biográficos, eclipsando en sus narraciones los escasos márgenes de agenciamiento con los que parecen contar.

Esto nos permite pensar que la idea de mérito como valor, ligada a la intensidad con la que se instaló en las últimas décadas la lógica individualista del mercado en América Latina (Araujo y Martuccelli, 2015), se constituye en una narrativa fértil que anida en los relatos de estos jóvenes de sectores populares y que, conjugada a la concepción adultocéntrica, hace que para ellos la construcción identitaria implique un verdadero desafío edificado, fundamentalmente, sobre la *estima de sí mismos*.

A modo de cierre

En esta investigación identificamos esferas de socialización significativas para los jóvenes tales como la familia, la pareja, la educación y el trabajo. Un aspecto emergente del análisis en las narrativas biográficas ha sido la relación de los jóvenes con diversos *otros significativos* (Berger y Luckman, 2001) y las diversas tensiones entre las subjetividades juveniles y las instituciones. En la esfera familiar, como en la educativa y laboral, emergen vínculos con adultos que son claves en la posibilidad del reconocimiento personal y social de los jóvenes. Las situaciones expresadas como “rescate” en tanto acciones de ayuda y

cuidado brindado por sí mismos y por las parejas, familiares, docentes, vecinos y/o amigos (Paulín, D'Aloisio, García Bastán y Carreras, 2017) son reveladoras del papel de otros significativos que, dado ciertas condiciones, operan no solo en el reconocimiento afectivo, sino también en favor del acceso a derechos.

Asimismo, la estrategia de análisis posibilitó una lectura sobre las prácticas y experiencias subjetivas de estos jóvenes en relación a sus condicionamientos estructurales y coyunturales, en el despliegue de agencia que realizan en sus vivencias cotidianas en diversos ámbitos de actuación y la variedad de experiencias de afiliación a instituciones sociales (familia, trabajo, escuela).

Desde nuestros avances observamos que para los jóvenes de sectores populares, aún dentro de cierta constatación de la devaluación del título, *hacer la secundaria* aparece como un importante elemento de reconocimiento social y como una herramienta para afrontar una de las demandas del mercado laboral contemporáneo. El “*sentirse escuchados*” por los docentes constituye uno de los elementos que operan en un sentido de confirmación social o menosprecio. Los jóvenes que dejaron la escuela lo hicieron ocasionalmente como corolario de enfrentamientos con agentes educativos. Por otro lado, las primeras experiencias laborales, sobre todo en actividades informales y de muy baja calificación, son significadas con vivencias de explotación y menosprecio, a la vez que surge la práctica delictiva como oportunidad de reconocimiento social y provisión económica de la familia. Estas formas de reconocimiento precario los posicionan en un lugar de mayor vulnerabilidad en el acceso a sus derechos.

Retomando nuestras preguntas de investigación referidas a las significaciones y prácticas que construyen los jóvenes sobre el respeto y reconocimiento de sí mismos en sus esferas de socialización, en términos de Honneth (2011), podemos concluir que las experiencias de abandono familiar y de exclusión de ciertas instituciones relatadas por algunos jóvenes, conducen a pensar que el peso de la construcción de reconocimiento social no ancla en los planos afectivo y jurídico más que de manera precaria. En las narraciones, su construcción se restringe, en lo fundamental, a la esfera de la *estima de sí*, en un contexto cultural que, paradójicamente, no resulta favorable al des-

pliegue de lazos de *solidaridad*, en tanto las posibilidades de sentirse valorados aparecen ligadas a la adhesión a una narrativa individualista y adultocéntrica.

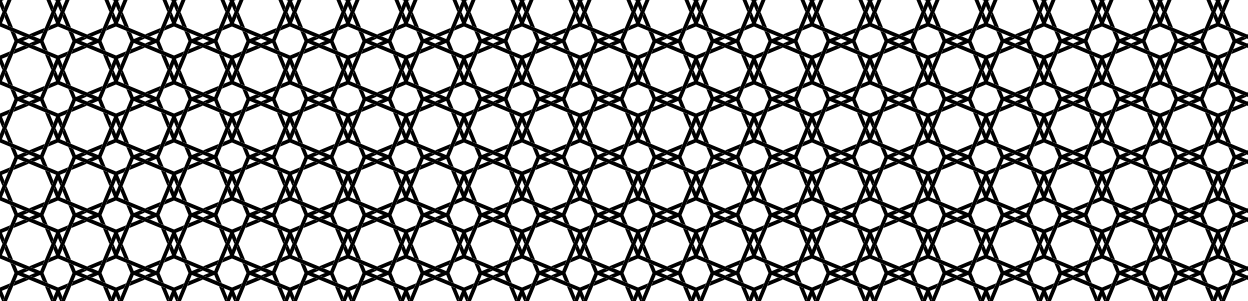
Además, al analizar los relatos sobre las “caídas” y las justificaciones morales en los “rescates”, permite comprender las dificultades y devenires que supone constituirse identitariamente. Como se expresa en los planteos psicológicos canónicos, para muchos jóvenes de sectores populares la “adolescencia” se muestra problemática. Sin embargo, debemos comprender que las dificultades de su tránsito no pueden imputarse a su condición juvenil ni a una situación de vulnerabilidad definida en abstracto. Para concluir, recuperando las reflexiones de Delor y Hubert (2000), observamos que muchos jóvenes “van creciendo” en un complejo entramado en el que se enlazan sus trayectorias vitales, sus redes de interacción y, tal como enfatizamos en este escrito, su contexto socio-institucional de referencia.

Bibliografía

- ALONSO, L. E. (1995). Sujeto y discurso: el lugar de la entrevista en las prácticas de la sociología cualitativa. En J. M. Delgado y J. Gutiérrez (Coords.), *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*. Madrid: Síntesis.
- ARANCIO, J. y Castro, J. (2017). *Sociabilidades juveniles y lógicas de reconocimiento en el barrio: Significaciones que se entran en la construcción de legitimidad, una mirada desde la perspectiva de+ los jóvenes varones en situación de desigualdad social*. Trabajo Integrador Final de la Licenciatura en Psicología (inédito), Facultad de Psicología, UNC, Córdoba.
- ARAUJO, K. y Martuccelli, D. (2015). La escuela y la cuestión del mérito: reflexiones desde la experiencia chilena. *Educação e Pesquisa*, 41, 1503-1518.
- BERGER, T. y Luckmann, P. (2001). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- CORNEJO, M., Mendoza, F. y Rojas, R. (2008). La investigación con relatos de vida: Pistas y opciones del diseño metodológico. *Psykhé*, 17(1), 29-39.
- COULON, A. (1995). *Etnometodología y Educación*. Barcelona: Hurope.

- DELOR, F. y Hubert, M. (2000). Revisiting the concept of “vulnerability”. *Social Science & Medicine*, 50, 1557-1570.
- DI LEO, P. F. y Camarotti, A. C. (2015). *Individuación y reconocimiento. Experiencias de jóvenes en la sociedad actual*. Buenos Aires: Teseo.
- DI LEO, P. F.; Camarotti, A. C.; Güelman, M. y Touris, M. (2013). Mirando la sociedad a escala del individuo: el análisis de procesos de individuación en jóvenes utilizando relatos biográficos. *Athenea Digital*, 13(2), 131-145.
- DI LEO, P. F. y Camarotti, A. C. (Eds.). (2013). “Quiero escribir mi historia”. *Vidas de jóvenes en barrios populares*. Buenos Aires: Biblos.
- DUBET, F. y Martuccelli, D. (1998). *En la escuela. Sociología de la experiencia escolar*. Buenos Aires: Losada.
- ELÍAS, N. (1993). *La Sociedad Cortesana*. Madrid: S. L. Fondo de Cultura Económica de España.
- ESTRADA RUIZ, M. (2014). Afluencia juvenil y desafiliación institucional: el entramado complejo de la deserción en la educación media. *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, 16(61), 431-453.
- FALCONI, O. (2011). La escuela secundaria obligatoria La experiencia escolar de alumnas y alumnos de sectores pauperizados, en instituciones públicas. *El Monitor de la Educación*, 28, 34-37.
- GIBBS, G. (2012). El análisis de biografías y narraciones. En G. Gibbs. *El análisis de datos cualitativos en investigación cualitativa* (83-101). Madrid: Morata.
- GLASER, B. y Strauss, A. (1967). *The discovery of grounded theory. Strategies of qualitative research*. Nueva York: Aldine.
- GOFFMAN, E. (2006). *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu.
- HONNETH, A. (2011). *Reconocimiento y menosprecio. Sobre la fundamentación normativa de una teoría social*. Madrid: Katz.
- JELIN, E. (1994). *Las familias en América Latina. Familias siglo XXI*. Chile, Santiago: ISIS Internacional. Ediciones de las mujeres. (Núm. 20) (p. 2-23)
- KESSLER, G., (2006). *Sociología del delito amateur*. Buenos Aires: Paidós.
- LECLERC-OLIVE, Michèle (2009). Temporalidades de la experiencia: las biografías y sus acontecimientos. *Iberoforum*, 4(8), 1-39.
- PAULÍN, H. L., D’Aloisio, F., García Bastán, G. y Carreras, R. (2017). Narrativas biográficas juveniles y temporalidades. Entre el futuro imaginable y la inmediatez inmovilizante. *IX Jornadas interdisciplinarias de Ciencias Sociales y Humanas*. Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades, UNC.

- PAULÍN, H. L. *et al.* (2018). *Contar quiénes somos: narrativas juveniles por el reconocimiento*. Buenos Aires: Teseo Press.
- PNUD (2009). *Innovar para incluir: jóvenes y desarrollo humano. Informe sobre desarrollo humano para Mercosur*. Buenos Aires: Libros del Zorzal: PNUD.
- ROJAS, M. C. (2000). Modelizaciones en psicoanálisis familiar. Aproximación teórico-clínica a la familia de hoy. *Revista de Psicología y Psicoterapia de Grupo*, 23(2).
- SPARKES, A. y Devís-Devís, J. (2007). La investigación narrativa y sus formas de análisis: una visión desde la educación física y el deporte. En W. Moreno y S.M. Pulido (Eds.), *Educación cuerpo y ciudad: el cuerpo en las interacciones e instituciones sociales* (43-68). Medellín: Funámbulos.
- TERIGI, F. (2007). Los desafíos que plantean las trayectorias escolares. Fundación Santillana. III Foro Latinoamericano de Educación Jóvenes y docentes. La escuela secundaria en el mundo de hoy, 28, 29 y 30 de mayo de 2007.
- TERIGI, F. (2014). "Trayectorias escolares e inclusión educativa: del enfoque individual al desafío para las políticas educativas". En A. Marchesi, R. Blanco y L. Hernández (Coord.). *Avances y desafíos de la educación inclusiva en Iberoamérica. Metas Educativas 2012*. Madrid: OEI.
- VALDÉS, E. y Cargnelutti, M. (2014). "Periferia y fragmentación urbana residencial: la emergencia de la alteridad. Un análisis de caso". *Congreso Pre Alas Buenos Aires*.
- VASILACHIS, I. (2007). La investigación cualitativa. En I. Vasilachis (Coord.), *Estrategias de investigación cualitativa* (23-64). Buenos Aires: Gedisa.



Precarización y violencias sociales en jóvenes. Una mirada a la educación y la acción política en el Chile neoliberal

KLAUDIO DUARTE QUAPPER, FRANCISCO FARÍAS MANSILLA,
NATALIA HERNÁNDEZ MARY

Problematización

Chile, desde la primavera del 2019, no es el mismo que en estaciones anteriores. La movilización social desatada desde mediados de octubre —iniciada por jóvenes y continuada por el conjunto mayoritario de la sociedad (DESDOC-CMD-COES, 2019)— ha instalado un conjunto de cuestionamientos al orden neoliberal impuesto desde hace aproximadamente 45 años. Uno de los elementos potentes de esas interrogantes críticas es que tensionan la idea de país modelo para la región y para el mundo con que se había venido reproduciendo sin más este modo de organización capitalista.

Uno de los argumentos utilizados para mostrar los logros de ese modelo ha sido la reducción de la pobreza. Para ello se han construido

indicadores como la Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional, que se aplica cada dos años, que es un instrumento que centra su mirada en los ingresos económicos. La forma de abordar y/o medir pobreza requiere un abordaje integral, ya que hoy podemos afirmar que los niveles de desnutrición, analfabetismo, muertes infantiles son casi inexistentes, “las personas que se encuentran en situación de pobreza o de vulnerabilidad hoy en Chile habitan en casas sólidas, pero estas se emplazan en barrios segregados; participan del sistema escolar, pero uno que reparte de manera muy desigual el capital cultural de la sociedad; acuden a los centros de salud si enferman, pero son atendidos con calidades y oportunidades de atención desiguales o que implican tratamientos de atención onerosos para los estrechos presupuestos de las familias de menor renta” (Moreno, 2016: 12).

Dichos indicadores evitan considerar asuntos del empobrecimiento no medible que azota a la población durante estas décadas. Con ello se construyen imágenes que desvirtúan la realidad de precarización de la población y hacen caso omiso a los efectos que dicha pauperización ha venido provocando en el socavamiento de las relaciones sociales.

Nuestra reflexión se ubica en este contexto. Una sociedad desigual que precariza a la población y que al mismo tiempo construye imaginarios de éxito centrados en el acceso al consumo opulento, y que en el mismo movimiento evita hacerse cargo de las consecuencias socio afectivas que provoca alcanzar ese éxito en el pueblo empobrecido y en las capas medias, que se esfuerzan por lograr los indicadores de inclusión social por la vía del consumo impuesto.

Así, a través de dos hipótesis desplegamos la discusión de este texto. En la primera de ella, nos interesa poner de relieve el efecto que esta precarización de la vida cotidiana está implicado en las relaciones de género, en particular sobre los modos en que los varones van intentando resolver tanto las modificaciones de los mercados laborales, con el cada vez mayor ingreso de mujeres a él y su capacidad de proveer en el hogar; así como las dificultades que experimentan al no lograr cumplir con ese mandato de la masculinidad hegemónica que les impone el ser proveedor y protector para demostrar una masculinidad a la altura de esas expectativas sociales.

¿Qué mecanismos operan en los varones, en especial en jóvenes empobrecidos, cuando ven dificultados u obstaculizados los caminos

para hacer gala del cumplimiento de esos mandatos? Nuestra hipótesis es que recurren a diversas formas de violencias que les permiten, por la vía de la *radicalización del macho*, construir sentidos para asegurarse que sí están logrando las posiciones de prestigio que esa masculinidad hegemónica les mandata.

Si no se puede proveer y proteger, “como siempre ha sido”, entonces el ejercicio de violencias —que son violencias de género contra las mujeres y contra varones con escaso poder— permite volver a ese orden cuestionado por la precarización y el reposicionamiento femenino y lo no heterosexual en la sociedad capitalista y patriarcal.

La segunda hipótesis que nos planteamos apunta a que estas modificaciones profundas del contexto han repercutido en la acción política juvenil, en especial en los modos de relación que se vienen construyendo al interior de las organizaciones de jóvenes en sectores medios y empobrecidos. Ellas no han estado ajenas a estas violencias de género que buscan mantener el orden patriarcal que, por la vía del sexismo, machismo y la homofobia, han legitimado en estas agrupaciones distintas prácticas de discriminación y agresión.

Estas cuestiones se reportan en diversas agrupaciones juveniles como liderazgos masculinos en tensión con los liderazgos femeninos y que redundan en maltrato, el disenso castigado en las dinámicas de las organizaciones cuando se refiere a estos asuntos de género, las mujeres bajo sospecha y juzgadas en sus partidos políticos y otras agrupaciones cuando abren temas que evidencian acoso o abusos sexuales en la interna grupal, el funcionamiento jerarquizado en algunas experiencias políticas que reitera matrices patriarcales de lo social y se cruzan estas manifestaciones con discriminaciones entre jóvenes desde lógicas adultocéntricas.

Nuestra segunda hipótesis apunta a que, si bien se realiza discursivamente una crítica a lo patriarcal en la sociedad —o al “sistema”—, se observan profundas dificultades para incluir en la organización y en sus relaciones cotidianas una anticipación de dichas críticas. Estas dificultades se expresan como prácticas de violencias que, a diferencia de la hipótesis anterior, no usan la radicalización del macho con agresividad física hasta la muerte, sino que recurren a *la sutileza del machismo cotidiano*, normalizándolo e invisibilizando su existencia.

Las violencias que analizamos en este texto, las concebimos como:

una *relación social*, en que individuos, grupos o instituciones —por separado o simultáneamente— actúan contra seres humanos, otros seres vivos y/o contra la naturaleza impidiendo su despliegue en plenitud. En términos específicos, violencias refieren a las prácticas e ideas que generan la reducción de los seres humanos y de la naturaleza a la condición de objeto, es decir, procesos en que se les niegan su condición de sujetos, le inhiben, le castran, les vuelven dependientes, sin autonomía. Es más, puede llegar, en el extremo de dicha violencia, a generar la convicción de incapacidad de ser autónomo-autónoma y a que estos sujetos en esa situación sientan culpa por ello. (Duarte, 2005: 7).

Estas relaciones se expresan de formas diversas: simbólicas, materiales, psicológicas, económicas, entre otras. Y adquieren sus expresiones, de forma dinámica y cambiante, de acuerdo con los contextos y sujetos/as presentes en dicha relación (Balibar, 2005).

Estas violencias se reproducen en un contexto patriarcal, el cual impone una *masculinidad hegemónica* compuesta por un conjunto de mandatos tradicionales como la represión emocional, la heteronormatividad y múltiples fobias antifemeninas, sexualidad y placer masculino centrado en el falo, obsesión por alcanzar éxito a través de la competencia, y un modelo de control y ejercicio de poder donde lo masculino es la norma y la imagen de macho a mantener ante los otros. (Madriral, 2006; Meschi, 2019)

A este contexto patriarcal le incorporamos en el análisis, el contexto adultocéntrico, asumiendo a este como:

un modo de organización social que se sostiene en relaciones de dominio entre aquello que es forjado como adultez, impuesto como referencia unilateral, respecto de aquello que es concebido como juventud (también niñez y adultez mayor). Dicha noción de adultez está fundada desde una cierta idea de lo que la mayoría —mayor edad— implica en estas relaciones sociales, que se sostienen sobre la construcción de minoridades —menor edad. (Duarte, 2018: 44)

Nos parece interesante cómo, a partir de la intersección de estos sistemas de dominio —patriarcal a través de su masculinidad hegemónica, y adultocéntrico, a través de la mayoría— nos permite profundizar de mejor manera en el análisis de las violencias en jóvenes precarizados.

Cuando hablamos de una sociedad en transformación, reconocemos que las preguntas críticas sobre las relaciones de género en América Latina tienen más de un siglo, y que han sido las activaciones de las últimas décadas las que han radicalizado los cuestionamientos a estas formaciones sociales, construidas sobre las matrices de la violencia estructural e institucional. Nuestros países y Chile en específico se han sostenido sobre una construcción de lo estatal y lo gubernamental, fundado sobre las violencias hacia las mujeres, a través de las violaciones sistemáticas de sus derechos y hasta el día de hoy en tratar de negarles una participación protagónica —con ejercicio de poder— en diversas instancias sociales. Ello, en su contracara, ha implicado la construcción de unas masculinidades hegemónicas que se han fortalecido en esos ejercicios de violencias, y que desde ahí se han reproducido. Cuando esas violencias se dan en contextos de alto empobrecimiento, las preguntas críticas se profundizan, pues todavía coexisten a los discursos sociales críticos y pretendidamente transformadores, y a los planteos que proponen posponer estas preguntas de género para después que se resuelva la desigualdad económica.

Más bien nos planteamos que, en esta sociedad en transformación, los cambios estructurales, por más que puedan ser conceptualizados desde el ámbito de lo económico, están llenos de lo relacional social y que son constitutivos de los imaginarios, prácticas y discursos que los condensan y expresan. De igual manera, lo institucional se constituye por el conjunto de relaciones sociales que las y los diversos actores despliegan en un cierto contexto. Así, esta sociedad en transformación, observada desde las relaciones de género tiene expresiones de sus violencias en lo estructural —una economía para el empobrecimiento y desde ahí una reproducción de machismo radicalizado— y en lo institucional —unas organizaciones llenas de asimetrías de género y generación a través del sexismo y el adultismo grupal.

En términos de nuestro método, esta reflexión profundiza sobre los hallazgos de dos estudios realizados con jóvenes en ambientes distintos. Uno, en instituciones escolares de enseñanza secundaria en sectores empobrecidos; el otro, entre agrupaciones juveniles de diverso tipo: organizaciones políticas partidarias y colectivos.

En ambos casos usamos métodos cualitativos como estrategia de acercamiento a los imaginarios juveniles sobre sus relaciones sociales en la agrupación y en el colegio. Desde ese método utilizamos diversas técnicas para la producción de información: conversacionales —entrevistas en profundidad, grupos focales y talleres creativos—; etnográficas —observación no participante de clases y recreos; caminatas conjuntas en la ciudad—; visuales —producción y análisis de fotografías. (Creswell, 2009; Vasilichis, 2006; Krause, 1995; Canales, 2006; Flick, 2007).

El análisis de la información producida se hizo en primera instancia a través de análisis de contenido (Andréu, s/a) y en algunos momentos por la vía de talleres creativos con las y los jóvenes (Melleiro y Gualda, 2005).

El presente texto se organiza en tres apartados. En el primero debatimos en torno a la primera hipótesis arriba señalada sobre la vinculación entre precarización de las vidas juveniles masculinas y ejercicio de violencias. En el segundo, reflexionamos sobre la hipótesis que desde ese contexto planteado interroga las prácticas organizacionales juveniles y los ejercicios de abuso. Finalmente, en el tercer apartado presentamos reflexiones finales que buscan condensar lo anterior y abrir nuevas interrogantes para estudios posteriores, así como para la acción política directa con poblaciones jóvenes.

Precarización y violencias en varones jóvenes: la experiencia educativa chilena

Tal como señalamos, el proyecto neoliberal de la dictadura militar fundó en la sociedad chilena, a través de un proceso de modernizaciones capitalistas, una serie de transformaciones sociales que modificaron estructuralmente las relaciones sociales a nivel económico, político, social, y cultural. En el caso del sistema escolar, se construyó un lugar central para el mercado en desmedro de lo público, empobreciendo el sistema educativo a través de lo que se conoce como segregación escolar (Bellei, 2013), es decir, los grupos se vuelven homogéneos en relación con su composición sociocultural. Grupos empobrecidos comparten su

proceso formativo con otros empobrecidos, mermando sus resultados escolares, en lo que se conoce como efecto par (Bellei, 2013). Esta desigualdad rompe con la promesa de integración social que trajo consigo el proyecto político que dio origen a esta nueva sociedad.

En este escenario, ¿para qué educa el liceo? Para el éxito, entendido como integración funcional a la sociedad, a través de la promesa de ser alguien en la vida por medio de los procesos de escolarización y certificación. Esta promesa conlleva un paso generacional, convertirse en adulto, es decir, en un sujeto considerado mayor en la sociedad, para lo cual es necesario desplegar todos los mecanismos asociados al sistema de dominación adultocéntrico (Duarte, 2018). Lo adulto, al ser el referente en las relaciones sociales, potencia unas ciertas lógicas que identifican el poder de dominio, como posibilidad para ser parte de este éxito.

En este sentido, el currículo del liceo, oculto y formal, por acción u omisión, potencia en quienes no logran integrarse en los términos del éxito neoliberal de la sociedad chilena la utilización de la violencia material y simbólica para reforzar su identidad masculina (Farías, 2018), en lo que señalamos como la *radicalización del macho*. La escuela, en este sentido, entrena a los mundos juveniles en general y los varones en particular, en los valores del patriarcado adultocéntrico (Duarte, 2018).

La masculinidad hegemónica es un relato mítico que ofrece a los varones la tierra prometida del reconocimiento social, en tanto su accionar se adecúa a las normas de género que le corresponden en clave de dominación: sufrimientos, esfuerzos, renunciaciones y negaciones, por un lado; por el otro, libertad como sinónimo de impunidad, fuerza física y emocional, además de capacidad de control sobre los demás y el medio social. También puede ser comprendida como una prueba constante que requiere ser probada en tanto construcción de jerarquía y relaciones de poder. Implica dolor social, el cual se potencia con el analfabetismo emocional, entendido como incapacidad de expresión de emociones, dificultad para nombrar sensaciones corporales y/o psicológicas, capacidad para pedir ayuda y dejarse atender/acompañar frente a situaciones de vulnerabilidad socioemocional. Lo anterior es un proceso de aprendizaje, el cual se desarrolla

principalmente, en la cultura a través de instancias de socialización masculina (Duarte y Farías, 2018; Meschi, 2019).

Se puede observar, como las promesas del sistema educativo: *ser alguien en la vida*, se conjuga con las promesas de las masculinidades, *ser un varón de verdad*; y la promesa generacional, *convertirse en adulto*; es decir, en un sistema educativo que condensa promesas de un tiempo social por venir, al cual se accede cumpliendo una serie de mandatos que posibilitan privilegios por un lado y costes por otro, deshumanizando las relaciones sociales, empobreciendo las vidas de los jóvenes y ofreciendo la violencia como salida corta cuando no se puede acceder a la tierra prometida (Farías, 2018).

El modo hegemónico de hacerse varón es doloroso y tiene una serie de impactos en la vida de los propios varones, en las mujeres, en otros varones y sus diversos contextos. Una especie de construcción de cuerpos poderosos, es decir, cuerpos para demostrar poder de dominio, ejercer control y construir normas sociales en función de la dominación masculina (Bourdieu, 2000). Segato (2018) señala que, para sostener este orden social opresivo y violento, se requiere de otros varones que entrenen en el poder a las nuevas generaciones. Hermandad masculina, cofradía donde el hermano mayor anuncia las coordenadas del quehacer de los varones en sociedad a través del mandato de masculinidad:

Creo que en la básica¹ existe un grupo que manda, que prácticamente manda al resto. Porque ellos son los que pelean, son los que mandan acá, mandan acá y el que se intenta levantar, se meten todos ellos. (Carlos, primero medio, Liceo municipal de Peñalolén, Santiago).

El cuarto medio² lidera todo porque ¿cómo se llama esto?, ellos son más grandes, tienen más fuerza. Y uno de primero medio³ no se va a meter con uno de cuarto medio porque ahí los de cuarto se conocieron de primero, segundo, tercero y hasta cuarto y ahí hay hartos amigos. (Julio, primero medio, Liceo municipal de Peñalolén, Santiago).

¹ Nivel primario del sistema escolar chileno.

² La educación secundaria en Chile tiene cuatro niveles o cursos. Cuarto medio es el mayor.

³ Primer curso de la educación secundaria.

Los varones contruidos como mayores en la sociedad, ya sea porque están en un determinado curso o poseen ciertas características físicas y emocionales que les posibilitan imponer sus términos en las formas de tratarse, liderar autoritaria y verticalmente procesos, controlar espacios y acceder a recursos, son leídos como referentes de masculinidad, en tanto su mayoría es la norma para ser parte del orden social y disfrutar de los privilegios que posibilita organizarse en estos términos. Quienes no se ajusten a estas condiciones serán ubicados a través de la violencia explícita y sutil, en los lugares dibujados por el orden masculino hegemónico y adultocéntrico.

Hacerse varón junto con ser un proceso de construcción de género, es al mismo tiempo, un proceso generacional. Los varones mayores anuncian las bondades de la tierra prometida de la masculinidad. Se guardan para sí los costes asociados a su experiencia masculina. El dispositivo grupal de la socialización es fundamental, en tanto permite comunicar que la sociedad se configura a partir de la sobrevaloración de lo adulto y lo masculino (Duarte, 2009):

El partido de mujeres que estaban jugando fútbol, lo comienzan a interrumpir sus compañeros, introduciendo dos balones a la cancha. Un varón les quita el balón a las compañeras y se lo lanza lejos. Logran su cometido, ellas ya no juegan. De una cancha paralela donde practican fútbol otros estudiantes, le llega un pelotazo⁴ a una compañera. Ahora ellas interrumpen el partido de los varones, tirando pelotazos a la cancha. Se ríen mucho al realizar esta acción. Los varones siguen jugando fútbol, les dicen a sus compañeras que son “entera chuecas”.⁵ Le llega un pelotazo a una compañera de un varón, ella le responde con insultos. Fin de la clase. (Observación cuaderno de campo, clase de educación física, primero medio, Liceo municipal de Peñalolén, Santiago).

Los jóvenes estudiantes secundarios identifican las posiciones generacionales en su cotidianidad en el liceo, como un elemento que influye en la vida escolar y que se encuentra cruzado por las diferencias de poder generacional y de género al cual pueden acceder coti-

⁴ Golpe intencional y violento con un balón en el cuerpo de una persona.

⁵ Hace referencia a la capacidad de puntería, precisión. Le están diciendo que no tienen buena puntería.

dianamente. Este modo de hacerse varón, de aprender las identidades masculinas, se ha denunciado como hegemónico (Madrigal, 2009), en tanto produce unas ciertas lógicas asimétricas en la convivencia social; además, desde este tipo de masculinidades, se señala que los encuentros entre los varones están trabajados por el poder, el uso de la violencia, la competencia, el conflicto potencial y el empobrecimiento de las comunidades de las cuales se hacen parte, en este caso, la vida en la escuela secundaria.

El proceso de socialización en el liceo desde los varones muestra como el encuentro con otros es fundamental para los aprendizajes de masculinidades y generacionales, ya que estos posibilitan leer en sujetos concretos y situaciones cotidianas todo aquello que es permitido y prohibido en su cultura para el ejercicio de sus identidades como jóvenes varones. El grupo funciona como dispositivo que contribuye a la impunidad. Expulsar a las mujeres de determinados espacios y menospreciar sus capacidades en medio de una clase de educación física, representa una experiencia formativa que enseña, aprende, comunica la división sexual que anuncia el proyecto educativo de la sociedad y el tratamiento de la diferencia a través de la exclusión. Al respecto, Ortega (2012) señala que para comprender el proceso de disciplinamiento y construcción de sujeto en el sistema escolar, más importante que los contenidos (formales u ocultos) del proceso de enseñanza aprendizaje, son los métodos utilizados para tales efectos ya que es precisamente a través de esas determinadas formas utilizadas como las y los sujetos se van adiestrando e internalizando formas de trabajo, relación social, participación social y económica. En este caso, formas de resolver conflictos en que se legitima el uso de violencias.

En el caso de la socialización masculina u homosocialización, opera como un proceso educativo en el cual los varones enseñan y aprenden sobre masculinidades a otros varones y a sí mismos sobre relaciones de poder, encuentros sociales, tratamiento de la diferencia, resolución de conflictos mediante el uso de violencias, satisfacción de necesidades, entre otras dimensiones. Es una instancia común en la cultura, el encuentro con otros, en donde se comunica la posición social de la masculinidad en la organización social, sexual y generacional de la sociedad a través de la violencia material y simbólica (Farías, 2018):

Sale una estudiante a la pizarra a resolver un ejercicio, mientras la profesora en práctica le explica a otra estudiante una fórmula. Otra estudiante también sale a la pizarra y resuelve el ejercicio. En paralelo un varón está hablando fuerte sobre “las tetas”⁶ de una mujer que le gusta. Al mismo instante, otro varón grita por la ventana de la sala —que da a la calle— a una mujer “estai muy rica”.⁷ Profesora titular les dice “ya chicos, tomen atención” (...) Profesora en práctica borra la pizarra y anota nuevos contenidos. Pregunta si entienden. Responden varones, profesora los refuerza. Los estudiantes conversan entre ellos, se piden encendedor. Una estudiante le responde a otro “chúpalo”,⁸ frente a lo cual interviene profesora titular (Observación cuaderno de campo, clase de matemáticas, primero medio, Liceo municipal de Peñalolén, Santiago).

Parte importante del proceso de homosocialización radica en el uso de la palabra como recurso para construir caretas que sustenten el armazón de varón seguro, fuerte y siempre listo para conquistar, someter y saber. En este proceso, los otros varones son testigos claves de que se están cumpliendo los mandatos de masculinidad patriarcal de cada sociedad, ya que es a ellos a quienes se les está comunicando, sin embargo, como toda pretensión universalista es difícil cumplir a cabalidad, quienes no logren alcanzar lo prometido en algún ámbito, exagerarán otros, para no dejar sospecha que se está en presencia de un varón con poco poder o varón afeminado, a quien hay que identificar y señalar:

A veces, como hay un niño que se llama Francisco, del Primero B, que se junta con muchas mujeres y es un solo hombre; ellos lo molestan porque dicen que es gay. Por la cosa de que se junta con muchas mujeres, no se ve con hombres y las actitudes que tiene, femeninas que tiene, que hace y por eso lo molestan (Eric, primero medio, Liceo municipal de Peñalolén, Santiago).

Este proceso de homosocialización al estar situado desde las masculinidades hegemónicas —varón no masculino— y relaciones adultocéntricas —joven de curso menor—, construye unos determinados mandatos para quienes requieren probarse y probar sus identidades

⁶ Hace referencia a los senos de una mujer.

⁷ Hace referencia a la idea de encontrar bonita o gustar de otra persona.

⁸ Hace referencia al sexo oral.

como varón no menor. Una de sus expresiones recae en los cuerpos juveniles, los cuales deben cumplir el mandato de la heterosexualidad y mayoría como única posibilidad. En ese proceso, el uso de violencias de diverso tipo está normalizado y aceptado en las dinámicas dentro del sistema educativo. Al respecto se puede constatar cómo los varones jóvenes del liceo construyen estos mandatos de género y generación en sus relaciones intergeneracionales desde el sexismo, homofobia, heteronorma y el acoso sexual:

En clase de lenguaje, un grupo de varones conversan entre sí, uno le dice a otro “te estai pelando⁹ a las minas del B”. Los otros compañeros se ríen. Un integrante del grupo cuenta que le pidió el WhatsApp a la profesora de historia, la cual le respondió “qué desubicado, Saavedra, vaya a sentarse”. El grupo lo aplaude y le dicen buena, campeón; buena, choro¹⁰ (Observación cuaderno de campo, clase de lenguaje, primerio medio, Liceo municipal de Peñalolén, Santiago).

Y pienso yo, que, porque son más brutos los hombres, tienen más fuerza, son más grandes y quizás uno la choca, les pega, las toca (risas) y se pueden caer y uno queda como malo, igual. Y todos se dan cuenta de estas cosas acá en el liceo (José, primero medio, Liceo municipal de Peñalolén, Santiago).

Los hombres participan más en todo que las mujeres, porque como que tienen más resistencia, las mujeres son como más débiles (José, primero medio, Liceo municipal de Peñalolén, Santiago).

Frente a este tipo de construcciones sociales, tienden a aparecer lecturas que clausuran las posibilidades de transformación de la realidad, en tanto se naturaliza y fataliza la convivencia social, asumiendo posturas pesimistas que los mismos varones jóvenes han incorporado en sus lecturas de lo social y sus posibilidades de transformación, en una especie de asimilación de la dominación masculina (Bourdieu, 2000):

⁹ Hace referencia a prácticas sexuales.

¹⁰ Hace referencia a una persona valiente, osado.

Porque la sociedad ya está así y difícilmente podemos cambiar su forma de pensar (Observación cuaderno de campo, Evaluación Taller de Juventudes y género, Liceo municipal de Peñalolén, Santiago).

Al hacerse invisible los mecanismos de socialización en la escuela, en los términos de la no incorporación de la perspectiva de género y generación en el proyecto educativo institucional, sus estrategias de dominación se vuelven más efectivas, ya que parecen naturales y un asunto al cual no habría que prestarle atención en el proceso de educativo, favoreciendo la construcción de ambientes que validan el uso de violencias para relacionarse:

En conversación con Orientadora del Liceo, me señala que los conflictos entre las niñas son de pantalones,¹¹ la ex con la actual polola,¹² relaciones afectivas, de que ellas tienen que pelear por un macho. Me señala que también se pelan¹³ por envidia entre ellas, por saber quién es más bonita, inteligente, líder. Me señala que este tipo de conflictos se dan en el patio, viene del fin de semana, de Facebook, de fiestas. Refiere que los varones también son cahuineros,¹⁴ ya que ellos permiten que este tipo de situaciones se den. Dice que los profesores están cansados, no saben qué hacer frente a esta conflictividad. Me señala que como liceo han hecho talleres de convivencia escolar y bullying,¹⁵ pero no tocan la fibra de estos temas. Los docentes solicitan apoyo (Observación cuaderno de campo, conversación con Orientadora, Liceo municipal de Peñalolén, Santiago).

El mundo adulto del liceo aparece con herramientas debilitadas para el encuentro generacional, el abordaje de las violencias y la precarización de las vidas de sus estudiantes. Sus intervenciones educativas tienen dificultades para leer los mundos juveniles, el tratamiento pedagógico de la diferencia y la promoción de diversidad como perspectiva de convivencia social. Más bien aparecen centrados en la sanción nor-

¹¹ Hace referencia al vestuario pantalones como sinónimo de varones.

¹² Novia, pareja o prometida.

¹³ De pelambre, chisme, rumor.

¹⁴ Dados a los rumores.

¹⁵ Hostigamiento.

malizadora. Es decir, recurren a modos violentos institucionalizados que refuerzan la legitimidad de estas prácticas violentas en las construcciones de masculinidades en estudiantes de sectores empobrecidos.

Educarse en la escolarización neoliberal chilena, implica hacerse varón adulto en términos adultocéntricos y patriarcales, lo que para las comunidades educativas empobrecidas equivale a una convivencia escolar deteriorada y debilitada, ya que en sus relaciones sociales se favorece a un grupo en desmedro de la gran mayoría. En otras palabras, la relación que se produce entre currículo oculto, las prácticas pedagógicas y el currículo disponible en los establecimientos, se va forjando entre líneas, de manera no oficial, la noción que un grupo determinado de la sociedad —varones adultos con ciertas características— y del liceo, es superior a los demás, en relación con el ejercicio del poder, la toma de decisiones y el acceso a los bienes/servicios que se producen en la experiencia educativa.

La experiencia educativa precaria para jóvenes empobrecidos en el Chile neoliberal en crisis implica una preparación para la vida, la cual, desde los términos formales —lo declarado en los proyectos educativo institucionales—, es una invitación a materializar la promesa de integración funcional a través de la educación terciaria, independiente de su calidad y alto costo (y altas posibilidades de endeudamiento), sin embargo, en el mismo movimiento se puede reconocer que la escuela secundaria educa a sus jóvenes en el uso de la violencia social —patriarcal y adultocéntrica—, como recurso para resolver conflictos, convivir en el liceo, para el tratamiento de la diferencia y en la construcción de identidades. Es un proceso que orienta a los varones hacia la masculinidad hegemónica y a las mujeres a resistir en ese mismo escenario, las cuales muchas veces tienen que utilizar dichos repertorios para validarse y sobrevivir. En definitiva, es un proceso de construcción de sujeto funcional a sociedades asimétricas y donde la distribución de posibilidades de bienestar se encuentra distribuida en forma desigual.

Violencias en la acción política

La acción política es un campo de discusión para las ciencias sociales, debatiéndose en torno a su conceptualización, configuración y sus expre-

siones. Existe un nutrido recorrido que tributa a características situadas en los contextos globales y locales, lo que ha permitido comprender su sentido en un amplio aspecto. Uno de ellos es la distinción que se produce al abordar la idea de ‘la’ política y ‘lo’ político, siendo la primera más ligada a los sistemas de orden y organización desde el Estado; y la segunda a las posibilidades de comprender lo público como espacios construidos para todas y todos (Schmitt, 1932; Mouffe, 2007). A través de esta tensión es posible reconfigurar apuestas de transformación que se despliegan desde sujetos individuales y colectivos, en los espacios públicos.

Lo político se muestra como la posibilidad de representación de relaciones de poder en escenarios diversos, ya que “el poder es constitutivo de lo social, porque lo social no podría existir sin las relaciones de poder mediante las cuales se les da forma” (Mouffe, 2007: 25). Dichas relaciones se sitúan en los vínculos entre los diversos, los cuales se expresan en múltiples escenarios, siendo uno de ellos lo público. Lo anterior brinda la posibilidad a orgánicas, organizaciones, agrupaciones (entre otras manifestaciones), para que lo asuman como campos de disputa y dislocación.

Al comprenderlo como un escenario que se tensiona en pos de las transformaciones que se buscan operacionalizar, es posible apreciarlo también como un espacio de visibilización de diversas expresiones de violencia. Los tejidos sociales, al ser construidos por vínculos y relaciones, asumen características que sostienen estas formas de construcción. La hegemonía, las lógicas patriarcales, la valoración de lo masculino por sobre lo femenino, permiten visualizar cómo la violencia simbólica, física y material también constituye parte de este mapa de navegación, puesto que son formas que se conocen y/o reconocen como esenciales al momento de disputar campos ideológicos e incluso de transformación. He aquí uno de los elementos de tensión para las agrupaciones juveniles.

Desde los mundos juveniles apreciamos la existencia de diversas orgánicas que asumen lo político como una categoría que les permite desplegar apuestas transformativas desde sus estrategias de trabajo, en pos de construir una sociedad que integre diversidades, disensos y opuestos. Ahora, la composición de esas organizaciones asume para sí diversas formas de ‘estructurarse’, apareciendo las figuras de líde-

res, encargados, representantes, directivas, asambleas, por nombrar algunas configuraciones.

Las decisiones de ordenamiento ‘interno’ es una discusión de las orgánicas que involucra elementos teóricos, culturales, de trayectorias, entre otras, se ven tensionadas por perspectivas de género y feministas, a ratos interrogando a las masculinidades. Lo anterior, también expresa violencias que se van descubriendo al interiorizarse en el quehacer de estos espacios.

Uno de los aspectos que se observa en la discusión dentro de las propias orgánicas se relaciona con los liderazgos individuales. Aquí se aprecian patrones construidos desde hegemonías y dominios que han naturalizado ciertas formas como las únicas viables:

Cuando armamos la directiva era importante que la presidencia estuviera en manos de un hombre, ya que nos aseguraba que nos podrían escuchar, teníamos que leer las lógicas con las que se trabaja al interior del partido, entonces era lo que nos convenía. Eso no implica que la voz de las mujeres no sea importante, sino que era una decisión estratégica (Mujer, partido político).

Decidimos trabajar como asamblea, que fuera horizontal, que todas y todos podríamos aportar de lo que somos. Pero se ha dado que los líderes más reconocidos son hombres, pero es casualidad, no fue pensado, pero es real, los que tienen más presencia son nuestros compañeros (Mujer, agrupación política).

Apreciamos que la construcción de los liderazgos se asocia a atributos de género, instaurados desde miradas tradicionales que asocian género con roles específicos, ya sea por la valía del discurso por ser varón, o bien, por la capacidad de preocuparse de distintos ámbitos, la cual se asocia a una forma de ser “mujer”.

Lo anterior se tensiona cuando la edad se considera un límite, un obstáculo para hacerse parte de estos cuerpos movilizados. Se aprecia la matriz adultocéntrica movilizándolo al interior y la validación con el exterior.

Somos jóvenes, por ende, no es fácil que nos escuchen, imagínate si para colmo nuestro representante fuera mujer (Mujer, agrupación política).

Las relaciones de poder son complejas. Nosotros estamos por cambiar la forma de hacer política, discutimos temas, pero a momento de querer asumir responsabilidades, es como “obvio” que los más chicos no pueden, eso es una tontera, pero pasa. Tenemos un discurso que la juventud, que la fuerza, que los cambios, pero sí un compañero de menos edad quiere liderar es como que “no”, se le dice “tienes que aprender”, ¿entiendes? Es difícil, porque eso se cruza además si eres mujer. A mí me ha pasado, soy mujer y soy joven, y es difícil que te pesquen y eso que somos “progres” (Mujer, agrupación política estudiantil).

Para nosotros no ha sido tema el género para ver quién asume las representaciones, lo importante es que se haga con pasión y responsabilidad, igual son más los hombres en nuestras directivas. En los otros espacios no se nota diferencia, estamos como igual, yo creo que lo que importa es el carrete que tienes para asumir esas responsabilidades, cuando recién llegas tienes que aprender (Hombre, partido político).

Dentro de las mismas orgánicas se tensiona el discurso y la coherencia con las acciones que realizan tanto al interior de ellas como con el vínculo que establecen con los espacios de disputas, los cuales se presentan, a su vez, como un horizonte de transformación. Las y los jóvenes visualizan que la operacionalización de las transformaciones se convierte en una tensión constante, pues se despliegan dolores internos que se pueden recodificar como actos de violencias. Hacen referencia a las formas de relación que sostienen entre ellos y ellas. Indican que en diversas ocasiones es justamente esa relación la que se reconoce como violenta. Entonces, identifican un quiebre profundo entre lo que desean construir y la forma en que lo están construyendo, puesto que, se dan cuenta que en diversos momentos son ellas y ellos los que siguen manteniendo y reproduciendo una matriz que valida dichas violencias.

Es súper potente que damos valía a los que son iguales a ti, y eso responde a una construcción súper clasista también. Aquí todos podemos tener los mismos roles, la misma posibilidad de hablar, pero si perteneces a este nosotros, el cual es una construcción clásica. Mira, somos todos profesionales, todos somos de izquierda, todos pertenecemos a una clase social cómoda. Entonces, aunque nos duela, no incorporamos a alguien distinto (Hombre, agrupación de género).

Acá peleamos por los derechos de todas y todos, especialmente de los que tenemos una identidad de género distinta a nuestro sexo. Hacemos una lucha mediática, de leyes, hacemos campañas mediáticas, pero no representamos a todos y esa situación nos cuesta verla, y pese que acá somos homosexuales, lesbianas, etc., si nos miras los representantes son hombres, la situación es rara (Mujer, agrupación disidencia).

Apreciamos que las categorías de juventudes, género y lo político nos permiten revisar cómo las relaciones violentas se replican al interior de las orgánicas, como en sus vínculos con otros sujetos sociales. Ellas y ellos reconocen que se movilizan entre la naturalización y aceptación de esta, como en esos tránsitos que lo rechazan y buscan otras formas. Sin embargo, el desafío de asumir la violencia como un tipo de relación entre sujetos y/o entre sujetos- estructuras, requiere un trabajo de consciencia y revisión constante.

Nos ha tocado enfrentar situaciones difíciles aquí adentro, aparece un machismo que tiñe las relaciones que se supone que son horizontales, no sé, estamos en asamblea y la palabra se la toman los hombres, es como “ya pues socio suelta el micrófono”, pero lo peor es que eso lo validamos nosotras, ¿entiendes?, no nos apañamos en eso. Esa situación es violenta porque algunos pueden decir “naaa es tu rollo, o porque soy feminista ultra y eso”, y no pues, es que la igualdad y respeto no es tal no más (Mujer, agrupación política estudiantil).

Acá nos pasó una vez que en una reunión dijimos ya, que asuman los jóvenes porque nosotras tenemos que ver la casa, la organización interna, y no tenemos tiempo, sí, que el representante para fuera sea un hombre que tiene más tiempo, más tiempo pues, y ¿por qué lo tiene? Porque se ordena la vida en función de roles que tenemos marcados (Hombre, agrupación cultural).

Es súper difícil cuando eres joven y mujer, porque no te validan, te anulan, y estamos en una organización, en una institución, entonces puedes decir algo pedir, porque sabes que para allá va la cosa, pero no te escuchan. Lo dice un compañero hombre, dice lo mismo, y ahí sí lo escuchan (Mujer, institución municipal).

Como señalamos, la violencia es simbólica, relacional y física, por brindar algunas imágenes que aparecen desde los discursos de las y los jóvenes que participan de agrupaciones que buscan cambios en los espacios políticos. Son expresiones que contribuyen a la configuración de las identidades individuales como las colectivas. Se convierte en un movimiento constante entre ideales, incomodidades y expresiones latentes. Este vaivén configura, también, las estrategias de intervención que las mismas agrupaciones definen como propias.

Se cuestiona la coherencia y solidez de las apuestas. Las y los jóvenes expresan la incomodidad que les provoca el no poder desarrollar lo que es parte de su lucha cotidiana. Aparece la necesidad de transformar los microespacios, las relaciones y las formas de constituir las orgánicas incorporando los cuestionamiento que las perspectivas de género brindan para analizar estas apuestas.

Lo político se entrelaza con los pluridominios que constituyen el tejido de lo social. Es interesante revisar como este escenario propicia análisis en torno a la hegemonía de género, incluso en aquellas apuestas que declaran que se requieren cambios en las formas de asumir el espacio público como esta disputa por la transformación equitativa.

Construir itinerarios de transformación que incorporen esta tensión, obliga a que se haga presente la intención de sostener buenos tratos, alejándose de relaciones de violencias institucionales y personales.

Reflexiones finales

Las violencias han sido el eje que nos ha permitido reconstruir diversas experiencias que se aprecian en los mundos juveniles. Escogimos como campo de indagación los espacios educacionales escolares empobrecidos y las acciones políticas que vivencian (y movilizan) a las y los jóvenes de estos sectores y de capas medias. A través de estas observaciones constatamos que las violencias son prácticas aprendidas, las cuales son parte de las expresiones que los pluridominios societales van consolidando y que las culturas de las violencias son parte de los contextos actuales. Hay un aprendizaje desde las relaciones entre sujetos y los vínculos entre estos y las propias estructuras que los configuran.

No se puede olvidar que las estructuras también se configuran desde el quehacer que los propios sujetos sociales realizan; por tanto, pensar abordajes de transformación implica generar apuestas diversas que contemplen la tensión de lo simbólico, lo identitario, lo vincular, como también la reconfiguración de las estructuras que poseen esta característica (violencia) como eje clave de su quehacer. Es innegable que nos enfrentamos a un desafío de múltiples niveles, invitándonos a realizar una elaboración problemática que articule los elementos diversos que confluyen en los campos de expresión de las violencias.

Al revisar estas puntuaciones desde los mundos juveniles apreciamos una reproducción societal, es decir, estos sujetos son parte de este tejido y no los 'únicos' representantes y/o portadores de esta forma de relación. Si se asegura que las violencias son una característica propia de las y los jóvenes, se caería en una mirada unidireccional errática que no permitiría diseñar itinerarios de transformación.

Ahora, la mirada desde las experiencias de las y los jóvenes brinda un aprendizaje de interés para la reflexión en torno a posibles configuraciones que permitan cambiar estas formas de relación aprendidas. Estos actores sociales, desde lo que construyen y comparten en sus experiencias, invitan a repensar el cómo se están apropiando de los espacios compartidos, ya sea en niveles colectivos, institucionales y/o íntimos.

Un elemento que rescatamos desde este aprendizaje nos remite a revisar cómo el género está vinculado de forma estrecha a las expresiones de violencias en lo cotidiano. Apreciamos que el patriarcado, lo masculino hegemónico, se actualiza y se desliza en las formas de pensar un estar juntos, y en las acciones que se desprenden desde dicha elaboración. Aparece una valía constante en torno al ser varón heterosexual y cómo se debe actuar en estos espacios estructurales; ejemplo de ello es el mundo de las instituciones educativas, que aún sostiene una reproducción hegemónica en torno a lo masculino, lo que muchas veces se elabora desde la instalación de violencias aprendidas y reproducidas. Inferimos que los mundos adultos, en este escenario, tienden a quedar desactualizados, fuera de foco, desafiados a mirar sus prácticas pedagógicas y su propio proceso de formación profesional, en tanto poseen una merma importante a la hora de revisar sus herramientas de trabajo.

Las orgánicas juveniles, que si bien son asociaciones mayormente autoconvocadas, poseen un aprendizaje arraigado de estas formas de validación de las violencias, las cuales se replican en sus formas de estructurarse, en la división sexual y etaria de sus tareas e incluso en la forma de trato.

En ambas instancias se aprecia que existe una conciencia en torno a estas formas de vinculación; cuando se autoobservan las y los jóvenes, logran identificar que estas maneras de relación violenta se encuentran presentes en su propio espacio. Esta constatación es incómoda, molesta y les confunden, pues tienen una intención manifiesta de erradicar estas formas de reproducción social. Son enfáticos en mencionar que no desean ser parte permanente de una forma de hacer sociedad desde las violencias, están desarrollando esfuerzos en transformar esta hegemonía a través de la visibilización, reflexión y acciones particulares que les permitan erradicar y proyectar toda forma que los aleje de sus ideologías políticas. Quizás, en el caso de las experiencias educativas juveniles, el carácter obligatorio y jerárquico de las relaciones sociales que ahí desarrollan, tiende a mermar las posibilidades de identificación de alternativas a las relaciones de dominación adultocéntrica y patriarcal.

En las agrupaciones juveniles podría existir mayor espacio de movilidad a contracorriente de lo hegemónico, sin embargo, aún requieren hacer mayores esfuerzos para ir en la dirección planteada para enfrentar y superar las violencias analizadas.

Es relevante situar estos esfuerzos en una apuesta que se tensiona (aún más) al vincularla con las desigualdades materiales y simbólicas de esta sociedad altamente injusta, como la chilena. La pobreza, la vulneración de derechos, la inequidad, la falta de dignidad son, sin duda alguna, expresiones de las violencias estructurales de las que somos parte, las cuales se expresan en los planos estructurales, institucionales y en situaciones cotidianas, como organizarse para hacer política y educarse. Es por lo que pensar en un cambio en estas formas de relación, requiere que se construyan nuevas formas de vivir juntos.

Las transformaciones que mencionamos no encontrarán cabida a menos que *la dignidad se haga costumbre*.

Bibliografía

- ANDRÉU, J. (s/a). *Las técnicas de análisis de contenido: Una revisión actualizada*. Fundación de Estudios Andaluces. Granada: Universidad de Granada.
- BALIBAR, E. (2005) *Violencias, identidades y civilidad. Para una cultura política global*. Barcelona: GEDISA.
- BOURDIEU, P. (2000). *La dominación masculina y otros ensayos*. Buenos Aires: La Página.
- BELLEI, C. (2013). El estudio de la segregación socioeconómica y académica de la educación chilena. En *Revista Estudios Pedagógicos*, vol. 39, núm, 1, 325-345. Valdivia: Universidad Austral.
- CANALES, M. (2006). *Metodologías de la investigación social*. Santiago, Chile: LOM.
- CRESWELL, J. W. (2009). *Research Design: Qualitative, Quantitative, and Mixed Methods Approaches* (3a. ed.). Thousand Oaks, CA: Sage Publications.
- DESDOC-CMD-COES (2019). Termómetro social, octubre 2019. Santiago.
- DUARTE, K. (2005). *Violencias en jóvenes, como expresión de las violencias sociales*. Intuiciones para la práctica política con investigación social. En *Revista Pasos*, núm. 120, DEI. Julio-Agosto. San José de Costa Rica, 1-19.
- DUARTE, K. (2009). *Lo generacional como clave política. Posibilidades y desafíos en el cruce con la perspectiva de Género*. El Salvador: Centro Bartolomé de las Casas.
- DUARTE, K. (2018). Genealogía del Adultocentrismo. La constitución de un Patriarcado Adultocéntrico. En Duarte, C. y Álvarez, C. (Eds.). *Juventudes en Chile. Miradas de jóvenes de investigan*. Social-Ediciones. Universidad de Chile, 2ª. edición.
- DUARTE, K; Farías, F. (2018). Hacerse varón y adulto en liceos empobrecidos. La promesa de género y generación para jóvenes chilenos. En Martínez, J., Téllez, A. y Sanfélix, J. (Eds.). *Deconstruyendo la masculinidad. Cultura, género e identidad*. Valencia: Tirant Humanidades.
- FARÍAS, F. (2018). Hacerse varón en Liceos Municipales: Dinámicas de género en las construcciones de masculinidades. Tesis para optar al grado de Magíster en Ciencias Sociales, mención Sociología de la modernización. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile. Santiago.
- FLICK, U. (2007). *Introducción a la investigación cualitativa*. Madrid: Morata.
- KRAUSE, M. (1995). La investigación cualitativa: un campo de posibilidades y desafíos. *Revista Temas de Educación* (7).

- MADRIGAL, L. (2006). *Masculinidades. Esperanzas de cambio en las fisuras del statu quo*. En M. Baltodano et al., *Celebrando el cambio. Explorando la calidad y equidad del servicio en la Iglesia*. Ginebra: wcc Grupo de Funcionamiento en Género y Diaconía.
- MADRIGAL, L. (2009). *De cómo los pollitos se convierten en gallos de pelea. Aserciones desde la práctica política transformadora ante la violencia de género*. Programa de Masculinidades. Santo Domingo: INTEC.
- MELLEIRO, M. y. (2005). La fotovoz como estrategia para la recolección de datos de investigación etnográfica”. *Revista Ciencia y Enfermería* (XI), 50-60.
- MESCHI, A. (2019). Masculinidad y emociones. Cariño entre varones: el caso de jóvenes estudiantes del Liceo de Aplicación. En Duarte, C., Hernández, N. y Palenzuela Y. (Eds.). *Juventudes en Chile. Miradas de jóvenes de investigan*. Vol. 2. Universidad de Chile, Santiago: Social-Ediciones.
- MORENO, L. (2016). La medición multidimensional de la pobreza en Chile como paso fundamental para la incorporación del enfoque de derechos en las políticas sociales. *Revista Intervención*, 6, 11-18.
- MOUFFE, C. (2007). *En torno a lo político*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- ORTEGA, R. (2012). *La convivencia escolar y la construcción de sujeto en la escuela*. Santiago: Universidad de Chile.
- SEGATO, R. (2018). *Contra pedagogías de la crueldad*. Buenos Aires: Prometeo.
- VASILICHIS, I. (2006). *Estrategias de investigación cualitativa*. Barcelona: Gedisa.

Autores

CLAUDIO ORLANDO DUARTE QUAPPER

Sociólogo y educador popular, académico de la Universidad de Chile; máster en Juventud y Sociedad y doctor en Sociología. Coordinador Académico del Núcleo de Investigación y Acción en Juventudes del Departamento de Sociología de la Universidad de Chile. Correo electrónico: claudioduarte@uchile.cl

FRANCISCO ANTONIO FARÍAS MANSILLA

Trabajador social, magíster en Ciencias Sociales, mención Sociología de la modernización, Universidad de Chile. Integrante del núcleo Investigación-Acción en Juventudes del Departamento de Sociología de la Universidad de Chile. Correo electrónico: pancho.farias@gmail.com

NATALIA EVELYN HERNÁNDEZ MARY

Trabajadora Social, magíster y doctora en Trabajo Social. Académica del Departamento de Trabajo Social de la Universidad Alberto Hurtado. Integrante del núcleo Investigación-Acción en Juventudes del Departamento de Sociología de la Universidad de Chile. Correo electrónico: nhernand@uahurtado.cl

GABRIELA BARD WIGDOR

Investigadora asistente del CONICET-CIECS y docente de la Facultad de Ciencias Sociales de la UNC. Doctora en Estudios de Género por el Centro de Estudios Avanzados, Universidad Nacional de Córdoba. Magíster y licenciada en Trabajo Social con mención en Intervención en la Universidad Nacional de Córdoba. Forma parte del equipo de investigación “El Telar: comunidad de pensamiento latinoamericano”.

MARTHA MÓNICA CURIEL GARCÍA

Profesora-investigadora de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez. Licenciada en Sociología por la Universidad Autónoma de Aguascalientes y maestra en Estudios Humanísticos (área filosofía) por el ITESM. Su línea de investigación gira en torno a epistemologías alternativas y estéticas disidentes.

ANA SOFÍA SORIA

Investigadora. Asistente del CONICET-CIECS y docente de la Facultad de Ciencias Sociales. Doctora en Ciencia Política, especialista en Comunicación, Medios y Prácticas Educativas y licenciada en Comunicación Social por la Universidad Nacional de Córdoba. Forma parte del equipo de Investigación “El Telar: comunidad de pensamiento latinoamericano”.

SALVADOR SALAZAR GUTIÉRREZ

Profesor-investigador de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez. Doctor en Estudios Científico-Sociales (área comunicación, cultura y sociedad) por el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO). Integrante del Sistema Nacional de Investigadores nivel 2. Sus líneas de investigación comprenden culturas juveniles, violencias y contexto fronterizo.

HUGO MARTÍNEZ OCHOA

Estudiante del doctorado en Estudios Urbanos en Universidad Autónoma de Ciudad Juárez. Maestro en Acción Pública y Desarrollo Social en Colegio de la Frontera Norte. Licenciado en Psicología en Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.

RAFAEL ANTONIO CARRERAS

Licenciado y profesor en Psicología. Magíster en políticas públicas y doctor en Estudios Sociales de América Latina por la Universidad Nacional de Córdoba (UNC). Docente e investigador de la UNC. Profesor adjunto de Psicología social y vida cotidiana en la Facultad de Ciencias Sociales y profesor asistente en la Facultad de Psicología (FCS-UNC). Integrante del Núcleo de Estudios Psicosociales y Comunitarios (UNC). Correo electrónico: carrerasr@hotmail.com

SANTIAGO REBOLLO

Doctor en Antropología social por la Facultad de Filosofía y Humanidades de la UNC, especialidad en Abordaje Integral de Problemáticas Sociales en el Ámbito Comunitario. Licenciado en Psicología por la Facultad de Psicología de la UNC. Profesor asistente de la cátedra de Psicología Social en la Facultad de Psicología de la UNC. Temas de investigación: conflictos generacionales en barrios pobres del conurbano cordobés (violencias, consumos de drogas, narcotráfico, relación con las fuerzas de seguridad, etc.). Correo electrónico: psantirebollo@gmail.com

NAHIR FLORENCIA ABRAHAM SEPÚLVEDA

Licenciada en Psicología. Integrante del Proyecto de Investigación “Jóvenes en situación de desigualdad social: aproximaciones desde el enfoque biográfico a la relación vida y muerte” de la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad Nacional de Córdoba (SeCyT) en la Facultad de Psicología de la misma institución. Correo electrónico: nahir.abr@hotmail.com

CAREN ELIANA CURETTI

Licenciada y profesora en Psicología por la UNC. Integrante del Proyecto de Investigación “Jóvenes en situación de desigualdad social: aproximaciones desde el enfoque biográfico a la relación vida y muerte” en la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad Nacional de Córdoba (SeCyT). Integrante del Núcleo de Estudios Psicosociales y Comunitario del Centro de Investigaciones en la Facultad de Psicología de la UNC. Correo electrónico: caren.curetti@gmail.com

MARÍA VICTORIA OCHOA VALOR

Licenciada en Psicología por la Universidad Nacional de Córdoba. Integrante del proyecto de investigación “Jóvenes en situación de desigualdad social: aproximaciones desde el enfoque biográfico a la relación vida y muerte” en la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad Nacional de Córdoba (SeCyT). Correo electrónico: maviochoazo@gmail.com

ANTONELLA SCOLES

Licenciada en Psicología por la Universidad Nacional de Córdoba. Integrante del proyecto de investigación “Jóvenes en situación de desigualdad social: aproximaciones desde el enfoque biográfico a la relación vida y muerte” en la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad Nacional de Córdoba (SeCyT). Correo electrónico: scoles.antonella@gmail.com

JULIO LUIS MURO GARLOT

Licenciado en Psicología por la Universidad Nacional de Córdoba (UNC). Doctorando en Estudios Sociales de América Latina en CEA-UNC. Integrante del Núcleo de Estudios Psicosociales y Comunitarios (UNC). Docente de la cátedra Estrategias de Intervención Comunitaria en la Facultad de Psicología (UNC). Correo electrónico: julimuro@hotmail.com

VICTORIA VOLANDO

Licenciada en Psicología por la Universidad Nacional de Córdoba. Integrante del proyecto de investigación “Jóvenes en situación de desigualdad social: aproximaciones desde el enfoque biográfico a la relación vida y muerte” en la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad Nacional de Córdoba (SeCyT). Correo electrónico: victoriavolando@gmail.com

MARÍA BELÉN ARDILES

Licenciada en Psicología por la Universidad Nacional de Córdoba (UNC). Docente del seminario electivo no permanente “Juventudes y conocimiento situado” de la Facultad de Psicología (UNC). Integrante del Núcleo de Estudios Psicosociales y Comunitarios (UNC). Correo electrónico: mbafunkytown@hotmail.com

HORACIO LUIS PAULÍN

Licenciado en Psicología, magíster en Ciencias Sociales y doctor en Psicología por la Universidad Nacional de Córdoba (UNC). Profesor titular regular en la Cátedra de Psicología Social en Facultad de Ciencias Sociales y Facultad de Psicología (UNC). Investigador en el Núcleo de Estudios Psicosociales y Comunitarios de la Facultad de Psicología (NEPSICO), Instituto de Investigaciones Psicológicas IIPSI (CONICET/UNC) y coordinador del Programa de Promoción de la Convivencia y Ciudadanía (PROCONVI, UNC). Miembro del Comité Nacional de la Red de Investigadoras/es en Juventudes de Argentina (REIJA). Correo electrónico: hlpaulin@gmail.com

FLORENCIA D'ALOISIO

Licenciada en Psicología y doctora en Estudios Sociales de América Latina por la Universidad Nacional de Córdoba (UNC). Docente investigadora de la UNC. Profesora titular de Psicología Educacional, profesorado en Ciencias Biológicas (FCEFYN-UNC). Integrante del Núcleo de Estudios Psicosociales y Comunitarios (UNC) y del Programa de Extensión “Promoción de la Convivencia y Ciudadanía en Escenarios Educativos y Comunitarios” (PROCONVI). Correo electrónico: fdaloisio@unc.edu.ar

GUIDO GARCÍA BASTÁN

Licenciado y doctor en Psicología. por la Universidad Nacional de Córdoba (UNC). Profesor asistente en la cátedra de Psicología Social (Facultad de Psicología, UNC). Becario posdoctoral del Consejo Nacional de Investigaciones

Científicas y Técnicas (CONICET) con sede en el Instituto de Investigaciones Psicológicas (IIPsi CONICET, UNC). Integrante del Núcleo de Estudios Psicosociales y Comunitarios (NEPSICO, UNC) y del Programa de Promoción de la Convivencia y la Ciudadanía en Escenarios Educativos y Comunitarios (PROCONVI, UNC). Correo electrónico: guidogarciabastan@unc.edu.ar

VALENTINA ARCE CASTELLO

Licenciada en Psicología y magíster en Intervención e Investigación Psicosocial en la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de Córdoba (UNC). Integrante del Núcleo de Estudios Psicosociales y Comunitarios (UNC) y del Programa de Extensión “Promoción de la Convivencia y Ciudadanía en Escenarios Educativos y Comunitarios” (PROCONVI). Coordinadora de curso. Correo electrónico: arcecastellovale@gmail.com

LUCÍA ANGÉLICA ARIAS

Licenciada en Psicología por la Universidad Nacional de Córdoba (UNC). Maestranda en Intervención e Investigación Psicosocial en la UNC. Integrante del Núcleo de Estudios Psicosociales y Comunitarios (UNC) y del Programa de Extensión “Promoción de la Convivencia y Ciudadanía en Escenarios Educativos y Comunitarios” (PROCONVI). Coordinadora de curso de una escuela secundaria pública. Correo electrónico: luciarias2002@hotmail.com

MARÍA FLORENCIA CAPARELLI

Licenciada y profesora en Psicología (UNC). Becaria doctoral por el Fondo para la Investigación Científica y Tecnológica (FONCYT), con sede en el Instituto de Investigaciones Gino Germani (UBA). Integrante del Núcleo de Estudios Psicosociales y Comunitarios (NEPSICO) en la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de Córdoba. Correo electrónico: florencia-caparelli@gmail.com

JULIETA ARANCIO

Licenciada en Psicología por la Universidad Nacional de Córdoba (UNC). Integrante del Núcleo de Estudios Psicosociales y Comunitarios en el Centro de Investigaciones de la Facultad de Psicología (UNC). Participa en actividades de extensión en el marco del Programa de Promoción de la Convivencia y

Ciudadanía en escenarios educativos y comunitarios (PROCONVI). Correo electrónico: julietarocio23@gmail.com

JULIETA NATALIA CASTRO

Licenciada en Psicología por la Universidad Nacional de Córdoba (UNC). Socio-pedagoga de la Facultad de Educación y Salud de la Universidad Provincial de Córdoba (UPC). Integrante del Núcleo de Estudios Psicosociales y Comunitarios en el Centro de Investigaciones de la Facultad de Psicología (UNC). Graduada extensionista del Programa de Promoción de la Convivencia y Ciudadanía en escenarios educativos y comunitarios (PROCONVI, UNC). Correo electrónico: julietacastrop@gmail.com.

SOFÍA NATALIA SICOT

Licenciada y profesora en Psicología en la Universidad Nacional de Córdoba (UNC). Integrante del Núcleo de Estudios Psicosociales y Comunitarios en el Centro de Investigaciones de la Facultad de Psicología (UNC). Participa en actividades de extensión en el marco del Programa de Promoción de la Convivencia y Ciudadanía en escenarios educativos y comunitarios (PROCONVI, UNC). Correo electrónico: sofiasicot@gmail.com.

AYELÉN ROCÍO ZURBRIGGEN

Licenciada y profesora en Psicología en la Universidad Nacional de Córdoba (UNC). Integrante del Núcleo de Estudios Psicosociales y Comunitarios en el Centro de Investigaciones de la Facultad de Psicología (UNC). Participa en actividades de extensión en el marco del Programa de Promoción de la Convivencia y Ciudadanía en escenarios educativos y comunitarios (PROCONVI, UNC). Correo electrónico: ayezurbri@gmail.com.

SOL VICTORIA DEL CARPIO

Licenciada y profesora en Psicología en la Universidad Nacional de Córdoba. Especialista en Políticas Públicas de Niñez, Adolescencia y Familia de la Universidad Nacional de Entre Ríos. Maestranda en Salud Mental de la Universidad Nacional de Córdoba. Integrante del proyecto de investigación “Jóvenes en situación de desigualdad social: aproximaciones desde el enfoque biográfico a la relación vida y muerte” en la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad Nacional de Córdoba (SeCyT). Correo electrónico: soldelcarpio@gmail.com

SOFÍA LAMANUZZI

Licenciada en Psicología por la Facultad de Psicología de la UNC). Maestranda en Intervención e Investigación Psicosocial en la Facultad de Psicología-UNC. Integrante del proyecto de investigación “Jóvenes en situación de desigualdad social: aproximaciones desde el enfoque biográfico a la relación vida y muerte” en la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad Nacional de Córdoba (SeCyT). Integrante del Núcleo de Estudios Psicosociales y Comunitarios del Centro de Investigaciones en la Facultad de Psicología de la UNC. Correo electrónico: sofialamanuzzi@gmail.com

PAULA DANIELA GONZÁLEZ

Licenciada en Psicología por la UNC, especialidad en Salud Social y Comunitaria en la Facultad de Medicina en la UCC. Magíster en Salud Mental en la Facultad de Psicología y en la de Ciencias Médicas de la UNC. Doctoranda en Estudios Sociales de América Latina en el Centro de Estudios Avanzados de la Facultad de Ciencias Sociales en la UNC. Integrante del Proyecto de Investigación “Jóvenes en situación de desigualdad social: aproximaciones desde el enfoque biográfico a la relación vida y muerte” en la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad Nacional de Córdoba (SeCyT). Integrante del Núcleo de Estudios Psicosociales y Comunitarios del Centro de Investigaciones en la Facultad de Psicología de la UNC). Correo electrónico: Lic.gonzalezpauladaniela@gmail.com

GUILLERMINA PRUNEDA PAZ

Licenciada en Psicología y en Trabajo social por la Universidad Nacional de Córdoba y especialista en abordaje integral de problemáticas sociales en el ámbito comunitario en la Universidad Nacional de Córdoba (UNC). Integrante del Proyecto de Investigación “Jóvenes en situación de desigualdad social: aproximaciones desde el enfoque biográfico a la relación vida y muerte” en la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad Nacional de Córdoba (SeCyT). Integrante del Núcleo de Estudios Psicosociales y Comunitarios (UNC). Correo electrónico: guipruneda@hotmail.com

MARÍA CANDELARIA ESPINOSA

Licenciada en Psicología por la Universidad Nacional de Córdoba. Docente del seminario electivo no permanente “Juventudes y conocimiento situado” de la Facultad de Psicología (UNC). Integrante del proyecto de investigación

“Jóvenes en situación de desigualdad social: aproximaciones desde el enfoque biográfico a la relación vida y muerte” en la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad Nacional de Córdoba (SeCyT). Integrante del Núcleo de Estudios Psicosociales y Comunitarios (UNC). Correo electrónico: candalariaespinoisa@hotmail.com

Violencias y precarización.

Experiencias en torno a relatos biográficos juveniles

se terminó de editar en noviembre de 2020 en las oficinas de la Editorial Universidad de Guadalajara, José Bonifacio Andrada 2679, Lomas de Guevara, 44657. Guadalajara, Jalisco.

En la formación de este libro se utilizaron las familias tipográficas Minion Pro, diseñada por Robert Slimbach y Ronnia, diseñada por Veronika Burian y José Scaglione.